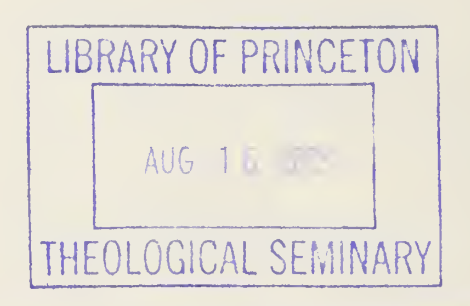
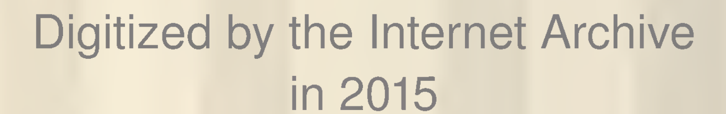






Conferencia de Religiosos de Colombia

ISSN-0122-1272

Vida Religiosa hoy: Espiritualidad, Fidelidad y Creatividad



216-217

2004

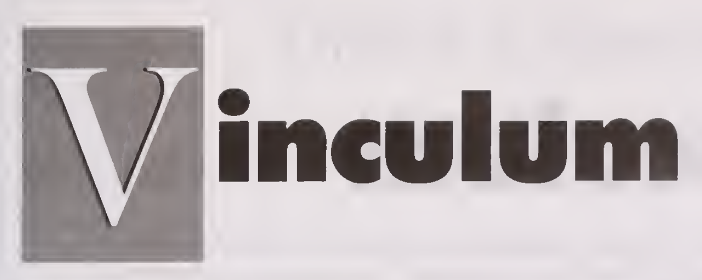
Bogotá D.C., Julio - Diciembre 2004



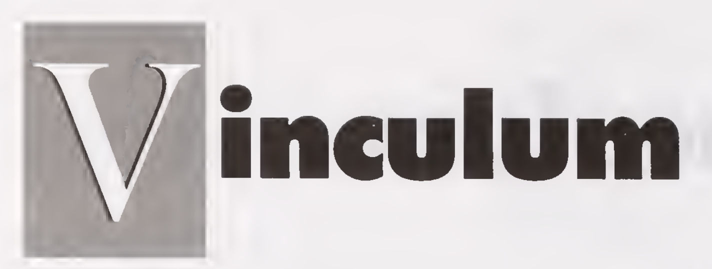
Revista trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC

Vida Religiosa hoy: Espiritualidad, Fidelidad y Creatividad





Revista trimestral de Vida Religiosa
Publicación de la Conferencia de Religiosos de Colombia. Bogotá, D. C.
Nos. 216-217, Julio - Diciembre 2004



Revista trimestral de Vida Religiosa
Publicación de la Conferencia de Religiosos de Colombia. Bogotá, D. C.
Nos. 216-217, Julio - Diciembre 2004

Diagramación e impresión
Editorial CÓDICE Ltda.
Carrera 15 No. 53-86 Int. 1
casaeditorial@etb.net.co

Vinculum
Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicación de la Conferencia de Religiosos de Colombia. Bogotá, D. C.
Dirección: Carrera 15 No. 35 – 43 Tels. 338 39 46 / 47 A.A. 52332
Suscripción Anual para 2004:
Colombia $33.000
Conferencia de Superiores Mayores Religiosos de Colombia
Cuenta Colmena No. 26500332425
Exterior US$ 33
Ejemplar $10.000
http://www.crc.org.co
crc@neutel.com.co

Índice General

Págs.

ESTUDIOS

EXPERIENCIAS

REFLEXIONES

RESEÑAS

Editorial

Dado que la Vida Religiosa ha venido cambiando en lo concerniente a querer ser significativa y portadora de sentido para la humanidad actual, aparece como un imperativo categórico el fortalecimiento de la espiritualidad en tanto volver a beber del propio pozo y la fidelidad creativa a los carismas en clave de refundación. Es en este horizonte conceptual en el que se enmarcan los artículos de la ***Revista Vinculum*** correspondiente a los números 216-217 de Julio-Diciembre de 2004.

En esta ocasión ***Vinculum*** recoge los diferentes aportes teóricos que desde la inteligencia de la fe han hecho religiosos y religiosas para quienes hoy más que nunca es válida la máxima paulina de "dar razón de vuestra esperanza". Así, la ***sección estudios*** presenta cuatro artículos en los que el eje temático que los articula es la reflexión teológico-pastoral en torno la espiritualidad como fuente de sostén y de renovación del ser y del quehacer de la Vida Religiosa de nuestro tiempo.

Por otra parte, en la ***sección experiencias***, además de reflexionar sobre la vivencia de la Vida Religiosa en la situación colombiana, se nos invita a reconocer a Jesús entre los más pobres desde una dimensión mística y profética.

También en esta sección se repiensa el rol de los religiosos y religiosas mayores en el marco del servicio a la comunidad como modelo de vida fraterna.

Por último, la ***sección reflexiones*** presenta como elemento unificador el replanteamiento de la formación desde la perspectiva mística y profética, junto con la exhortación a la fidelidad al carisma de cara a los avatares propios, y nos recuerda que estamos llamados a ser "contemplativos en la acción".

En suma, la Revista ***Vinculum*** brinda en esta oportunidad a sus lectores la posibilidad de confrontar el ser y el quehacer de los consagrados en un mundo con sed de Dios.

Hna. María del Socorro HENAO VELÁSQUEZ, CTSJ
Directora

Estudios



"Pasión por Cristo, pasión por la humanidad"

Primera Parte

LA REALIDAD QUE NOS INTERPELA

"Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se hallaba fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo" *(Jn. 4,6)*

"Al verle, dio un rodeo... Al verle tuvo compasión" *(Lc. 10, 31-33)*

Descubrimos la voluntad de Dios, la acción innovadora del Espíritu, la orientación que ha de emprender nuestro caminar, la presencia de Dios y su designio sobre nosotros, en los signos de los tiempos y lugares, tal como Jesús nos enseñó. Las aportaciones de quienes han respondido al cuestionario para el Congreso nos han ayudado para encontrar respuestas a estos cuestionamientos y delinear el perfil de la vida consagrada en nuestro tiempo. Cuando miramos la realidad que nos rodea son varias las preguntas que nos hacemos en esta hora de la historia, en este mundo y en esta iglesia, que somos:

¿Qué vida consagrada está suscitando el Espíritu Santo hoy? ¿Cómo identificarla, describirla, proponerla? ¿Cómo iniciarnos en ella, cómo formarnos para ella? ¿Cómo describir el tipo de liderazgo que necesita? ¿Cómo detectar lo que bloquea su existencia? ¿Hacía qué "pozos", hacia qué caminos conduce esta vida consagrada emergente? ¿Qué nombre dar a este proceso en el que estamos implicados?

Presentamos, a continuación, los desafíos y oportunidades de gracia que hemos detectado, pero también los bloqueos que hacen imposibles o difíciles nuestros sueños y de un modo más concreto nuestra pasión por Cristo y por la humani-



dad. Criterio importante para nosotros serán las cuatro grandes fidelidades que nos recuerda el documento Religiosos y promoción humana "Fidelidad al hombre y a nuestro tiempo, fidelidad a Cristo y al evangelio, fidelidad a la Iglesia y a su misión en el mundo, fidelidad a la vida religiosa y al carisma propio del instituto" (RPH, 1980, nn. 13-31)). Seremos fieles a la realidad actual; nuestra fidelidad lo será a las grandes realidades espirituales y eclesiales. Las dos perspectivas, horizontal y vertical, se entrelazarán y se fecundan mutuamente. Y a cada realidad o situación la pondremos en correlación con la vida consagrada, para ver las influencias y desafíos que nos supone. Nuestro objetivo no es otro que el de "estar dispuestos a responder con sabiduría evangélica a las preguntas que brotan hoy de las inquietudes que anidan en el corazón humano y de las urgentes necesidades que tenemos" (VC 81).

DESAFÍOS Y OPORTUNIDADES

La vida consagrada, más global ahora que nunca, se siente desafiada por varios fenómenos nuevos. De ellos destacamos los siguientes: 1) la globalización con sus ambigüedades y sus mitologías; 2) la movilidad humana con sus fenómenos migratorios y procesos acelerados; 3) el sistema económico neoliberal injusto y desestabilizante; 4) la cultura de muerte y la lucha por la vida con todos los desafíos de la biotecnología y la eugenética; 5) el pluralismo y la diferenciación creciente; 6) el talante y la mentalidad posmoderna; 7) la sed de amor y el "desorden amoroso" y afectivo; 8) la sed de lo sagrado y el materialismo secularista. Tales desafíos nos sitúan en un campo de tensiones y fuerzas contrapuestas que no podemos olvidar ni menospreciar. Se hace necesario descubrir por dónde nos lleva el Espíritu en este "novo millenio ineunte": qué oportunidades para crecer, innovar y refundar nos ofrece; qué decisiones prácticas para crecer e innovar nos inspira; hacia qué procesos de formación nos lanza; qué dificultades o bloqueos nos presenta.

I. Mundialización y globalización con sus ambigüedades

Estamos también nosotros en un mundo global y planetario. La información –gracias a las nuevas tecnologías- circula por todo el planeta sin dificultad y crea dinamismos económicos, políticos y estratégicos, hasta ahora inéditos e insospechados. Nos sentimos más cercanos los unos a los otros y podemos comprender mejor nuestras diferencias. Puestos, sin embargo, estos dinamismos al servicio de los poderes fácticos, de intereses particulares, de la ideología neoliberal, tienen efectos muy negativos y discriminadores. Generan pobreza, humillan la dignidad de los pueblos que tienen pocos recursos, imponen un único modelo económico neoliberal y marginan las culturas, los pueblos y los grupos que no sirven a sus intereses.

También la vida consagrada está involucrada en este proceso de mundialización. Nuestros carismas se arraigan en lugares y contextos culturales y religiosos nuevos. Las diferencias convierten nuestros institutos en comunidades transnacionales que gozan de una misma identidad global. Sin embargo, existe el peligro de que la cultura predominante en el Instituto se imponga a las demás impidiendo el proceso de la inculturación y expresión del carisma en los nuevos contextos (VC 73 y79). Este modelo universalista podría caer en la misma tentación de compartir el proyecto neoliberal, que atenta contra los pobres y excluidos.

Este desafío se convierte en oportunidad para reconocer la unidad en la diversidad de este mundo tan querido por Dios. El compromiso profético con la Justicia, la Paz y el cuidado de la Creación es una dimensión de la misión cristiana, en donde la Iglesia y la vida consagrada se oponen a un modelo neoliberal de globalización y defienden un modelo de mundialización sin excluidos ni empobrecidos. Esta sensibilidad global nos abre a la posibilidad real de la inculturación y contextualización de nuestros carismas y a una más estrecha colaboración intercongregacional y con otras formas de vida cristiana y humana.

II. La movilidad humana y sus fenómenos migratorios

Los diversos conflictos políticos y sociales, como la pobreza, guerras, inestabilidad política, intolerancia religiosa, son la causa de flujos migratorios muy variados que están cambiando el rostro de nuestras naciones. Grandes sectores de la humanidad se sienten desplazados, desarraigados, dispersos por el mundo. La lucha por la sobrevivencia en tales circunstancias impide la transmisión de las tradiciones, la educación equilibrada, un sano y digno desarrollo. Nos desafía esta situación hasta el punto de que en la acogida del otro nos jugamos nuestra identidad cristiana y religiosa. De aquí surgen admirables actitudes de hospitalidad y acogida, pero también actitudes xenófobas, etnocentristas y racistas que no debemos admitir.

También en la vida consagrada experimentamos la movilidad propia de nuestro tiempo. Nos vemos llamados a ser comunidades y personas de éxodo, que demandan una constante actitud de diálogo de vida e inculturación, de apertura de mente y capacidad de transformación. En un mundo injusto y dividido hace falta ser signos y testigos de diálogo y confianza, de comunión y de acogida fraternal. (VC 51).

La vida consagrada tiene hoy la oportunidad de encontrarse con el ser humano en su movilidad; de compartir con muchos hombres y mujeres el desarraigamiento de su propia identidad cultural y el proceso de adaptación y recreación de síntesis nuevas. Ha de ser samaritana sabiendo acoger, acompañar y cuidar a estas personas heridas y marginadas. Su misión adquiere rasgos imprescindibles de

hospitalidad, compasión y diálogo interreligioso e intercultural (VC 79). Todo esto supone para la vida consagrada una profunda reestructuración del estilo de vida, de la mentalidad y de las propiedades programáticas.

III. El sistema económico injusto y las nuevas formas de solidaridad

Otro de los grandes desafíos es la exclusión a la que son sometidos grandes sectores de la humanidad a causa del proceso actual de la globalización. Una economía insolidaria genera carencias y nuevos tipos de pobrezas (Cf. NMI 50), que llevan en definitiva a un progresivo menosprecio de la vida. La liberalización de la economía mundial no ha encontrado la manera de evitar los efectos perversos que aplastan a los pueblos más débiles y menos desarrollados.

También nosotros, personas consagradas, podemos vernos involucradas en esa economía insolidaria. Este desafío pone a prueba la verdad de nuestra solidaridad con los pobres, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida y al compromiso con su liberación. Reconocemos que esta solidaridad es parte esencial de nuestra fe en Jesús, de la dimensión profética de nuestra vida consagrada y del seguimiento. El consejo evangélico de la pobreza se debe transformar cada vez más en una práctica individual y comunitaria de solidaridad con el pobre, de desprendimiento, de gratuidad, de confianza en la Providencia y de testimonio de vida sencilla. (VC 82).

Esta conciencia nos ofrece también la oportunidad de confrontar nuestro estilo de vida con el evangelio y con las necesidades urgentes de los pobres; de instaurar una economía solidaria con ellos y crítica respecto al sistema económico vigente, y poner nuestros recursos e instituciones al servicio de los pobres y de la naturaleza, participando activamente en la defensa y promoción de la vida, la justicia y la paz colaborando con otras organizaciones religiosas o civiles.

IV. La vida amenazada y defendida

La vida es exuberante, fecunda, en la naturaleza y en la humanidad. De muchas formas se manifiesta hoy el aprecio, la defensa y la pasión por la vida; hay personas y organizaciones que trabajan por los pobres, los derechos humanos y la paz. Los grandes progresos de la ciencia, de la biotecnología y de la medicina moderna, constituyen al mismo tiempo, un signo de esperanza y de temor para toda la humanidad y, de modo especial, para las personas consagradas que están comprometidas en la promoción y protección de la vida humana.

Observamos también en nuestro mundo numerosos indicadores de violencia y de muerte: la vida del planeta está amenazada: contaminación y falta de agua, deforestación, polución, deshechos tóxicos. Se desprecia la vida humana, desde su concepción hasta la muerte: aborto, violencia contra mujeres y niños, violen-

cia sexual, totalitarismos, terrorismo, guerras, pena de muerte, eutanasia. Se manipulan las fuentes de la vida y de la fecundidad sin escrúpulos ni criterios éticos; a veces se da la impresión que se busca el protagonismo científico. Los fundamentalismos religiosos provocan una violencia que podíamos llamar sagrada, de la cual tampoco nosotros estamos exentos.

Los retos son numerosísimos, sobre todo, para los consagrados que sirven Desafíos éticos: aborto, eutanasia para las personasØen el campo de la salud: enfermas en fase terminal, utilización de la clonación terapéutica y de los Desafíos de Øembriones para la curación de algunas patologías degenerativas. las grandes patologías endémicas y epidémicas, como el Sida, Malaria, Ébola, Desafíos en el ámbito de la justicia: no es moralmente admisible que las casas farmacéuticas acumulen medicinas en sus almacenes, mientras que los pobres se mueren por falta de ellas. Nosotros los consagrados podríamos ser los pobres enfermos y los defensores de sus derechos humanos.

Esta dramática situación nos abre a nuevas oportunidades. No podemos vivir sin sentirnos profundamente afectados por esta situación, que afecta a nuestra madre tierra y a nuestra comunidad humana. Debemos estar atentos para no ser corresponsables de la "cultura de muerte". No tendrán sentido nuestros planes apostólicos si no nos estimulan a servir con más entrega a quienes viven una vida disminuida y nos llevan a instaurar una verdadera "cultura de la vida".

V. El pluralismo y la diferencia creciente

Estamos en un mundo plural. Somos más sensibles, que antes, a las diferencias étnicas, culturales, religiosas, generacionales y de sexo. La aceptación de la pluralidad hace difícil y compleja nuestra forma de pensar y actuar. Hay culturas que son excluidas. El respeto de las diferencias y del pluralismo, entra en conflicto con las redes de intereses particulares. Muchas veces prevalecen las mayorías sobre las minorías, la fuerza sobre la razón, la economía sobre la solidaridad, la ley sobre la libertad, la exclusión de género sobre la inclusión, la dictadura sobre la democracia. La tendencia al pensamiento único y a la nivelación de todo es causa de mucho malestar y de tensiones.

La vida consagrada acoge, hoy más que en otros tiempos, la pluralidad, la diversidad. Ella misma está llamada a ser plural y diversa en sus miembros y en los carismas que el Espíritu concede. Se siente, por esto incómoda en sistemas eclesiásticos o sociales uniformes, monoculturales y no participativos y abiertos. El desafío del diálogo, a todos los niveles, intenta configurar el nuevo estilo de vida consagrada; sin embargo hay que reconocer que también en la vida religiosa hay muchas veces imposición de formas culturales, de modos de proceder, de fanatismos étnicos y de casta. La obediencia religiosa madura, ejercicio de escucha atenta del querer de Dios y de los demás, de sumisión libre, de compromiso

personal y comunitario integrados, ayuda a responder adecuadamente a este desafío.

Esta tarea se convierte en oportunidad cuando somos capaces de entrar en comunión quienes somos diferentes. Entonces son reconocidos, liberados y puestos al servicio de todos, los carismas individuales. Una vida consagrada en la que se respetan y promueven las diferencias de género, de edad, de cultura, de ritos y de sensibilidad, adquiere una notable calidad de signo en nuestro mundo. Ella misma consigue de este modo entender mejor el pluralismo de nuestra sociedad, defenderlo y alumbrarlo con la sabiduría evangélica.

VI. El talante y la mentalidad posmoderna

Lo que se llama "mentalidad posmoderna" es un fenómeno globalizado, que afecta sobre todo a las nuevas generaciones. Éstas son más sensibles a la realidad que nos llega, más acogedoras del pluralismo y la complejidad y, por eso, más vulnerables. Ello acrecienta el sentimiento de incertidumbre, inseguridad e inestabilidad. De ahí la tendencia narcisista a gozar del presente sin responsabilidad ni espera del futuro. Nada extraño que como reacción surjan movimientos fundamentalistas, reaccionarios, que tratan de buscar seguridad en la restauración del pasado.

También en la vida consagrada, la complejidad de nuestro mundo y la mentalidad posmoderna generan –especialmente en las nuevas generaciones– un tipo de personalidad más compleja y menos definida. Esto afecta de modo especial a la vida y misión de las personas consagradas. Se manifiesta en actitudes más tolerantes con la diversidad, más centradas en lo subjetivo, más ajenas a aceptar compromisos durables y definitivos. Todo se relativiza bajo las exigencias de la emoción y de la provisoriedad. Desde ahí se ve la necesidad de encontrar cauces para vivir el Evangelio con autenticidad y creatividad en esta nueva cultura posmoderna.

Este talante posmoderno nos da la oportunidad de reconocer nuestras limitaciones, evita los triunfalismos de otros tiempos, nos hace más vulnerables y compasivos hacia dentro de nuestras comunidades y hacia todos los seres humanos. Vemos en ello una oportunidad para recuperar la compasión con el sufrimiento de nuestro mundo. También el sentido de la provisoriedad y la dificultad cultural de la estabilidad podría conducirnos a estudiar la posibilidad de proponer formas de vida consagrada *"ad tempus"* (VC 56 y Propositio 33) sin que eso signifique deserción o abandono.

VII. La sed de amor y el desorden amoroso

Percibimos en nuestro mundo una profunda sed de amor y de intimidad, que se expresa de formas tan diversas que a veces nos desconciertan. Se anhela un tipo

de matrimonio y familia que sea hogar y comunión, seguridad en medio de un mundo inhóspito, extraño, vertiginoso y violento. Sin embargo, constatamos cómo el diálogo del amor resulta muy difícil; quedando interrumpido con una frecuencia cada vez mayor; y hasta fracasa y termina en el egocentrismo. Diversos factores repercuten en ello: la prevalencia cultural de un género sobre otro (machismo o sexismo), el modelo laboral que se impone y que no favorece la estabilidad que la familia y la pareja requieren, el deseo de autonomía y autorrealización que a veces se sienten ahogados en la convivencia familiar, etc.

El número de divorcios es muy alto, mientras se eleva la expectativa de vida de las personas. La crisis de la institución matrimonial y familiar –tal como la habíamos heredado– es patente: han ido apareciendo otras posibilidades de relación entre las personas de distinto y del mismo género. Todo esto genera un "desorden amoroso" difícil de gestionar.

La Iglesia lamenta que su mensaje y doctrina –replanteados en claves más integradoras y educativas– no encuentran suficiente acogida y seguimiento, no solo en la sociedad, sino en los mismos fieles. La vida consagrada se ha visto también afectada por esta situación, tanto en la vivencia del celibato o castidad consagrada, como en las relaciones interpersonales y comunitarias. Los abandonos, frecuentes, de nuestra forma de vida, los escándalos sexuales y la inmadurez afectiva indican que ésta resulta a no pocos insatisfactoria y que no encuentran los medios para superar los obstáculos y bloqueos. El celibato profesado en la vida consagrada pide un modo maduro, generoso, fecundo y sano de vivir la afectividad y la sexualidad. Ese testimonio se convierte en gesto profético en una sociedad tan fuertemente erotizada como es la nuestra (VC 88).

La reflexión antropológica y teológica no puede limitarse solo al tema y a los problema relativos al celibato o a la vida de comunidad. Pero es verdad que al hablar del celibato y de la comunidad hay que tener muy presente las aportaciones de la nueva antropología; sólo así se puede dar respuesta a las nuevas situaciones y orientar bien la formación en el amor y en el celibato destacando la dimensión relacional e integradora del espíritu y el cuerpo. La influencia de la antropología debe llegar a otros campos de la vida consagrada. Hasta ahora no siempre hemos acertado a formular bien sus implicaciones que se extienden de una manera especial al campo de la formación y de las vocaciones, de las múltiples relaciones interpersonales, de las formas de gobierno y de organización, del leguaje. Si no se presta atención al substrato humano que debe sustentar la vida consagrada es fácil que se construya sobre arena.

VIII. La sed de lo sagrado y el materialismo secularista

No se pone este tema al final por menor importancia. Se hace porque aquí está la clave que da sentido a todo lo anterior. De una espiritualidad sana y vigorosa



brotan las mejores perspectivas para una auténtica renovación de la vida consagrada hoy y para una revitalización de su misión. Percibimos en nuestro mundo una fuerte sed de lo sagrado, un anhelo de espiritualidad, de sentido y de trascendencia. Por otra parte, la excesiva confianza en nosotros mismos, en el poder, en la tecnología y en la riqueza, nos aleja de la Realidad última. En nuestro mundo se adoran nuevos ídolos que impiden la adoración del Dios único y verdadero. Se globaliza –sobre todo en las sociedades opulentas– una visión secularista de la realidad y nos vemos envueltos en un mundo sin trascendencia, sincretista, agnóstico y funcionalista, en una palabra, sin alma.

También en la iglesia y en la vida consagrada el secularismo ambiental favorece una desviación idolátrica que se expresa en el culto a los medios, a los poderosos, a las instituciones, a los hábitos, a los ritos, a las leyes, que hacen cada vez más difícil la conversión al único absoluto y necesario y la pasión por el Dios del Reino y por el Reino de Dios. El desafío de una seria experiencia de Dios y de una pasión misionera, innovadora y profética se manifiestan hoy como conversión al Dios vivo, puesto que el hambre de Dios alimenta nuestro éxodo y la misión da sentido e identidad a nuestra vocación cristiana y consagrada.

Por lo mismo se debe aceptar que las nuevas experiencias y formas de espiritualidad no son solo frutos de una búsqueda humana, sino verdaderas llamadas y desafíos del Espíritu para una sociedad y una humanidad que no encuentra los caminos de la trascendencia y que busca con afán el misterioso rostro de Dios (VC 84).

La sed de Dios y de espiritualidad propia de nuestro tiempo, junto con la tendencia idolátrica y secularista, nos ofrece la oportunidad de purificar nuestra visión de lo religioso, encontrar nuevos caminos para expresarlo, viviendo así nuestra pasión por el Dios de la Alianza. La vida consagrada recuperará entonces su identidad, si aparece y actúa como testigo de Dios, anunciadora de su Reino; si se implica en procesos serios de espiritualidad, para poder escuchar inteligente y empáticamente las emociones y sentimientos del corazón humano. Así ofrecerá los servicios de la maternidad y paternidad espiritual que nuestros contemporáneos echan en falta. El testimonio del Dios verdadero exige también estar dispuestos a arriesgar –en un caso extremo– la propia vida y llegar hasta el martirio (VC 86). Esta situación nos ofrece nuevas oportunidades para la creatividad evangelizadora y el anuncio de Jesús resucitado.

Una espiritualidad a la altura de los desafíos y de las expectativas de las mujeres y de los hombres de nuestro tiempo debe nutrirse de una escucha orante y cotidiana de la Palabra, vertebrarse según las exigencias del misterio pascual que cada día celebramos, insertarse en el camino no siempre fácil ni claro del pueblo de Dios en este mundo, ejercitar un dialogo acogedor y capaz de discernir las utopías y heridas de la humanidad actual. Sólo a partir de esta experiencia de

vida en el Espíritu se puede alentar y animar una nueva etapa de la historia de la venida del Reino de Dios y de la historia de la vida consagrada. Según los diferentes contextos culturales y religiosos, la espiritualidad puede dar más énfasis a elementos de interioridad o de compromiso histórico, pero nunca puede faltar una continua búsqueda de un equilibrio dinámico entre las dos perspectivas: encontrando a Dios, encontramos un amor grande para el ser humano especialmente el mas pequeño y más débil; encontrando al pobre y al herido nuestras entrañas se conmueven y nuestros ojos ven en él la imagen de Dios, aunque desfigurada y despreciada.

BLOQUEOS

A veces es difícil o imposible caminar hacia donde el Espíritu nos lleva. La vida consagrada se ve retardada, frenada e impedida por diversos obstáculos y bloqueos. Unos vienen de nosotros mismos, y otros de la Iglesia y del mundo en que vivimos.

I. Desde nosotros mismos

a) Limitaciones personales y comunitarias

Nuestros Institutos se ven bloqueados, en primer lugar, por las limitaciones de las personas que los formamos. El envejecimiento progresivo de personas e instituciones en algunos países, la procedencia de las nuevas vocaciones, a veces afectadas por traumas familiares o sociales, e inadecuadamente acogidas y acompañadas en nuestros procesos formativos, la sobrecarga de trabajo de algunos, la superficialidad en el discernimiento o la falta de una formación inicial y formación permanente serias, limitan mucho nuestra capacidad de respuesta a los desafíos de nuestros tiempos y lugares. Todo ello reduce o puede llegar a hacer desaparecer la pasión por Cristo y por la humanidad. Por eso, muchas veces la visión programática expresada en nuestros documentos excede nuestras posibilidades reales y está en el origen de una utopía irreal. Ello genera en nosotros un sentimiento de ansiedad y frustración. Las solemnes proclamaciones teóricas y el lenguaje poco cercano a la vida revelan más una astucia mundana que una sabiduría evangélica.

b) Infidelidad o falta de respuesta vocacional

Otro bloqueo procede de nuestra infidelidad o falta de respuesta al don vocacional. El aburguesamiento o instalación, –generados por un excesivo interés en el confort y lo técnico e instrumental– así como la falta de sencillez evangélica –nacida de nuestro excesivo apego a los bienes materiales– sofocan nuestra disponibilidad y espíritu misionero; ofuscan nuestra mirada contemplativa, nos



insensibilizan ante los pobres y excluidos e impiden una auténtica vida en comunión. La implicación directa o indirecta en escándalos sexuales y económicos y en abusos de poder nos resta credibilidad y autoridad moral y evangélica y paraliza la realización de nuestros proyectos. Es evidente que no podemos pasar por alto estos hechos graves. Sus consecuencias son difíciles de ponderar pero no hay duda que todo ello pone en tela de juicio la radicalidad evangélica de la vida consagrada en determinados aspectos donde debería brillar con especial fuerza.

c) Los miedos y la cerrazón en lo propio

Se bloquea la acción del Espíritu en nosotros cuando nos dejamos llevar por el miedo al riesgo, a las decisiones oportunas, a desagradar al sistema que se impone. El miedo paraliza, reduce nuestra capacidad de riesgo y nos lleva a buscar posiciones seguras; nos volvemos tradicionalistas, conservadores, cerrados a la renovación e innovación.

Cuando los superiores se dejan llevar por los miedos, surge un liderazgo débil, complaciente con todo y con todos, y por lo tanto indeciso, o demasiado doblegado ante sus autoridades superiores. En una palabra, están más dispuestos a agradar que a actuar. De ese modo se hace difícil tanto el ejercicio evangélico de la autoridad como de la obediencia. Faltan actualmente hombres y mujeres con la suficiente autoridad moral para conducir a las comunidades en fidelidad creativa al carisma.

Los grupos conservadores, que todavía intentan impedir la renovación conciliar, imponen sus leyes en ciertos aspectos de la vida y en ciertos lugares; hacen que el carisma colectivo se vuelva rutinario y decadente. En estos casos las personas creadoras e innovadoras son miradas con recelo y controladas; lo más que se les permite son ciertas adaptaciones superficiales que no atenten contra el statu quo. De esta manera el "vino nuevo" se derrama en "odres viejos" (Mt. 9,17).

Los miedos nos llevan a buscar seguridades, que nos conducen a la cerrazón en nuestro propio mundo –religioso o eclesiástico, provincial o nacional– al apego desmesurado a nuestra propia lengua o cultura y al aislamiento en nuestra tradición carismática o religiosa. Entonces nos volvemos ciegos para descubrir los signos del Espíritu y matamos toda iniciativa y creatividad para responder a las grandes urgencias de nuestro tiempo. Hay una apremiante necesidad de un nuevo soplo del Concilio Vaticano II que nos de audacia y lucidez para ser fieles al evangelio.

II. Desde la Iglesia y la sociedad

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne (MR11). En ella la vida consagrada encuentra el espacio de vida, expansión y crecimiento. Sin embargo, se siente bloqueada allí donde rige un sistema eclesiástico cerrado, que descon-

fía y recela –tanto a nivel de iglesia universal, como de iglesias particulares– de la libertad evangélica que tantas veces anima a la vida consagrada; en tales circunstancias se siente relegada con relación a otros grupos más dóciles y de hecho poco apreciada; en algunos lugares sus iniciativas y obras son entorpecidas y discriminadas. Si opta por el conformismo con la situación pierde su vertiente más profética; si opta por el ejercicio de su profetismo, se ve excluida. La dimensión profética, tan esencial a la vida consagrada, debe ser cuidada y promovida. (VC 84-85).

Las sociedades en las que vivimos nos influyen poderosamente, de tal manera que sus bloqueos son nuestros bloqueos, como también sus virtudes son nuestras virtudes. Baste mencionar los bloqueos que proceden de regímenes dictatoriales, de sociedades muy enclaustradas en "lo propio" sin abrirse a la realidad global, o de las sociedades muy materialistas y secularizadas. Son también muchos los grupos, corrientes o tendencias culturales que nos bloquean: el terror y la violencia, la falta de credibilidad de las grandes agencias (partidos, sindicatos, proyectos sociales, organismos religiosos), la caída de las grandes utopías que hace más difícil la lucha por un futuro mejor. Todo ello cada día nos hace más inseguros y temerosos.

III. Los bloqueos no apagan nuestra esperanza

Esta realidad que nos interpela, no apaga nuestra esperanza. Nuestro tiempo es el tiempo del Dios de la Alianza, del Dios "siempre mayor" que con sus dones supera nuestros deseos.

Dentro de la humanidad y de la Iglesia, vivimos como consagrados momentos cruciales. Tenemos que tomar decisiones de gran trascendencia para el inmediato futuro. Se nos plantean opciones decisivas: podemos alentar la vida o dificultarla, crecer en comunión o crear más distancias entre nosotros, dejarnos vencer por las dificultades o plantarles cara. No tenemos tiempo que perder. Las nuevas realidades demandan nuevas respuestas. Dios nos habla a través de estas nuevas situaciones y desafíos. Estas respuestas deben estar bien enraizadas en la vida real, pero también tienen que nacer y ser alimentadas del contacto con la sabiduría de Dios, con la Palabra que de él nos llega y que ilumina, provoca, educa, purifica, guía y ofrece inspiraciones nuevas. Es la hora de escuchar su voz. El presente momento de la vida consagrada no es el mejor de su historia; tampoco el peor. Es el nuestro; el que nos toca vivir y afrontar con una fe que actúa por la caridad y hace posible la esperanza. No podemos movernos en un ideal de vida consagrada que dista mucho de la realidad. Ni olvidar ésta para hablar del futuro saliéndose del marco real; ni estructurar ese futuro antes de que nazca el mismo con un paradigma que está caducando. Será bueno recuperar la capacidad de real revitalización de los modelos que se proponen, aceptando proceder con soluciones frágiles y provisorias, sin querer determinarlo todo.

Segunda Parte

ILUMINACIÓN: EL ICONO

"¡Cuando venga, nos lo explicará todo!" (Jn. 4,25)
"¿Qué está escrito… Cómo lees?" (Lc. 10,26).

Ante la realidad que nos desafía y ante los bloqueos que nos paralizan, buscamos la luz y la fuerza en la Palabra de Dios. Así lo hicieron nuestros Fundadores y Fundadoras. "Del contacto asiduo de la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos" (VC 94). La Palabra nos lleva a discernir la voluntad de Dios –lo que le agrada, lo perfecto (Rm. 12,2)– y sus caminos en los signos de los tiempos y a actuar con fidelidad y sabiduría. Queremos dejarnos iluminar en nuestro discernimiento, como ya dijimos, por dos iconos bíblicos: el relato del encuentro de la Samaritana con Jesús junto al pozo de Jacob (Jn. 4, 1-42) y la parábola del Samaritano (Lc. 10, 29-37). El primer icono ya fue utilizado por las mujeres consagradas en su contribución al Sínodo del 1994. Y aquí viene utilizado para afirmar la búsqueda espiritual apasionada del agua viva, "la pasión contemplativa" que todos –varones y mujeres religiosas– llevamos en el corazón y que solo Jesús puede saciar. El segundo icono está propuesto como ejemplo de compasión activa y diligente hacia toda persona, herida en el cuerpo o en el espíritu. Ambos iconos pueden también hoy, al comenzar este nuevo siglo, inspirar nuestro discernimiento y aportarnos nuevas perspectivas y orientaciones sapienciales. Nos abren horizontes nuevos e inéditos que pueden orientarnos en la nueva coyuntura.

SAMARITANA Y SAMARITANO

Contra la expectativa –común en aquellos tiempos– según la cual no se esperaba de un samaritano o una samaritana una conducta conforme a la voluntad de Dios, los dos protagonistas están implicados en un proceso de transformación, que se expresa en gestos y reacciones peculiares, que pueden inspirar nuestra vida. En ambos iconos la vida consagrada, tanto femenina como masculina, ve reflejada su aventura espiritual de pasión por Dios y compasión por el ser humano.

I. El icono de la Samaritana: la sed y el diálogo de liberación

El episodio del diálogo con la samaritana en Juan se encuentra en el contexto de las primeras reacciones frente a Jesús: la del judío Nicodemo que quiere saber

con claridad pero se resiste en parte marcado por el escepticismo (Jn. 3, 1-21), la de la mujer samaritana que se deja fascinar y conducir por la novedad (Jn. 4, 1-42) y la del funcionario pagano que se convierte con toda su familia (Jn. 4, 46-54). En l tradición el capítulo cuarto del evangelio de Juan está considerado como una gran catequesis bautismal. En el camino de su vida la mujer samaritana se encuentra con Jesús (Jn. 4,1-42). Jesús, fatigado del camino, está sentado junto al pozo de Jacob; movido por el amor mendigo de Dios Padre y desafiando los prejuicios y tabúes de su tiempo (Jn. 4,27), inicia el encuentro con la mujer y le pide de beber. Ante la resistencia inicial de ella, Jesús no se altera; el diálogo se desarrolla en siete respuestas que da la mujer y en siete frases de Jesús. El diálogo toca el corazón de ambos participantes. Jesús mismo respira hondo y pide ser creído y habla del verdadero culto en espíritu y en verdad (Jn. 4, 23-24). Llega hasta confiarle el secreto más íntimo de su persona y le anuncia que él es "el Mesías que ha de venir" (Jn. 4,26). Enseguida, la mujer siente la fuerza de sus palabras y la profunda atracción de su persona. Descubre progresivamente el misterio de ese hombre que le ofrece el Agua viva y la posibilidad de una nueva relación con Dios, más allá del culto institucionalizado y practicado sobre la montaña o en el templo.

Esta mujer lleva en su corazón una historia de relaciones heridas; quizás para no hacerse ver va al pozo en una hora intempestiva. Conoce, sin duda, algunos elementos de las prácticas religiosas pero tiene necesidad de algo nuevo y más profundo. Cuando lo ha encontrado se transforma en otra persona. El vacío de su vida queda bien simbolizado en el cántaro.. Jesús percibe el malestar interior que le causa su pasado aventurero. Jesús se va revelando al ritmo de las inquietudes que descubre en la mujer. Ella se transforma, pasando de la ironía a la seducción que la desarma, del vacío a la plenitud que la entusiasma. Se vuelve meditativa y confiada, porque el misterioso maestro no la condena sino que le habla con palabras nuevas que llegan hasta su corazón sediento de relaciones intensas.

El encuentro con Jesús la transforma en mensajera: corre a la ciudad e interpela a sus conciudadanos con el anuncio de un "Mesías" que conoce sin condenar y que orienta la sed hacia las aguas que saltan hasta la Vida eterna (Jn. 4,39). El cántaro, símbolo de la sed humana y de afectos que nunca la habían saciado, se vuelve ahora inútil. Lo abandonó (Jn. 4, 28). Jesús anuncia a sus discípulos, mientras tanto, que la mies ya está en sazón y es hora de segar (Jn. 4,35-38). La mujer suscita en la ciudad la fe en Jesús y conduce a Jesús a sus conciudadanos (Jn. 4,39).

Descubrimos en este relato bíblico el icono de nuestra vocación, como experiencia de encuentro con Jesús y compromiso con el anuncio del Evangelio. En el lugar del encuentro –totalmente desprovisto de signos sagrados–, el diálogo abre el corazón a la verdad; revela y cura. Dios se muestra frágil y sediento en Jesús. La sed de Dios se encuentra con la sed de la mujer, con nuestra sed. El que pide de

beber está listo para ofrecer un agua nueva y eterna que regenera y transforma la vida. La relación se hace juego y mirada, confianza y nacimiento nuevo. Jesús no recela de la humanidad inquieta. Su tranquilidad y libertad interior permiten que ella, representada en la mujer, se sienta protagonista, que dance al ritmo de su propia inquietud hasta que encuentra el agua viva que salta hasta la vida eterna. La sed de Jesús y la sed de la mujer son el hilo conductor de un dialogo liberador que sana heridas interiores, incurables hasta el momento, que los prejuicios raciales y religiosos han hecho más intolerables. El amor "indigente" de Dios en Jesús nos pide a nosotros –humanidad inquieta– darle de beber y nos ofrece gratis el Agua de la Vida.

Nos vemos reflejados en la mujer, pues tantas veces estamos heridos en nuestras relaciones mutuas, sedientos de verdad y autenticidad. Descubrimos también que somos incapaces de entender nuestros afectos, tras los cuales se oculta nuestro corazón extraviado. Meditando este texto podemos iluminar nuestra vida con la palabra. A Jesús le gustan las circunstancias sencillas y ordinarias de la vida; las que se transforman en momentos especiales de gracia y de revelación. La capacidad de convocatoria de esta mujer que tiene una historia oscura nos sorprende; al mismo tempo enseña a tener confianza en las pequeñas cosas y en los recursos humildes. Los prejuicios con los que los discípulos veían la escena (Jn. 4, 26-27) revelan una mentalidad machista que se prolonga hasta nuestros días. La misma serenidad de Jesús, nacida de la clara conciencia de su misión, le permite esperar con paciencia la pregunta justa y el momento de la confidencia total. A la ciudad vuelven los discípulos para comprar para comer; a la ciudad vuelve la mujer sola, pero hará que muchos samaritanos inicien el camino de la fe en "el Salvador del mundo" (Jn. 4, 39-42).

II. El icono del Samaritano

En el camino de su vida un samaritano –como dice la parábola– se encontró con un ser humano a quien unos salteadores habían dejado medio muerto; conmovido lo atendió (Lc. 10, 25-37). Interpelado insidiosamente por un doctor de la ley sobre qué hacer para entrar en la vida eterna y quién es el prójimo, Jesús le remite en primer lugar a la lectura de la Ley –al mandamiento principal–; y, por otra parte, para clarificar el concepto de prójimo recurre a una historia ejemplar a través de la cual vuelve la perspectiva del revés: lo importante no es saber quién es mi prójimo para amarlo, sino tener en el corazón una disposición para conmoverse y aproximarse a quien me necesita. Aquí se da el paso del prójimo, entendido como objeto de atención, incluyendo a algunos y excluyendo a otros, al sujeto que vive la proximidad amando, porque solo la compasión vivida nos hace próximos.

Podemos distinguir entre el samaritano de la hora trágica –aquel que socorre a la víctima de los ladrones, allí donde está, con inmediatez y eficacia para impedir



su muerte–, y el samaritano del día siguiente que organiza su restablecimiento según las exigencias del tiempo y de la economía, pidiendo la colaboración de otros.

La tradición teológica y pastoral ha leído en este texto un reflejo de la humanidad herida y abandonada a sí misma, y de la compasión de Dios que, a través del Hijo, se inclina para curarla. Esta interpretación se basa en un verbo –"sintió compasión" kai esplanchnisthè– que aparece aquí, igual que en el relato de la viuda de Naím (Lc. 7, 13) y en el motivo por el que el padre del Hijo pródigo corre hacia él (Lc. 15,20). Esta interpretación tan llena de belleza y tan sugestiva sigue siendo válida y enseña a vivir los mismos sentimientos de Cristo y a arrodillarse como él ante la humanidad herida y violentada y a socorrer con todos los medios a los heridos y abandonados que yacen "medio muertos" en las periferias de nuestra sociedad.

En esta parábola vemos cómo Jesús margina en su valoración a quienes son signos del poder religioso cuando no se dejan mover por la compasión y en cambio le da el protagonismo a un hombre conmovido que realiza gestos pobres y sencillos de curación con el aceite, el vino, las vendas, la cabalgadura y el mesón. La ayuda inmediata es ofrecida de la forma mejor, pero el samaritano también pide al dueño del mesón que "lo cuide" y –por eso– le preste atención, ayuda, respeto y confianza y lo prolongue en el tiempo. Pero también para el samaritano aquel hombre necesitado sigue tan presente en la mente y la preocupación que le hace volver para controlar el trato que recibe y pagar los costos. No descarga sobre otros su preocupación sino que para él se convierte en estímulo de su solidaridad activa. La invitación final de Jesús a que "se haga lo mismo" (Lc. 10, 37) orienta hacia una coherencia práctica y no hacia principios teóricos.

El camino del Samaritano es hoy un espacio inmenso, donde se agolpan hombres y mujeres, niños y ancianos, que llevan en su cuerpo "medio muerto" las heridas que todo tipo de violencia les infiere en su piel y en su alma. Son innumerables los rostros desfigurados por la violencia y la injusticia: rostros de emigrantes y de refugiados en busca de patria, de mujeres y jóvenes explotados, de ancianos y enfermos abandonados a sí mismos; rostros humillados por los prejuicios raciales o religiosos, rostros de niños traumatizados en su cuerpo y en su espíritu, rostros desfigurados por el hambre y la tortura. Estos son los flagelados de la tierra, que yacen al margen de nuestra historia y piden compasión creadora que convierta las instituciones tradicionales de caridad en respuesta a las nuevas urgencias y en testimonio nuevo de proximidad. Ser prójimo quiere decir ver las situaciones desde la perspectiva del pobre que es el último (*éschaton*) de la sociedad y el criterio determinante en el juicio final (Mt. 25, 31-45) y desde sus exigencias y desde su proceso de curación y liberación. El principal desafío hoy consiste en cambiar las prioridades para promover las dinámicas de la proximidad compasiva.·

El desafío más importante es aquel de ponerse en acción, dando prioridad al necesitado, a las personas y no a los negocios, a los itinerarios terapéuticos y no a las normas sagradas que nos despojan de la compasión, como aconteció al sacerdote y al levita. Los hombres de la institución no supieron liberar la imaginación de la caridad. Siguieron su camino para mantenerse puros en sentido legal y cultual. Sin embargo, aquel que vivía la religiosidad y el culto en una forma no correcta e incluso despreciada por los jefes religiosos oficiales, se manifestó como el único capaz de ejercer la caridad. Libre de esquemas sagrados externos, tuvo entrañas y corazón de misericordia. Cuando se conmueven las entrañas, incluso los recursos pobres como el aceite, el vino, las vendas, se convierten en signos de grandes y profundos valores. Pero hay que bajar de la cabalgadura que nos hace seres privilegiados y nos separa de tantos caminantes que no tienen dignidad, casa, ni meta. Hay que derramar sobre sus heridas el aceite de nuestra contemplación, para que no sea una mera búsqueda egoísta y solitaria y el vino de la ternura y de la gratuidad para que vuelva la esperanza y el ansia de vivir. La comunidad samaritana se constituye en torno a Jesús. Es la comunidad de los que están con Él y comparten su compasión por la humanidad y son enviados, como Él, para predicar y con el poder de expulsar demonios (Mc. 3,15) y curar enfermos ungiéndolos con aceite (Mc. 6,13). Así se forma la fraternidad verdadera de Jesús en un mundo violento e injusto.

UNA VIDA CONSAGRADA "SAMARITANA"

I. Claves de lectura

Estos iconos –contemplados conjuntamente– nos muestran cómo la vida consagrada surge de una experiencia vocacional que acontece en el encuentro y diálogo de vida con Jesús que nos interpela y con los seres humanos más necesitados. Samaritana y samaritano nos impulsan a sacar a la luz las relaciones heridas de nuestra vida consagrada para que sean acogidas compasivamente, curadas gratuita y diligentemente derramando sobre ellas el aceite de la contemplación y el vino de la ternura y la gratuidad. Ambas imágenes nos llevan a sentarnos junto a tantos "pozos" donde corazones inquietos y necesitados de una nueva esperanza liberadora van a saciar su sed, o a andar por los caminos donde los indigentes necesitan nuestra ayuda; a dialogar con calma y sin prejuicios, sin calcular el tiempo ni el prestigio; a compartir la pasión por el agua que sacia verdaderamente, vivifica y transforma; a bajarnos de nuestras "cabalgaduras" –privilegios, estructuras rígidas, prejuicios sagrados– para vincularnos al destino de los crucificados de la tierra, y luchar contra toda violencia e injusticia, comenzando así una nueva etapa de sanación y de solidaridad.

II. El "nuevo modelo"

Está emergiendo, bajo el impulso del Espíritu que nos guía en el camino hacia la verdad completa (Jn. 16,13), una vida consagrada con nuevas características. Sen-

timos cada vez más la necesidad de una intensa experiencia contemplativa, vivida en medio de las angustias y esperanzas del pueblo, especialmente de los más frágiles y pequeños. Se está recomponiendo un nuevo paradigma de vida consagrada –nacido de la compasión por los lacerados y azotados de la tierra– en torno a nuevas prioridades, nuevos modelos de organización y de colaboración abierta y flexible con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Los elementos que han caracterizado esta vocación cristiana en la historia y que expresan su gran y rica tradición son recuperados en una nueva síntesis. Eso permite retomar el Evangelio como la primera norma, el mandamiento principal de la Alianza como elemento nuclear y la fraternidad como propuesta y profecía dentro de una sociedad dividida e injusta, viviendo la pasión por la humanidad con una gran carga de imaginación y de creatividad. La experiencia de la inserción entre los más pobres y excluidos ha reconfigurado a la vida consagrada como vida samaritana que anuncia el Evangelio con nuevas expresiones: "¡Cuántas [personas consagradas] se han inclinado y continúan inclinándose como buenos samaritanos sobre las innumerables llagas de los hermanos y hermanas que encuentran en su camino!" (VC 108).

Está así emergiendo –aunque en medio de mucha fragilidad– un rostro nuevo de Iglesia pascual, servidora, enriquecida por el testimonio de mártires. Se están difundiendo ejemplos y experiencias de comunidades fraternas y solidarias, orantes y audaces, constantes en el bien y vigilantes en la compasión, atrevidas en las iniciativas y alegres en la esperanza. "Este mundo nuestro, ¿no necesita también, hombres y mujeres que sepan, con su vida y con su actuación, sembrar semillas de paz y de fraternidad?" (VC 108).

Tercera Parte

HACIA LA ACCIÓN

¡Dame de beber!"(Jn. 4,7) "¡Haz eso y vivirás! …
¡Vete y haz tú lo mismo" (Lc. 10, 28.37)

Las insistentes palabras de Jesús al maestro de la ley, nos son dirigidas hoy a nosotros: "¡Haced eso y viviréis!". Los dos iconos son para la vida consagrada estímulo y programa de vida y compromiso. Nos corresponde a nosotros la tarea hermenéutica de interpretar en cada lugar y tiempo la manera de cómo hacerlos realidad. En la Vida Consagrada hemos dado por supuestas muchas cosas y a veces sólo por el mero hecho de conocerlas y de decirlas. Sin embargo, no debemos dar por supuesto más que lo que vivimos. Se trata de hacer esto para vivir. Reconocemos, ante todo, que no se busca un esfuerzo voluntarista. Dios está ya



actuando en nosotros y con nosotros. Hay indicios de novedad, precursores del don que se nos ofrece y que ya debemos conocer. Pero hay también ámbitos o campos en los cuales hemos de demostrar nuestra disponibilidad a colaborar con la gracia y a demostrar la fuerza creadora e imaginativa de nuestra libertad y de "la fantasía de la caridad" (NMI 50).

INDICIOS DE NOVEDAD: ¿HACÍA DÓNDE NOS LLEVA EL ESPÍRITU?

El Espíritu Santo sigue actuando en el mundo, en la Iglesia y en nosotros. Signos de vida y esperanza aparecen por doquier. Quienes son sensibles al espíritu y a la verdad «conocen el don de Dios» (Jn. 4,10) y saben lo que se debe hacer para vivir y dar vida. Hay señales de todo esto en la vida consagrada que hay que saber leer y a veces interpretar. Sobre todo hay que saber entrar en los procesos que permitan llevar a buen término lo que se está iniciando.

I. El poder de las Fuentes: Allí brota el agua viva

Desde el Concilio Vaticano II hasta hoy la vida consagrada ha hecho un gran esfuerzo por volver a las fuentes, por encontrarse con el don de Dios. Ha buscado re-encontrarse con la Palabra, con la inspiración primera y con su identidad. La Palabra de Dios ha sido colocada en el centro de la vida y afecta a todos sus aspectos. La escuchamos con todo el pueblo de Dios, en el contexto de nuestro tiempo. La vida consagrada "se ha reencontrado con la Palabra" (VC 81 y 94). En ella hallamos la fuerza para vivir, la orientación para caminar y el estímulo para nuestros proyectos. Fundamentamos en ella una espiritualidad encarnada e inculturada. Desde ella integramos todos los aspectos de nuestra vida: oración, comunidad y misión. Esto se ha conseguido, de un modo especial, a través del descubrimiento y difusión de la antigua tradición de la "lectio divina"; así la Palabra se hace sabiduría "viva que interpela, orienta y plasma la existencia" (NMI 39). Así, alimentados con la Palabra todos nos convertimos en "servidores de la Palabra en el empeño de la evangelización" (NMI 40).

Se ha dado, también, en algunos Institutos religiosos el retorno a la inspiración originaria de nuestros Fundadores y Fundadoras según el espíritu del Concilio Vaticano II (PC 2). Cuando así ha ocurrido se ha llegado a:

a. percibir la frescura permanente del carisma y su fuerza congregadora, transformadora y profética (VC 84-85). El retorno a los orígenes del Instituto nos hace "considerarnos en familia";
b. comprender que el carisma heredado es un don para toda la Iglesia y que, por lo tanto, puede y debe ser compartido con otras personas (VC 54-56);

c. descubrir una nueva realidad expresada en un nuevo lenguaje: "carisma compartido", "espiritualidad compartida", "misión compartida", "comunidad compartida" (RdC 30-31);
d. modificar nuestra comprensión del Instituto hasta considerarnos "familia", avivar nuestro sentido de Iglesia y de vida consagrada compartida;
e. renacer al entusiasmo y recuperar la fantasía creadora de los orígenes en nuevos contextos y respondiendo a nuevas necesidades (VC 37);
f. redefinir nuestra identidad, no solo desde "elementos esenciales", sino desde la correlación con todas las formas de vida cristiana, desde el servicio humilde a todos y desde la actitud del compartir (CfL 55);
g. responder a la petición de laicos y ministros ordenados de compartir nuestra inspiración espiritual.

II. Los encuentros que transforman: Hemos ido a beber al mismo pozo

El Espíritu de Dios sigue creando novedad, sigue hablándonos por los profetas y llamándonos a una fidelidad llena de amor y de audacia apostólica (VC 82). Hoy en la vida consagrada hay huellas de su renovadora presencia. En esta vida consagrada se dan "encuentros" nuevos que la transforman y vivifican y la dejan con nuevas preguntas y nuevos desafíos (VC 73). Encuentro es la creación, la encarnación y la redención. Los encuentros para que sean fecundos tienen que darse en "la tienda del encuentro" como hacía Moisés (Ex. 33,7). En el proceso de refundacion comenzado por la vida consagrada se ha ido pasando del aislamiento y el distanciamiento al diálogo, al compartir, a la comunicación, a la presencia y a la interacción. Así se han multiplicado los nuevos modos de relación.

Entre los encuentros más significativos y con más consecuencias para los religiosos hay que señalar los siguientes: Encuentros entre hombres y mujeres y entre los religiosos y los seglares. Tanto en uno como en otro caso se está aprendiendo, poco a poco, a beber del mismo pozo y andar por la vida de la Iglesia y de la sociedad caminado con los dos pies, oyendo con los dos oídos y mirando con los dos ojos. Se están multiplicando los encuentros entre las diversas culturas y los diferentes grupos generacionales; estamos aprendiendo a vivir unidos en las diversidades culturales y de edades y a entenderlas como una gran riqueza. Encuentro entre religiosos y pobres; las experiencias de inserción, solidaridad y vida compartida con los pobres, cuando se ha dado, han sido muy fecundas (VC 82). Encuentro entre creyentes y no creyentes, entre miembros de unas religiones y de otras e integrantes de unas Iglesias y de otras. Estamos haciendo esfuerzos para romper muchos tipos de frontera y división y crear puentes y crecer en comunión. Vamos también descubriendo la riqueza de las formas de vida religiosa existentes en otras tradiciones religiosas, dialogando con ellas e intercambiando. Una gran riqueza supone para los religiosos el encuentro con la madre tierra. La dimensión ecológica puede traer importantes consecuencias para nuestra misión



y nuestra espiritualidad (VC 103; NMI 56). El interencuentro con otras congregaciones que va desde la simple colaboración hasta la confederación, la federación y la fusión (52 y 53), nos permite poner de relieve lo esencial y lo común de la vida consagrada sin perder lo específico de cada grupo. Esta ayuda contribuirá a dar con el nuevo paradigma que de una u otra forma todos estamos buscando.

Estos encuentros vividos como acontecimiento, como procesos y como gracia van dibujando los elementos indispensables de los nuevos modos de vida consagrada que ya han comenzado a ser realidad y que necesitan de la creatividad y la lucidez de muchos para tomar forma en el caminar actual de la Iglesia y de la sociedad. Todos estos encuentros son exigentes y con alguna frecuencia se inician pero no se prosiguen. Sin embargo en ellos y con ellos están surgiendo formas de vida evangélica sencillas, radicales, ecuménicas, insertas en medio del pueblo, flexibles a las estructuras, acogedoras, atentas al lenguaje simbólico, a los ritmos actuales de la vida y a las exigencias de la comunión profunda con Dios y con las personas(VC 12 y 62).

III. El lenguaje del agua cantarina: mana y corre

Estos signos de vitalidad que el Espíritu está suscitando en la vida consagrada, han provocado en nosotros la necesidad de expresar de un modo nuevo lo nuevo, de un nuevo lenguaje y de la creación de esquemas simbólicos originales. Por eso hablamos de "nuevo paradigma", "nuevo modelo", "nuevas formas", "refundación" y "fidelidad creativa". La forma de vida modifica y configura el lenguaje y el lenguaje modifica y configura la forma de vida. No es extraño que las nuevas formas de vivir la vida consagrada modifiquen nuestras formas de expresión y de organización y que estas nuevas palabras modifiquen, también, nuestros modos de vivir. Siempre la vida religiosa ha sido un laboratorio de nuevos modelos culturales y organizativos, expresando así auténticos valores evangélicos en los diferentes contextos y condiciones culturales y religiosas. En ella ha existido una tendencia fuerte a la inculturación que ha llegado hasta nuestros días, y que hoy debemos reactualizar (VC 6 y 98).

Ante todo, descubrimos la necesidad de nuevas expresiones y nuevos métodos para anunciar en nuestro tiempo a Jesucristo y el Evangelio del Reino. La vida consagrada que se sabe llamada a compartir el gran proyecto de la "nueva evangelización" es consciente de que ello le exige un "nuevo ardor" o un nuevo lenguaje espiritual que unifique misión y espiritualidad, comunidad e individualidad, cuerpo y espíritu. Sabe, finalmente, que la opción por los pobres y excluidos es la expresión imprescindible para esta nueva evangelización (NMI 49).

Algunos símbolos y lenguajes simbólicos del pasado pierden fuerza y son suplantados por otras formas de comunicación más adaptadas a la humanidad contemporánea. El contacto con la realidad sociocultural y eclesial nos humaniza, renue-

va y adapta. Una diversa sensibilidad está naciendo entre nosotros y el Espíritu Santo nos está llevando hacia nuevas formas de misión y de vida. Todo ello requiere de nosotros un serio compromiso en cultivar este don que Dios nos concede.

IV. Nuevas relaciones en una Iglesia de comunión: fruto de la tierra bien regada

El progresivo desarrollo de la eclesiología de comunión, de la que partió el concilio Vaticano II, ha ido ofreciendo invitaciones a todos los miembros del Pueblo de Dios a recorrer juntos caminos de santidad, de evangelización y de solidaridad. La confesión del Misterio Trinitario y el reconocimiento del protagonismo del Espíritu Santo en la Iglesia, como expresión de fecundidad, de comunión y de dinamismo misionero, a la vez que ha revelado la riqueza de las diversas vocaciones y de las formas de vida en la Iglesia, ha subrayado la correlación y reciprocidad entre ellas (CfL 55). Todo esto está originando un ensanchamiento de las relaciones a la vez que una calificación de las mismas, que posibilitan vivir en profundidad la filiación, la fraternidad y la misión inherentes a todas las vocaciones cristianas. Fomentando la espiritualidad de la comunión propugnada por Juan Pablo II (VC 46, NMI 43, PG 22), se hace visible la Iglesia como comunidad de creyentes y apóstoles, se amplían los horizontes misioneros, se hace fecundo el diálogo en todas las direcciones y con los diversos interlocutores, aumentan los caminos de la solidaridad, o lo que es lo mismo, se vive el espíritu "samaritano" (Ecclesia in Asia 31,34 y 44).

Las relaciones de los consagrados, durante estos últimos años, se han extendido, multiplicado y cualificado. No son sólo objeto de atención las relaciones con los Obispos, sino también con los laicos y, de modo especial, con los que comparten el carisma y la misión; con los presbíteros seculares quienes hacen de mediadores de otras muchas relaciones en el interior de las comunidades cristianas que presiden; y también con cuantos animados de la buena voluntad colaboran en la transformación del mundo. Los consagrados intentamos entrar en la red de la solidaridad, alternativa a la globalización impersonal; somos conscientes que esto comporta problemas y supone conflictos. Pensamos que es deber nuestro prevenir los efectos nefastos de la globalización y sostener las iniciativas de los organismos que trabajan para crear esta conciencia y alimentar una profunda ansia de comunión, pero unas veces no aciertan a vivirla bien y otras veces este empeño no es bien acogido.

LA RESPUESTA AL DON: FUERZA IMAGINATIVA Y CREADORA

El Maestro invita: "¡haz eso y vivirás!". Hemos de poner manos a la acción. El Congreso invitar a la vida consagrada a iniciar y continuar una nueva praxis, a dar

pasos decididos y serios. Al hacerlo nos damos un doble objetivo y corresponde a una doble urgencia de la vida consagrada. Necesita intensidad, celo, en una palabra, pasión por el Señor y por la humanidad. Necesita también focalizarse, tener claros objetivos. En este apartado queremos ver y asumir el futuro que el Señor quiere para nosotros describiendo lo mejor posible la respuesta que debemos dar a la propuesta que Dios nos hace.

No es fácil llegar a indicar lo que conviene hacer para que la vida religiosa sea significativa en la sociedad y en la Iglesia. Pedagógicamente es muy conveniente, como se hizo en la Iglesia antes del Concilio Vaticano II, señalar lo que no va, lo que está terminando, lo que no tiene presente y menos futuro. Ello ayuda a poner nuestras fuerzas en los más n necesario. Hacemos seguidamente algunas reflexiones y algunas preguntas para orientar nuestro discernimiento congresual. Los ámbitos en los cuales nos hacemos estas preguntas son fruto de la consulta realizada.

I. Testigos de trascendencia

En tiempos en que la experiencia del misterio de Dios está más difuminada y en muchos casos totalmente apagada, o, en otros, interferida por un pluralismo religioso muy dispar, sentimos la llamada a subrayar y revelar el intrínseco valor religioso de todos los aspectos de la vida. La experiencia religiosa que nos ha sido concedida y que cultivamos es la del Dios Creador, que ha actuado redentoramente en la Historia y se ha hecho Emmanuel, encarnándose en Jesús de Nazaret. Gracias al Espíritu que nos fue concedido, quienes pertenecemos a la Vida Consagrada, intentamos ser Memoria del estilo de vida y de liminalidad de Jesús de Nazaret.

Queremos ser sus testigos hasta los confines de la tierra y la manifestación de su pasión por Cristo y de su compasión por los seres humanos promoviendo en todas sus formas la religiosidad de la vida, riqueza básica a la que todos servimos y de la que también todos participamos. Para nosotros, anunciar a Jesús con nuestra vida, nuestros gestos, nuestras acciones, es la quintaesencia de nuestra vocación evangélica. Por eso, nos preguntamos ¿cuáles son los cambios que se hacen necesarios en nuestro sistema religioso, institucional y comunitario, para hacer más evangélica nuestra vida?

II. Inculturación

Si no se incultura en los diversos lugares y contextos en que está ubicada, la vida consagrada no podrá sobrevivir, ni cumplir su misión. Proseguir en el proceso de inculturación "hecho de discernimiento y de audacia, de diálogo y de provocación evangélica" (VC 80) es una cuestión vital para la vida consagrada y una prueba de su autenticidad de cada al futuro.

Espíritu la está llevando a diversificarse, encarnarse y revitalizarse. Estos procesos de inculturación son exigentes; pero bien llevados ponen de relieve los elementos originales del carisma fundacional ¿Qué propuestas haríamos para que esto pueda ser una realidad? ¿Qué obstáculos nos llegan de los modelos tradicionales organizativos, formativos, espirituales o antropológicos?

El rostro de la vida consagrada está cambiando. En ella se hace cada vez más necesaria una comunión pluricéntrica e intercultural. Hemos de aprender el nuevo arte de la eclesiología de comunión. Ahora nos preguntamos: ¿qué consecuencias tiene esta perspectiva en nuestras nuevas estructuras de gobierno, de formación, de experiencia pastoral, de lenguaje cultural y espiritual?

III. Vida comunitaria, afectividad y sexualidad

La vida fraterna en comunidad es una realidad muy original de la vida consagrada (VC 42,45 51). Cuesta vivirla bien. La "vida consagrada nueva" pide "comunidades nuevas".¿Qué líneas debemos seguir para refundar psicológica y evangélicamente nuestras comunidades en este nuevo tiempo? Dentro del "desorden amoroso" propio de nuestra época, nuestra vida comunitaria puede convertirse en un elemento de estabilidad afectiva y de convivencia inspirado por la fe y abierto a una realización plena. Las relaciones son menos rígidas e impersonales con respecto al pasado. Se admiten manifestaciones adecuadas de afecto y ternura y se da una mayor atención y cuidado a nuestra condición física y emotiva. Sin embargo, la mentalidad y el contexto excesivamente erotizado puede ser un riesgo para nosotros. Admitamos que con la ayuda de la gracia podemos hablar de nuestra vida como de un reclamo viviente del proyecto primordial de Dios sobre la humanidad: "al principio no fue así" (Mt. 19,8). Desde esta perspectiva nace una nueva forma de entender el celibato, como consecuencia evidente de la relación entre los géneros y una visión más integral de la sexualidad. ¿Qué deberíamos decir y hacer al respecto?

IV. Espiritualidad

Formamos parte de una humanidad sedienta de espiritualidad. El clamor por la vida en el Espíritu se expresa de múltiples formas, que es necesario detectar. También nuestros hermanos y hermanas esperan de nosotros, las personas consagradas, una peculiar aportación espiritual, que afecte nuestro lenguaje y nuestra experiencia de vida y misión (VC 103). El Espíritu nos llama a ejercer el ministerio de la maternidad y paternidad espiritual de una manera nueva, abierta al futuro, a entrar en el diálogo inter-espiritual no sólo para dar y enseñar sino también para escuchar, acoger y recibir (NMI 56 y GS 92). Este es nuestro desafío.

Lo nuevo que está naciendo gira y se afirma allí dónde se da el cultivo de una buena espiritualidad. Se trata en el fondo de cuidar la fe y la experiencia orante

de nuestra vida. ¿Cómo hacerlo?¿Qué hacer para conseguir que la vida consagrada –por vocación y carisma– sea un laboratorio de espiritualidad, un espacio para el cultivo del espíritu y de lo espiritual que anida en todo? (VC 6).

V. Compartir con los miembros del pueblo de Dios y con nuestros Pastores

La conciencia de reciprocidad, propia de la eclesiología de comunión, nos lleva a sentirnos interdependientes de todas las formas de vida cristiana. De una manera especial, los laicos están siendo para esta vida consagrada que el Espíritu está suscitando, inspiración, apoyo y compañía para llevarla adelante de manera renovada y fecunda (VC 54-56; RdC 30-31). La vida consagrada comparte sus carismas con otras formas de vida cristiana, especialmente con el laicado y participa con sus carismas en los servicios y ministerios que otros realizan. Situada en la red vital del cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, la vida consagrada –especialmente la femenina y laical– puede contribuir a generar nuevos modelos de identidad eclesial, que piden ser reconocidos, estimulados e integrados.

Nos preguntamos, desde la experiencia que ya vamos acumulando, ¿qué orientaciones debemos seguir en esta línea de correlación y mutua identificación en la forma de vida y misión? La mutua comunión entre Pastores, laicos y religiosos, se hace sentir cada vez con mayor fuerza, como exigencia intrínseca de docilidad al Espíritu, que garantiza la relación orgánica eclesial. Se van remitiendo o posponiéndose los intereses institucionales y las pretensiones pragmatistas. Los dinamismos de información, diálogo y participación transcurren dentro de la organicidad eclesial, en la que tienen sus puestos y funciones precisas los ministerios y los carismas. Cada vez se comparte más la espiritualidad y la preocupación por el anuncio del Reino, que es lo que en definitiva está en juego. ¿Cómo pensar, sentir y actuar juntos según el Evangelio?

VI. Capacidad simbólica desde la autenticidad de nuestra vida

Hemos perdido capacidad simbólica con el paso del tiempo. El mundo simbólico en el que nos encontramos nos pide una seria adaptación en el ámbito de la significatividad. La falta de imaginación o el miedo nos tornan meros conservadores de signos ya insignificantes o de mero valor museístico y folklórico. Faltan expresiones adecuadas de los auténticos valores encarnados y vividos en la vida consagrada. Como nos recordaba el Instrumentum Laboris del Sínodo sobre la vida consagrada "nuestra vida ejercita al interior de la sociedad una función crítica, simbólica y transformadora" (IL 9). Esta función pide muchos cambios si quiere ser realizada de manera elocuente y eficaz. Nos cuestionamos nuestra significatividad y nos preguntamos: ¿Qué lenguaje emplear? ¿Cómo presentarse? ¿Qué transmitir? ¿Cómo vivir para llegar a ser significativos?

VII. La pobreza y el sufrimiento humano

La vida consagrada que quiera tener garantía de fecundidad, se debe leer en clave de servicio, compañía y solidaridad a las personas que están en el dolor o la miseria; debe encontrar los caminos para ser buena samaritana que busca con todos los sedientos el agua viva, alrededor de las fuentes, de los pozos de la memoria y de la felicidad. Y también para atender los rostros heridos sin olvidar de luchar contra los sistemas violentos e injustos que están a la base. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué decir sobre este desafío?

La vuelta a la vida pobre, solidaria y compasiva ha sido siempre un elemento clave de los procesos de refundación en la historia de la vida consagrada. (VC 75 y 82). Son muchas las personas que en la sociedad actual buscan vivir con lo superfluo, con lo cual irresponsablemente se deteriora nuestra madre tierra. A los religiosos nos llama el Señor por nuestro voto de pobreza a vivir con lo necesario y si es posible con lo indispensable. Esta opción nos permite ser generosos en el compartir y en el dar y libres en el recibir y exigir. ¿Cómo la vida consagrada puede ayudar a pasar de vivir en función de lo superfluo a vivir en función de lo necesario?

VIII. Campo del diálogo ecuménico e interreligioso

Podemos entender la misión como el movimiento de los pueblos –movidos por el Espíritu– hacia el Reino de Dios, por eso la vida consagrada ofrece una peculiar aportación a ello. Quiere testimoniar ante la humanidad el proyecto salvador del Dios de la Alianza y convertirse para los demás en símbolo de respuesta fiel a ese pacto. El mandamiento principal del amor, de la solidaridad, genera las relaciones de la Alianza entre todos los seres humanos; y se expresa a través del compromiso real con la justicia, la paz y el cuidado de la creación. En este momento histórico el diálogo de vida, comunitario, intercultural, religioso, ecuménico, es el nombre de la misión; es cuestión de vida o muerte para toda la actividad evangelizadora y misionera de la Iglesia. En nuestros Institutos hemos intuido eso hace tiempo, y estamos buscando nuevos modelos de inserción misionera y de propuesta evangélica. La presencia y la acción de los religiosos en el ámbito de diálogo ayudan a la vida consagrada a ensanchar "el espacio de su tienda"(Is 54,2), a revitalizarse y establecer redes de vida. Reforzar estas presencias es reafirmar la vida consagrada que el Espíritu suscita en nuestro tiempo. ¿Qué iniciativas hemos de emprender para configurar nuestra misión como auténtico diálogo?

UN PROCESO A SEGUIR

El Congreso es un hito en la historia de la vida consagrada; ¿logrará ser un momento significativo dentro de la misma? Queremos constatar en él, y agradecer a nuestro Dios, lo que el Espíritu Santo hace nacer en la vida consagrada hoy, a

comienzos de un nuevo milenio. No hay duda que inicia un proceso que se suma a los muchos vividos en los 16 siglos de su recorrido. La fidelidad a lo que el Espíritu está suscitando entre nosotros nos lleva a dar consistencia, continuidad y garantía a este proceso iniciado. Queremos, por lo tanto, discernir, describir y proponer cómo debiera ser la formación que garantice continuidad a esta vida consagrada nueva y cómo sería ser el gobierno que debe animar esta etapa nueva del caminar de la vida consagrada.

I. Un gobierno para una transformación estructural

La vida consagrada tiene estructuras, organización y ejercicio de gobierno que responden a su gloriosa historia. Pero es el futuro que debemos construir. Ello, requiere un cambio de mentalidad institucional profundo, que haga posible la emergencia de nuevas instituciones y formas de gobierno, en las cuales la vida naciente no se vea sofocada. La vida consagrada en todas sus formas aparece en la iglesia como una serie de energías no siempre aprovechadas, unas veces desparramadas, y otras veces repetitivas. La reorganización interna, no sólo de cada instituto, sino de todos los institutos, el diálogo intercongregacional y los puentes de colaboración e integración, son las iniciativas claras hacia las que el Espíritu nos lleva. Hay algo que sí está claro: las estructuras deben ser ligeras y estar animadas por el diálogo, la corresponsabilidad y el evangelio. ¿Qué propondríamos en esta línea de refundación institucional? ¿Qué deben hacer los gobiernos religiosos para poner sus instituciones y obras en función a la misión?

La vida consagrada depende en gran medida de sus estructuras económicas. Del dinero dependen en gran parte sus empresas misioneras, sus procesos formativos, su globalización, pero también su contra testimonio. Aunque no sea la economía el eje de la vida consagrada sin embargo su influencia ha sido siempre grande; todas las reformas o nuevas formas de vida consagrada siempre han dado un relieve particular al tema de la pobreza y de la economía La complejidad de la economía mundial, el sistema económico desequilibrado e injusto, incide notablemente en las economías de los Institutos. ¿Qué podemos decirnos al respecto? ¿Cómo configurar una economía solidaria?¿cómo organizar una economía al servicio de la misión?

II. Una formación para una nueva forma de vida consagrada

Queremos configurar una vida consagrada auténticamente "samaritana", es decir, con sed de Dios y movida constantemente por la compasión. Nuestra responsabilidad ante lo que el Espíritu está haciendo nacer entre nosotros, nos exige un discernimiento en comunión operativa (VC 74) y un serio compromiso en la elaboración e implementación de itinerarios formativo-espirituales que hagan viable su desarrollo y consolidación. En esta formación se debe seguir con fidelidad el criterio de la Exhortación Post-Sinodal Vita Consecrata: "La formación es un

proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de sus ser y, al mismo tiempo aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo" (VC 68). La eclesiología de la comunión repercute en los procesos formativos desde diversas perspectivas. Emerge un modelo de formación conjunta en el Pueblo de Dios ante el cual no podemos permanecer indiferentes. En momentos fundantes, por otra parte, la formación intenta "ir a lo esencial", a lo nuclear, a la fuente de vida. Estamos en un tiempo, en el que la eclesiología de la comunión nos pide que aprendamos todos juntos –todas las formas de vida– qué significa ser "christifideles". Sólo a partir de ahí podremos entendernos en correlación carismática ¿Qué repercusiones tienen estas perspectivas en la configuración de los procesos formativos?

CONCLUSIÓN

Sentimos que nuestras formas de vida consagrada están en un momento de transición; pero nuestro corazón arde, sigue sediento, continuamos buscando el agua viva. Eso ocurre cuando somos capaces de escuchar mientras Él nos habla por el camino. Entonces experimentamos un amor apasionado hacia Jesús y una compasión amorosa hacia nuestros hermanos y hermanas. Entonces seremos capaces de encontrarle y de reconocerlo públicamente como el "salvador del mundo" (Jn 4,42). Sabemos bien que ese fuego se puede intensificar o debilitar, extenderse o reducirse, contagiar o aislarse. También se puede apagar.

No queremos quedarnos en un "pasado glorioso". Queremos poner "los ojos en el futuro hacia el que el Espíritu nos impulsa para seguir haciendo grandes cosas" (VC 110). Por eso, no nos interesa defender supuestos derechos adquiridos sino servir más y mejor en fidelidad a nuestra vocación. Así nos purificamos y recuperamos una nueva fecundidad. Así nos hacemos creíbles en una Iglesia que renace en este "*novo millenio ineunte*". Es empeño exigente.

Contamos con "la promesa del Espíritu que hace nuevas todas las cosas y que intercede por los creyentes según los designios de Dios." (Rm. 8,27) Estamos ciertos de la presencia compasiva y vivificadora de María, símbolo de todo seno fecundo, de toda vida que nace. La vida consagrada cuando ha querido iniciar una nueva etapa en su caminar por la historia ha invocado y mirado a María. Por ella y con ella ha vivido sus días de nuevo Pentecostés. Bajo su protección todos los consagrados piden al Espíritu "el arrojo para hacer frente a los retos de nuestro tiempo y la gracia de llevar a los hombres la benevolencia y la humanidad de nuestro Salvador Jesucristo (cf. Tt. 3,4)" (VC111).

Una espiritualidad para tiempos de crisis y sufrimiento

Desde la categoría "Comunidad sierva de Dios"

HNA. ANA DE DIOS BERDUGO CELY, OP

Esta sencilla reflexión desea aportar a la vida religiosa, unos elementos de autocomprensión comunitaria, y unas pinceladas de espiritualidad para momentos de crisis y conflicto, ante la dramática realidad de sufrimiento que vive nuestro pueblo Colombiano. Muchas veces nos preguntamos, ¿cómo compartir el sufrimiento de nuestro pueblo y cómo entenderlo desde el plan de Dios? ¿Qué hacer para que nuestro compromiso personal y comunitario, sea significativo y transformador en las actuales circunstancias de nuestro país? ¿Qué aporte podemos hacer los cristianos y la vida religiosa, a esta crisis que vive nuestra Patria?

Los signos de los tiempos, exigen repensar nuestra experiencia de fe y el sentido de la vida eclesial y comunitaria. Los cambios radicales y acelerados en los comienzos de este nuevo milenio, las actuales circunstancias políticas, económicas y sociales del país, y la realidad eclesial del momento, nos piden con urgencia, revisar con profundidad y verdad nuestro Seguimiento a Jesucristo y nuestro compromiso con la construcción de su Reino en el corazón de la historia.

La categoría "comunidad sierva de Dios"en el "Deutero - Isaías"; la comunidad "sierva como Cristo"(Juan 13,1-17) y la "comunidad sierva de Cristo" Rom. 6,15-23, iluminará un poco el proceso de autocomprensión de nuestras comunidades, para descubrir actitudes de resistencia y liberación ante el propio sufrimiento y el sufrimiento de nuestro pueblo, y nos ayudará a vivir nuestro profetismo, consolando y acompañando.

UNA MIRADA A NUESTRA REALIDAD

Al hacer una mirada contemplativa, a la realidad de la vida religiosa de Colombia, descubrimos muchas religiosas y muchos religiosos, en los lugares de frontera, en medio del fuego cruzado por las balas, recogiendo los muertos de un bando u otro, para darles "santa sepultura", consolando a las viudas y los huérfanos, acompañando silenciosamente a un pueblo atemorizado por la guerra. Son muchas las religiosas y los muchos religiosos que experimentan en sí mismos, el peso del sufrimiento en el apostolado, en la comunidad o en una penosa enfermedad; experiencia de miedo ante los escuadrones de la muerte, la persecución y la amenaza. Desde esta otra realidad, necesitamos volver la mirada a lo profundo y significativo de nuestra espiritualidad, para afrontar todos los retos del sufrimiento y la cruz con el temple profético.

Pero también, constatamos un gran número de religiosas y religiosos atrapados por las seguridades económicas, sociales y religiosas, quienes muy levemente perciben el dolor y el sufrimiento del pueblo; porque aún a ellas y a ellos, no les afecta, esta cruda realidad de sufrimiento y el horror de la guerra que vive nuestro país.

Otros viven atrapados por los sufrimientos de relaciones comunitarias que restan la entrega y la creatividad para abrirnos a la liberación gozosa de un continente. Son bastante frecuentes las actitudes de suficiencia, despotismo, autoritarismo, dureza e incoherencia de religiosos y religiosas, que impiden la refundación de una vida religiosa según el evangelio. Estas actitudes en los religiosos y religiosas, impiden el grito profético de la vida religiosa Colombiana, y la construcción del reino de Dios en nuestro continente. Las actitudes de la "comunidad sierva de Dios", son a veces olvidadas, y dejadas de lado en algunos ambientes eclesiales. Muchas de nuestras actitudes son prepotentes y suficientes; agresivas y violentas; preocupados más por el protagonismo, la eficacia profesional, y los bienes materiales, que por la fidelidad al evangelio y a nuestro momento histórico. Cuando una comunidad, carece de actitudes evangélicas, propias de "una comunidad sierva de Dios", "sierva como Cristo" y "sierva de Cristo" los mejores proyectos se truncan, o no producen los efectos que esperamos. Las actitudes antievangélicas antes mencionadas, destruyen personas y comunidades.

Interpretar los signos de los tiempos, exige captar con lucidez la forma cómo Dios actúa en tiempos de crisis y sufrimientos. La apropiación de la categoría " comunidad sierva de Dios", nos puede ayudar a descubrir el sentido redentor del sufrimiento de muchos de nuestros hermanos y hermanas de Colombia. Jesucristo ayer como hoy, continua salvando al mundo y aniquilando el problema del mal mediante la actitud de "siervo sufriente de Dios", asumiendo con amor la cruz del sufrimiento. Jesús Resucitado, quién realiza nuevamente su entrega salvadora, a través de la iglesia, que vive y actúa como "sierva de Dios" en el

corazón de la historia, va salvando y recreando los seres humanos y la sociedad de todos los tiempos.

SENTIDO DE LA CATEGORÍA, "COMUNIDAD SIERVA DE DIOS"

Muchas veces en nuestro caminar, compartimos la oposición que tuvieron los apóstoles a Jesús, cuando empezó a enseñarles sobre su viaje a Jerusalén para encontrar allí el rechazo, el sufrimiento, la tortura y la muerte. Las resonancias simbólicas de la tradición judía sobre el Mesías de Dios presente en la confesión de fe, hecha por Simón, en Cesarea de Filipo, así como la tradición apocalíptica sobre el Hijo del Hombre, (que había sido ya comunicada a los apóstoles por la predicación de Jesús, y sin duda por sus propias palabras dirigidas en intimidad), no se habían integrado a la inteligencia de los apóstoles. Les faltaba hacer la triple conversión: intelectual, moral y religiosa.

Los apóstoles debían relacionar a Jesús con la tradición del Deutero-saías, sobre el "siervo de Yahvé", cuyo sufrimiento era la salvación del pueblo pecador. Como el conocimiento de los apóstoles sobre Jesús, era vago, ante la invitación a subir con él a Jerusalén para sufrir la pasión, (Lucas 9,45) les produjo miedo, confusión y resistencia. Solo más tarde, cuando Dios obró portentos, en y por la fidelidad de Jesucristo en su propia identidad personal y comunitaria, pudieron captar el punto clave: dejarse liberar "para hacer lo que Jesús había hecho"; alegrarse de haber sido hallados dignos de sufrir por el nombre de su Maestro y Señor. (Hechos 5,41).

La iglesia hoy, como los apóstoles, está llamada a realizar la triple conversión: intelectual, moral y religiosa en su ser y en su actuar. Es decir, retomar la categoría de "sierva," para colaborar con Jesús, en la tarea de aniquilar el mal en el mundo. Solo desde la cruz, el sufrimiento y el anonadamiento, los cristianos entramos en la dinámica de la salvación personal y comunitaria. La autocomprensión comunitaria de la dinámica del misterio Pascual, situada en el contexto de las profundas aspiraciones humanas, implica a los cristianos, la responsabilidad de ofrecer una alternativa a las aberraciones sociales incubadas por los sistemas imperialistas en competencia y continua extinción que luchan por la dominación del mundo.

LA COMUNIDAD, "SIERVA DE DIOS" –EN EL DEUTERO-ISAÍAS–

Existen dos tipos de sufrimiento: el sufrimiento privado, el de la víctima, y el sufrimiento de compasión y de perdón. La participación en la ley de la cruz, según el modelo del Siervo Sufriente del Deutero-Isaías, es una experiencia del sufrimiento de compasión y de perdón. No es una experiencia de sufrimiento privado. En otras palabras, el sufrimiento que es redentor, es la experiencia de sufrimiento de compasión y de perdón. Lo único que hace al sufrimiento reden-



tor, es la beatitud, es decir, la participación en la vida y el amor; en la esperanza y la energía de la Resurrección.

El estado dinámico de estar enamorado de Dios, se convierte en la energía del sufrimiento de compasión y perdón, la que suplanta al sufrimiento privado y lo convierte en fuente de salvación. "La justa y misteriosa ley de la cruz",del siervo de Dios en el Deutero-Isaías, es la constante existencial, de un vivir auténtico cristiano. La iglesia siempre y en todo lugar está llamada a ser el cuerpo de Cristo, que cumple y trasciende la visión del Siervo de Dios, al encarnar en cada uno de sus miembros y en sus comunidades la forma inteligible del sufrimiento redentor y representativo del Siervo de Dios.

El Deutero-Isaías, es un profeta que vivió en propia carne, la agonizante anticipación del último éxodo de Israel. No está interesado en el orden de la vida bajo la ley, sino en el orden de Dios redentor, que está escrito en los corazones de aquellos que han logrado escapar de la esclavitud del pecado y caminan hacia la libertad, por medio del sufrimiento redentor y representativo del Siervo. El Siervo es símbolo constitutivo de un horizonte de conciencia. Su misión es decir que la salvación no está de ninguna manera en función del cumplimiento de la ley, sino que es fruto del sufrimiento redentor. En el sufrimiento Dios se revela como redentor.

La llamada del profeta es sencilla, "invitar al pueblo a que acepte a Dios como tal". Israel ha sido perdonado por los sufrimientos y ha sido introducido a una nueva economía. Cf. (Isaías 27,6-13) El éxodo de Egipto pierde su importancia, comparándolo con las cosas nuevas que Dios está haciendo en Israel: Lo abre la esperanza del regreso y la reconstrucción de Jerusalén, del templo y de la comunidad. (Isaías 35,1-10).

Esta esperanza está en la alianza nueva con Dios. Israel debe estar atento para ver cómo se levanta lo nuevo del sustrato de la historia. La emergencia del "chispazo" sobre el misterio del sufrimiento redentor, marca la visión del genio religioso, que solo lo conocemos como el Deutero-Isaías, pero sabemos que fue el resultado de un largo proceso de la pedagogía divina, para hacer entender el verdadero fruto del sufrimiento aquí y ahora. La realidad de Dios y su poder sobre la carne se revelan precisamente en el sufrimiento como fuente de redención. El siervo de Yahvé es el medio por el cual Dios, hará llegar su salvación hasta los confines de la tierra. (Is. 49,6).

La iglesia en medio de las vicisitudes de su existencia, aún con"lastres de imperio", está llamada a ser una red global de comunidades, que le pertenecen a Cristo por el bautismo y luchan por su liberación, testimoniando la cercanía y la compasión de un Dios que sigue actuando silenciosamente en el corazón de las personas y las comunidades. Una iglesia humilde, que asume y hace propio el



sufrimiento de sus fieles con el ejercicio de la caridad y la misericordia. Una comunidad que recibe la fortaleza y sabia nueva de origen divino, para responder creativamente al problema del mal en el mundo con la resistencia pacífica. La victoria sobre el mal, mediante la resistencia pacífica, tiene que ser creída hasta los confines de la tierra por la emergencia de estas comunidades con actitud de "Siervo de Dios".

Como religiosas y religiosos, deseamos ser hoy, el grito profético con nuestro estilo de vida y nuestro actuar. Para ello, debemos "volver al amor primero", al estado de estar permanentemente enamorados de Señor, y con esta energía que nos da el Amor, asumir nuestro propio sufrimiento, consolar y acompañar al pueblo en sus cruces y sufrimientos. Nuestra mirada a la realidad, debe ser como la del profeta, que descubre los brotes nuevos de una vida cristiana comprometida con la defensa de la vida y de los humildes de esta tierra, en medio de la confusión y la desesperanza.(Cf Isaías 56,1-2) Fortalecidos con la presencia de Dios en nuestras vidas y en el caminar del pueblo, sin desfallecer, hacer resistencia al mal a fuerza de una vida libre y de seguimiento radical a Jesús de Nazareth. (Cf. Filipenses 4,4-8).

No estamos llamados a quedarnos en lamentos por la maldad de los otros, por los efectos de un sistema injusto, o en el análisis de las cusas y consecuencias atroces de la guerra y la violencia. Estamos llamados a poner al servicio de la paz y la justicia, nuestros saberes, poderes y riquezas, pero especialmente nuestra propia vida. La vivencia del sufrimiento de compasión y de perdón, nos hace abajarnos para servir, salvar y perdonar. Nuestras actitudes han de ser humildes, reconociendo el valor del otro, a pesar de sus errores Levantar al que está caído, dar esperanza al desanimado; a irradiar alegría y sentido al abatido. Para contrarrestar el dolor y el sufrimiento del hermano o hermana, debemos desarrollar todo nuestro poder espiritual y humano como lo hizo Jesús con el sufrimiento de su tiempo. (cf. Lc. 7,11-17 Curación de la viuda de Nain). Nuestras actitudes fruto del encuentro personal con el Señor, deben levantar y recrear a las personas, nunca juzgar o condenar a nadie. (cf. Juan 8,1- 10).

LA COMUNIDAD, "SIERVA COMO CRISTO" (Juan 13,1-17)

El lavatorio de los pies era un gesto de servicio, pues sabemos que en la tradición cultural de los judíos y de los pueblos del Cercano Oriente, lavar los pies, era un gesto de hospitalidad hecho por el anfitrión. Pero con el paso del tiempo esa tarea fue delegada a las mujeres y a los esclavos. Los exegetas Juan Mateos y Juan Barrero, en su obra magistral ;El Evangelio de Juan, proponen esta interpretación: "la expresión dejó el manto y tomó el manto, están en paralelo con entregar la vida y recuperarla". "Dejar el manto" simboliza dar la vida. (Juan 15, 13) Pero inmediatamente Jesús "toma la toalla", símbolo del siervo y del servicio. Con la acción de lavar los pies, Jesús enseña a los suyos, cual ha de ser su actitud con las

personas: La actitud permanente es la del Servicio hasta entregar la vida por la salvación de los hermanos. (Cf. Juan Mateos y Juan Barrero. El evangelio de San Juan pgna. 562).

El Señor y Maestro, (Juan 13,13) nos muestra en qué consiste su soberanía y su magisterio: servir a sus hermanos hasta entregar la propia vida. Mientras el poder político del **kurios,** el señor de Roma y el poder religioso **didascalos,** exigen honores y títulos, el Hijo de Dios, da el ejemplo de la más alta grandeza: se hace igual a los otros, asumiendo la condición de siervo, para dar a cada uno la posibilidad de hacerse hijo o hija de Dios (Juan 1,12-13). También podemos relacionar el símbolo del agua del lavatorio de los pies, con el gesto que hacen los seguidores de Jesús: El Bautismo. El discípulo, adherido a Jesús por el Bautismo, se compromete a amar a sus hermanos hasta el extremo, esto es hasta entregar la vida. Y en esa práctica encontrará la verdadera felicidad. **Alêtheia.**

El primer bloque termina con una bienaventuranza: "Si comprenden esto y los ponen en práctica serán felices" (Juan 13,17). "Lo que Yo hice con vosotros, hacedlo entre vosotros"(Juan 13,15) Los Bautizados estamos comprometidos con la Práctica de Jesús, y debemos de lavarnos los pies, unos a los otros siguiendo su ejemplo. Una llamada a gastar la vida en el servicio, y a entregarla hasta las últimas consecuencias.

El ministerio de la Iglesia de, "Hacer lo que Jesús hizo" le exige recuperar al Jesús histórico que entregó su vida en una cruz para la salvación del mundo; recuperar el sentido profundo del Seguimiento radical del Señor, y la participación, en el auto-ofrecimiento Jesús al mundo con todo el poder de la Resurrección. La misión de la comunidad, en relación a lo que "Jesús Hizo", es también la participación en el sufrimiento y en la condición de esclavo. Como Jesús que de rodillas "lava los pies a sus discípulos", la iglesia debe abajarse y ponerse de rodillas para servir al hermano no importa su condición.

Para el que tiene fe y esperanza, la realidad de nuestra patria, "es un tiempo de gracia", es el tiempo que"Dios vio que era bueno". Es el tiempo para el servicio, la humildad, el anonadamiento y la entrega de la propia vida; tiempo para bajar de nuestros pedestales o puestos honoríficos, y colocarnos en la dinámica del "siervo como Cristo. La vida religiosa de Colombia debe aprender del Maestro que toma la condición de esclavo para servir, purificar y levantar al que ha sido postrado por los poderes del maligno. Nuestras actitudes prepotentes, autoritarias y suficientes son cuestionadas por las actitudes del Maestro que se coloca "como siervo" y lava los pies, para que nosotros repitamos sus actitudes con nuestros hermanos, si nos queremos llamar discípulos suyos. No existe la vida cristiana, y menos una Vida Consagrada, sin la participación real en los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas que peregrinan en este comienzo de milenio. "Lavar los pies", hoy significa, levantar a las personas de sus miserias y pecados,

para colocarlas en el puesto de los hijos e hijas de Dios en la iglesia y en la sociedad.

Acoger el gesto liberador de Jesús: "Lavar los pies", le implica a la iglesia de nuestro tiempo, dejar el machismo y la suficiencia masculina, para acoger a la mujer en igualdad de derechos y responsabilidades. Asumir juntos la tarea de construir el Reino y hacer posible unas relaciones justas y fraternas en la iglesia y la sociedad. Dejar el puesto de grandeza, los títulos y honores, para compartir con el pueblo, la dureza de la vida, la carencia de bienes y el esfuerzo por la sobre-vivencia Incluso, está llamada a entregar la propia vida y tener la creatividad, e ingenio para inventar formas nuevas de "lavar los pies" a tantas personas sumidos en el fango de la ignorancia, de la pobreza, del abandono, o en las filas de los grupos violentos.

Si la vida religiosa, relee su vida a la luz de las actitudes de Jesús como siervo, muy seguro siente la necesidad de corregir los poderes de"señores"que sin darnos cuenta hemos asumido en nuestro estilo de vida, y por tanto impiden acercarnos a los sencillos, a los que están bajo el peso del pecado o del sufrimiento y ayudarles a recuperar su dignidad de personas. A la luz del gesto simbólico de Jesús, "lavar los pies a sus discípulos", preguntémonos: ¿Si Nuestras comunidades viven en lo cotidiano, el sentido del gesto de Jesús, "lavar pies"?, o por el contrario, ¿tenemos pretensiones del señor de Roma o del maestro fariseo? ¿Somos servidores humildes de los demás o existimos para que nos sirvan?

LA COMUNIDAD, SIERVA DE CRISTO. (Rom 6,15,23)

San Pablo en esta sección de la carta a los Romanos (6,15-23) realiza la antítesis de ley gracia, mediante la imagen del esclavo que cambia de amo. Muestra con claridad, como el cristiano por el bautismo realiza un cambio de Señor, los que antes eran esclavos **douleyo** del pecado y de la ley, por el bautismo han sido puestos al servicio exclusivo de Dios y su Justicia.

Rom. 6,20-22, explica, como en la situación de pecado, la persona está esclavizada, y por tanto, su cuerpo está al servicio de la ilegalidad, del pecado. Y por pura Gracia, el cristiano se hace esclavo de Cristo y nuestro cuerpo es liberado para servicio de la justicia. En esta nueva condición, va caminando en la novedad de vida, donde poco a poco coloca sus miembros al servicio de la justicia. Pablo entiende la libertad, como una obediencia a Cristo, lo cual le implica un obrar ético acorde con la nueva ley del amor.

Se trata de una trasferencia de esclavos de un amo a Otro. El hombre que ha sido esclava del pecado, y por la gracia, pasa a ser esclava de Cristo, hay un cambio de soberanía que le da la libertad frente a la ley para vivir el Espíritu. Esta actitud no es fruto del esfuerzo humano, sino fruto del actuar de Dios en la persona y en la



comunidad.El Padre Gustavo Baena S.J, al respecto, dice "que Cristo nos libera esclavizándonos" **douéyo,** esclavitud donde Cristo Resucitado, es nuestro Señor. El hombre interior se vuelve esclavo de la justicia (Rom 6,18) El creyente se identifica como esclavo del Señor: "Pablo Siervo de Cristo Señor"(Rom 6,17) Así Pablo lejos de invitar a los bautizados al libertinaje, les dice que la liberación del pecado los convierte en servidores de la justicia. Este obrar ético del cristiano transforma y conduce a la Santidad. El hombre bautizado es capacitado para acoger el "Amor de Dios que se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado "(Rom 5,5. El código de la santidad no es la ley, sino el estar muertos al pecado y vivos con Cristo.

Está muy claro, que en el interior de la comunidad el cristiano es transformado de esclavo del pecado y de la ley, en esclavo de Cristo, para un obrar a favor de la justicia en el mundo. Por tanto la vida de la comunidad es portadora de la salvación de las personas o del estancamiento de la misma en la realidad de pecado. La comunidad, está llamada a reconocer el sufrimiento y la muerte de Jesús como la fuente de su propia redención. Por el bautismo el cristiano, está llamado a encarnar en su propia persona el ministerio de la nueva alianza: el auto-ofrecimiento redentor de Jesús. El tomar la condición de esclavo, y participar en la obra histórica de la salvación, "asumiendo los sufrimientos para completar en el propio cuerpo lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su cuerpo que es la iglesia" (Col. 1,24.) Por el Bautismo nos comprometemos a hacer de la iglesia, la comunidad de los bautizados que le pertenecen a Cristo.

Ahora la comunidad, es la sierva de Cristo, y toda su vida, la debe donar al servicio de la justicia. La comunidad, "esclava de Cristo", la misión consiste en construir su reino, aún a costa de la propia vida. En la media que Cristo ejerce su soberanía en ella, se va dando la Vida Nueva y el ordenamiento del mundo según el querer de Dios. Por tanto, cualquiera que sea nuestra condición y misión estamos llamados a realizar la transición de "una situación bajo el pecado a otra bajo la Gracia". Y este cambio no es posible hacerlo, sin la Gracia, sin la participación en los padecimientos y sufrimientos de Cristo, de lo contrario nuestra misión es "un bronce que suena y un címbalo que retiñe" (1Cor. 13,1) .

La participación real en los sufrimientos de la Pasión de Cristo, en la vida cotidiana, corresponde a las exigencias de una vida en Cristo y se convierte en el más alto desarrollo religioso, moral y psicológico de una comunidad. Cuando la persona enamorada de Dios, asume la pertenencia total a Cristo y por tanto, la participación en el sufrimiento de compasión y de perdón, emerge en ella la autenticidad. Y la Gloria de Cristo Resucitado se revela en ella. Porque los cristianos, al igual que compartimos su muerte, compartimos su poder transformador y redentor en favor de los hermanos.

La comunidad es salvadora, cuando le pertenece totalmente a Cristo. Cuando se prostituye o se mezcla con otros poderes de señores terrenos, da pasos a su propia destrucción. Corregimos el mal personal y comunitario, cuando caminamos con un comportamiento ético en favor de la justicia. Quien se propone liberar a su pueblo de la esclavitud, por el sufrimiento redentor, como "siervo de Cristo," le espera la suerte de los profetas y los apóstoles que entregaron su vida incluso en el martirio. La donación de la vida, de tantos mártires, han cambiado el rumbo de la historia, porque su sangre derramada se convierte en semillero de vidas nuevas. Aquellos a los que "Dios da la fuerza para no sucumbir ante los sufrimientos y la cruz, llegan hasta los confines de la tierra para instalar en ella la verdadera justicia. (Isaías 42,4).

CONCLUSIÓN

La Vida Religiosa de Colombia, en su proceso de refundación, debe apropiarse del sentido y de las hondas exigencias de la comunidad "sierva de Dios", de la comunidad, "Sierva como Cristo y de la comunidad "Sierva de Cristo", para ser en sí misma portadora y testimonio vivo de Jesús Resucitado en nuestro país, en situación de guerra.

Si examinamos muy en serio a nuestras comunidades, descubrimos que estamos muy lejos de las actitudes de la comunidad de la comunidad "Sierva de Cristo". Nos falta profundidad para comprender y vivir la Palabra de Dios; nos acostumbramos a discursos, y "frases de cajón" para justificar la superficialidad de nuestra vida. Muchas veces nuestro corazón está cerrado a la experiencia cristiana auténtica, a la experiencia de un seguimiento radical de Jesús en los contextos de nuestra patria y nos da miedo apostarle a construir una Colombia justa y en paz con el testimonio de una vida libre, pero comprometida hasta las últimas consecuencias.

Demos una mirada contemplativa, a la Palabra de Dios y a la vida de nuestros hermanaos y de nuestras hermanas que viven las actitudes y la espiritualidad de Siervos de Cristo hoy, en los distintos lugares y circunstancias de nuestra patria. Reconozcámoslos y aceptémoslos como el grito profético para la vida religiosa y para la iglesia y el mundo. Dejemos que el testimonio de sus vidas, sean la palabra que cuestiona a quienes nos quedamos en discursos o en análisis de la realidad, buscando culpables de lo que hoy le acontece a nuestra patria y a nuestra iglesia. O quienes nos dejamos atrapar por los problemas de relaciones comunitarias, desde la rivalidad o la búsqueda de intereses personales y no donamos nuestra vida al servicio de justicia. Cuánto bien puede hacerle a la vida religiosa, revisarse en profundidad y a la luz de la espiritualidad del "Siervo", para mirar nuestras actitudes autoritarias, prepotentes, suficientes, interesadas y dañinas, las

cuales en la comunidad y en la iglesia, retardan la acción salvadora de Dios y la esperanza para el pueblo, de una vida religiosa, vivida en autenticidad y radicalidad evangélica como camino de liberación. Si asumimos en nuestra vida cotidiana las actitudes de sencillez, humildad, simplicidad, trasparencia, servicio, pertenencia a Cristo, y la donación de la vida desde el estar enamorados de Dios y su reino, todos los proyectos que iniciamos y nos proponemos en favor de los pobres y de las víctimas de la guerra, llegarán a feliz término y veremos pronto una patria fraterna y justa.

La vida religiosa, necesita una conversión intelectual, para entender y asimilar el mensaje real de la Palabra de Dios, una conversión ética, para actuar de acuerdo a las exigencias de esa Palabra, y una conversión religiosa para enamorarnos más y mas de Cristo y abrirnos incondicionalmente a su acción que nos conduce por caminos ignorados, pero llenos de "hondas alegrías y paz verdadera" y esto solo es comprensible si oramos de rodillas pidiendo al Señor, el don de una triple conversión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DORAN, Robert, ***Teología y dialéctica de la historia***. Cap. 5. "La comunidad sierva de Dios".

ORTIZ, Pedro, ***La tradición del discípulo Amado, cuarto evangelio y cartas de san Juan***.En: ***Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*** No. 17 ***El Evangelio de Juan. Introducción y Exégesis***. Pontificia Universidad Javeriana.

ALETTI, J-N., ***Romanos en ICBC*** Collegeville 1998.

BAENA,Gustavo. ***Síntesis de Teología de la Biblia***. Pontificia Universidad Javeriana.

FITZMYER, J., ***Comentario Bíblico de San Jerónimo***. Madrid: Cincel. 1990.

LONERGAN, Bernard, ***Método en Teología.*** Salamanca: Sígueme. 1990.

Dimensiones de una espiritualidad que responda al mundo de hoy

P. Hermann RODRÍGUEZ OSORIO, SJ

INTRODUCCIÓN

Hace algunos días me preguntaron, sin muchos preámbulos, ¿cuáles podrían ser las dimensiones fundamentales de una espiritualidad que pudiera responder al mundo de hoy? Una pregunta aparentemente sencilla pero, al mismo tiempo, llena de profundidad. Respondí, rápidamente y sin pensar mucho: «Una espiritualidad que quiera responder a nuestra realidad tiene que tener los *ojos bien abiertos ante la vida, para contemplar a Dios creador en medio de nuestra historia*, debe recurrir siempre a la *luz que ofrece la Palabra de Dios para discernir sus caminos* y nos debe lanzar a la *construcción de la comunidad cristiana en todos sus niveles*». Pero la pregunta siguió dándome vueltas y he querido desarrollar la respuesta a través de este artículo.

Las tres dimensiones que aparecieron en esta primera respuesta espontánea, están muy conectadas entre sí y constituyen una unidad dinámica que considero muy cercana a la vida misma de Dios. Una espiritualidad no es otra cosa que una *dinámica* vital que nos pone en sintonía con Dios y nos hace obrar según el Espíritu de Dios. Por tanto, no es algo *gaseoso*, *abstracto*, *elevado*, *desencarnado*. Una espiritualidad es un estilo de vida que se puede ver y comprobar en obras muy concretas.

La participación del cristiano en la vida de Dios, que es lo que llamamos *espiritualidad*, hace que la persona entre en la dinámica vital propia de Dios uno y trino. La dinámica que se establece constantemente entre el Padre creador que



se revela en la historia; el Hijo de Dios encarnado en la persona de Jesús; y el Espíritu Santo que sigue actuando en medio de nosotros para impulsarnos a construir una comunidad de amor.

PRIMERA DIMENSIÓN: MIRAR LA VIDA – EL PADRE

San Agustín, decía que Dios ha escrito dos libros; el primero y más importante es el libro de la vida, el libro de la historia que comenzó a escribir en los orígenes de los tiempos y que sigue escribiendo hoy con cada uno de nosotros; pero como fuimos incapaces de leer en este libro sus designios, Dios escribió un segundo libro, sacado del primero; este segundo libro es la Biblia; pero la primera Revelación está en la Historia, en la vida, en los acontecimientos de cada día: tanto en la vida personal, como grupal, comunitaria, social, política, etc. ...

Esta es la razón por la que la primera dimensión de una espiritualidad hoy es mirar la vida. Allí nos encontramos con lo que Dios quiere de nosotros; allí podemos descubrir lo que Dios está tratando de construir. Se trata de percibir la música de Dios, para cantar a su ritmo, para bailar a su ritmo, para dejarnos invadir por su fuerza creadora. Es como entrar a un río y percibir hacia dónde va la corriente y dejarnos llevar por ella.

No tenemos que consultar como los griegos el oráculo de los dioses, o como los asirios, las estrellas (astrología), o leer la mano, o el cigarrillo, etc. Para consultar lo que Dios quiere en nuestra vida personal, comunitaria y social, sólo tenemos que abrir los ojos y mirar... No negar la realidad, no traicionarla ni mentirnos acerca de ella. No ser como el avestruz que piensa que porque deja de mirar la realidad, metiendo la cabeza entre la arena, va a desaparecer el cazador.

No se trata, pues, de difíciles jeroglíficos y adivinanzas; es sencilla; pero a veces las cosas son tan sencillas, que no las vemos; son tan simples, y tan cotidianas, que no les prestamos atención; por eso es fundamental tener ojos limpios y mirar sin miedo la realidad (Cfr. Lc. 10,21-22).

Esta fue la actitud de Jesús. Una lista de las cosas de las que habla Jesús en el Evangelio, nos puede dar una pista de lo que hay que mirar en nuestra propia vida; Jesús aprendió lo que aprendió sobre el Reino de Dios, mirando su vida y la vida de su pueblo. Sólo tomando el Evangelio de san Mateo, podemos llegar a una lista como la siguiente; Jesús habla allí de pan, sal, luz, lámparas, cajones, polillas, ladrones, aves, graneros, flores, hierba, paja, vigas, troncos, perros, perlas, cerdos, piedras, culebras, pescados, puertas, caminos, ovejas, uvas, espinos, higos, cardos, fuego, casas, rocas, arena, lluvia, ríos, vientos, zorras, madrigueras, aves, nidos, médicos, enfermos, bodas, vestidos, telas, remiendos, vino, cueros, odres, cosechas, trabajadores... Y, así, podríamos seguir.

En estos elementos tan sencillos, descubrió Jesús lo que Dios le pedía y lo que Dios quería hacer con él y con toda la humanidad. No se trata de ver cosas distintas, nuevas, sino de mirar lo mismo, pero con unos ojos nuevos: «Pero Yahveh dijo a Samuel: No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón» (1 Sam. 16, 7). Esta manera de mirar es lo que caracteriza a los profetas; una mirada que no es propiamente la del turista.

SEGUNDA DIMENSIÓN: JUZGARLA DESDE LA PALABRA: EL HIJO

La segunda dimensión que queremos comentar es la necesaria referencia a la Palabra de Dios. Después de mirar la vida, tenemos que juzgarla desde la Palabra, tratando de evitar hacer preguntas como ¿qué se manda? ¿qué se condena? ¿qué dice que tengo que hacer? Más bien se puede preguntar ¿qué hace Jesús? ¿Cómo reacciona Jesús? ¿qué actitudes tiene ante determinada situación? ¿qué siente Jesús? Después si puedo preguntarme, ¿cómo este comportamiento, sentimiento actitud, reacción de Jesús, ilumina mi vida hoy? ¿Qué haría Jesús en este caso en el que yo estoy?

El Evangelio no es para aplicarse sin más; no se trata de una lista de normas, fórmulas, recetas... Es una vida que nos puede inspirar e ilumina nuestra propia vida, pero no nos exime de buscar nuestras propias respuestas a nuestras propias circunstancias. Ahora bien, es claro que cuatro ojos ven más que dos. Por tanto, es recomendable ir a la Palabra en compañía de otros.

La gran mayoría de los textos bíblicos fueron escritos para comunidades, para asambleas litúrgicas; no son escritos, a excepción de algunas cartas del NT, para un solo destinatario; se escribieron pensando en comunidades de creyentes que se reunían para celebrar la vida y la fe. El ideal, pues, es leer la Biblia con otros. Reunirse para leer un libro de la Biblia, y comentarlo, dejando que diga algo a la misma vida de la comunidad. En el momento en el que unimos la *Vida* con la *Palabra de Dios*, se ilumina la vida de la *comunidad*. Suele compararse con un bombillo que une dos pequeños cables a través de una resistencia y generan luz. A esto es a lo que llamamos: *Construir en el Espíritu*.

TERCERA DIMENSIÓN: CONSTRUIR LA COMUNIDAD: EL ESPÍRITU

No basta *mirar la vida* (primera dimensión) y *juzgarla desde la Palabra* (segunda dimensión); es fundamental pasar a la acción (tercera dimensión); y la acción típica que se desprende de las dos dimensiones anteriores, es la construcción de la comunidad; esta es la acción típica del Espíritu Santo. El texto más claro de todo el NT que se refiere a este proceso de construcción de la comunidad cristiana lo trae Pablo en su primera carta a los Corintios 12,12-30.

Según este texto, el cuerpo es uno; tiene muchos miembros; los miembros son diversos; los miembros están distribuidos según la voluntad de Dios; los distintos miembros se necesitan unos a otros; los miembros más débiles son indispensables; los miembros que nos parecen más viles, los rodeamos de mayor honor; hay solidaridad entre los miembros, en el sufrimiento y en el gozo.

A partir de estas características, podemos decir que el cristiano, en cuanto individualidad y también en cuanto referido a una comunidad particular, hace parte de un todo más amplio que es el Cuerpo vivo del Señor Resucitado en la historia; esto supone que no es autosuficiente en su existencia, sino que vive en cuanto se abre a una comunión más amplia con otros creyentes.

Esta necesaria comunión con otros es una exigencia irrenunciable. En la Iglesia, Cuerpo de Cristo, ningún miembro se basta a sí mismo; ningún miembro puede despreciar a los otros ni considerarlos fuera del cuerpo: «Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!» (1 Corintios 12,21). La comunión se da en un movimiento recíproco de reconocimiento; esta comunión supone que los distintos miembros no desempeñamos todos la misma función y que no hay unos miembros más importantes que otros.

La comunión exige, pues, el mutuo respeto de los miembros en su especificidad; cada uno debe cumplir su función dentro del cuerpo sin despreciar el papel que los otros cumplen; papeles distintos, pero todos necesarios. Unos y otros son necesarios para construir la comunión. La cabeza necesita de los pies y los pies de la cabeza.

La unidad, pues no es *uniformismo*, sino que se presenta como una nueva forma de relación entre diversos miembros que tienen funciones y características distintas, pero todas ellas necesarias e importantes para la construcción del cuerpo del Señor en la historia. Por otra parte, hay que tener presente que los miembros que tenemos por más débiles, los que parecen más viles, las partes más deshonestas, son las que han recibido, por la voluntad de Dios, un cuidado mayor; es alrededor de estos miembros, ya pasando el símil de la Iglesia como Cuerpo del Señor, como debe construirse la comunión a la que invita Pablo.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA DINÁMICA DE LA VIDA DE DIOS

Esta dinámica que va de la Vida a la Palabra y de ésta a la Construcción de la Comunidad, es la dinámica de la vida de Dios.

Dios Padre de la Vida

Dios Padre, fuente de la vida, creador del cielo y de la tierra; es el artífice de toda la realidad; la está creando y está tratando de salvarla constantemente. El Dios



Padre de la Vida es el que se revela en la historia, en la realidad, en los acontecimientos de nuestra vida. Dios Padre, el que nunca descansa, el que siempre está trabajando y revelándose a todos a través de la Creación entera.

La Palabra hecha Carne

Dios Hijo, la Palabra hecha carne, es el que ha hecho posible que conozcamos plenamente el proyecto de Dios sobre nosotros y sobre toda la creación. La Palabra de Dios, encarnada es Jesús de Nazaret, completamente dócil a la acción del Padre y que nos revela el rostro de Dios plenamente. Su característica más típica es que vivió una apertura total a la voluntad de Dios, que le llevó a *conformarse* de tal modo a él, que para sus amigos más cercanos y para nosotros, desde la fe, llega a ser uno con El: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30); esta afirmación de identidad llega a su expresión más plena en la respuesta que pone Juan en labios de Jesús ante la petición de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Juan 14,8), a lo que responde Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14,9).

Jesús ofrece, pues, un espacio de humanidad totalmente disponible y abierto al amor misericordioso de Dios. Es precisamente en esta humanidad de Jesús, que se hace totalmente obediente a la voluntad del Padre, donde se nos revela la divinidad de Jesús. Jesús, verdadero hombre –igual a nosotros en todo, menos en el pecado–, es verdadero Dios. Su obediencia plena a la voluntad del Padre, es lo que lo convierte –en palabras de la Carta a los Hebreos– en «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Hebreos 5,9).

De tal manera Jesús se *conformó* con la voluntad del Padre, de tal manera Dios Padre *conformó* a Jesús con su voluntad, que la persona humana de Jesús, desde su límite, se hizo transparencia plena de Dios, «resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» (Hebreos 1,3). Se hizo «Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación» (Colosenses 1,15).

Su obediencia llegó hasta la muerte y muerte de cruz: «Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble* en los cielos, en la tierra y en los abismos, *y toda lengua confiese* que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2, 9-11).

Todos los seres humanos hemos recibido una misma llamada, con Jesús, a participar de la vida de Dios como hijos: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en sus presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el

beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado». (Efesios 1,3-6).

EL ESPÍRITU QUE CONSTRUYE LA COMUNIDAD

Dios Espíritu Santo, es el que impulsa la historia hacia la plenitud; es el Espíritu de Dios Padre y de Dios Hijo; la fuerza creadora de la Historia que empuja todo hacia la consumación final. Su actividad más típica, como ya hemos dicho, es la construcción de las personas en comunidad. En el libro de los Hechos de Apóstoles, se ve claramente su acción en la construcción de la Iglesia naciente y sigue presente hoy entre nosotros.

La dinámica de esta Espiritualidad, es la dinámica propia de la vida de Dios. En la medida en que nos dejemos llevar por esta fuerza histórica, iremos caminando hacia la construcción del Reino de Dios entre nosotros. La Primera Carta de San Juan nos recuerda que, «ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Juan 3,2). Y esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro.

Vida religiosa: fidelidad o muerte

–Camino de Refundación–

P. Víctor MARTÍNEZ MORALES, SJ

Considero hermanos que nuestra permanencia elocuente en el mundo que se gesta en estos albores del tercer milenio depende de la FIDELIDAD de nuestra vida a lo que somos, a nuestra vocación de religiosos, a nuestra misión. No podremos ser gestores de historia y palabra eficaz para la iglesia y para el mundo sino somos lo que hemos de ser.

Somos en este momento los protagonistas de la vida consagrada del dos mil, ¿actores o espectadores?; somos nosotros quienes nos preparamos para afrontar el nuevo milenio, ¿lo lograremos remontar o moriremos en el intento?; somos la actual comunidad de consagrados de nuestra querida América Latina, llamados por Cristo seguidores desde el carisma de nuestros fundadores y confianza de la iglesia de los pobres.

¿Lo somos en verdad?

Ante la realidad actual, ante las circunstancias concretas de nuestra patria, ante los acontecimientos que vivimos, se nos está exigiendo, desde una mirada recreativamente evangélica, ser menos conformistas, menos aliados del «statu quo», menos condescendientes con lo que ya hemos conquistado.

Tal es la invitación del santo padre en su exhortación apostólica «Vita Consecrata» y que ha de resonar hoy en nosotros con particular fuerza:



«Se invita pues a los institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una FIDELIDAD dinámica a la propia misión, adaptando sus formas cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial. Debe permanecer viva, pues, la convicción de que la garantía de toda renovación que pretenda ser fiel a la inspiración originaria está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor».

Se hace hoy urgente querer ser FIELES al llamado que hemos recibido, a la misión que se nos ha confiado, al aporte concreto que hemos de dar a la iglesia y a la historia, de lo contrario estamos llamados a desaparecer. No se trata de sobrevivir, vivir a medias o soportar la vida. Nuestra vida consagrada exige ser vivida a plenitud, afrontada con coraje, asumida en el amor.

Como religioso, desde el amor que discierne, presento y comparto con Ustedes estas reflexiones sobre la FIDELIDAD A NUESTRA VIDA CONSAGRADA desde lo que somos y tenemos, desde nuestras grandezas y pequeñeces, con el ánimo de delinear algunos derroteros por los cuales hemos de caminar con humildad y fraternidad si queremos seguir vivos para el nuevo milenio.

"UNA VIDA CONSAGRADA CON SABOR A EVANGELIO: EN FIDELIDAD AL SEGUIMIENTO DE JESUS»

Nuestra vida consagrada debe afincarse en el suceder de Jesucristo en cada uno de nosotros, hemos de ser comunidades cuyo convencimiento tiene su fuente en nuestra fe en Dios, del llamado personal que se nos ha hecho y del deseo de encarnar el Evangelio.

«El que cree, ama a Dios; y el que ama a Dios, ama a los que han nacido de él. Si alguno dijese yo amo a Dios y no amas a su hermano, sería un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve»

1Jn. 4,19-5,1.

Esta experiencia de amor hecha carne en Jesús de Nazaret la hemos de hacer vida como religiosos al estilo de nuestros fundadores, quienes han visto que la realidad de Dios es caridad, tal es la experiencia de intimidad de Dios con cada uno de ellos y que nosotros llamamos carisma.

Desde esta caridad hemos de vivir unidos. Esta caridad no sólo conservará y aumentará la vida consagrada sino que también nos ayudará a la consecución de lo que pretendemos. Así, se convierte en celo apostólico que es una caridad



dirigida hacia los prójimos. Tal es la caridad que debe distinguirnos y en la cual cada uno de nosotros hemos de ir por delante en el ejemplo.

Una caridad que se distingue por ser ardiente. Hemos de ser hombres de Dios, capaces de saber interpretar desde nuestra historia los signos de los tiempos. Varones y mujeres que movidos por el amor y exigidos por la acción del Reino nos sintamos desde el Espíritu del Señor capaces de llamar a la conversión, firmes en desenmascarar el pecado, atentos a denunciar la injusticia. Sin dudas para señalar las tretas del Maligno; capaces de acoger con misericordia, de reconciliar desavenencias, anudar esfuerzos, consolidar voluntades.

Tal como nos lo propone el Evangelio la razón última de la pobreza es nuestro seguiminto a Jesús pobre y humilde. Cristo que nació en suma pobreza. El seguimiento de Cristo pobre es radicalmente la libertad del corazón. El desprendimiento de personas, cosas, situaciones para crecer en el amor que es la conversión al otro; la pobreza espiritual produce una gran liberación interior, se ha vaciado de toda afección para poder llenarse del amor de Dios, exigiendo así como fruto y garantía el deseo de la pobreza actual.

Abajarnos ante Dios hace que nos encontremos con aquel que más se abajó ante él, Jesucristo. La identificación con Cristo, la elección de vivir al estilo de Cristo es la base de la humildad tal es la consecución del fin por parte de cada uno de nosotros: la identificación con el primer y mayor humilde Jesucristo el cual se anonadó y estuvo en dependencia humilde y total del Padre. Elegir los criterios de Cristo, no tener más deseos que los de Dios, vaciar nuestro corazón de todo amor que no sea de Cristo y para Cristo.

Nuestra vida consagrada se construye desde el Dios de Jesús, desde este Jesús pobre y humilde.Nuestras manos construirán este seguimiento de Jesús desde la naturaleza propia del carisma de cada una de nuestras congregaciones, desde nuestra sacramentalidad y ministerialidad en la mobilidad misionera, en la gratuidad de los ministerios, en la conversación espiritual según la tradición de nuestros fundadores.

Nuestra vida consagrada ha de cuestionarse constantemente sobre su fidelidad al seguimiento de Jesús pobre y humilde, sopesando el corazón para responder desde su ser y que hacer. ¿Nuestro modo de proceder en sentirnos pobres con los pobres nos estará llevando a dar vida a los que están privados de ella (los pobres los enfermos, los despreciados, los dominados); a ser defensores de los que no se pueden defender, a estar favoreciendo futuro a aquellos que humana, social y políticamente no lo tienen? Ser pobres hoy es saber integrar con un intercambio evangélicamente creativo el vivir para los pobres, con los pobres, como los pobres.

Nuestras manos consagradas construirán futuro cuando aceptemos los retos que nos lanza la creciente injusticia social y queramos enriquecerla desde nuestra pobreza. Nuestra creatividad desafiante ante la miseria, el trabajo por la extinción de estructuras y actitudes de injusticia, nuestra unidad de esfuerzos y coherencia en fidelidad del seguimiento de Cristo seguirán haciendo real hoy como ayer la promoción de la justicia.

UNA VIDA CONSAGRADA EN FIDELIDAD A NUESTROS FUNDADORES: DE DISCERNIMIENTO, FORMACION, KOINONIA, DIAKONIA, AD DISPERSIONEM

Desde la experiencia de intimidad con el Señor (Ejercicios Espirituales, retiros, desiertos, etc.) nace la forma específica capaz de remodelar la identidad de futuro de nuestra vida consagrada al interior de cada una de nuestras comunidades, su fuerza y dinámica internas hace que cada uno de nosotros pase incesantemente de la mística a la praxis; es desde el fuego transformador del discernimiento y la contemplación donde hacemos realidad siempre nueva nuestros carismas según los diversos hombres, tiempos y lugares.Nuestras manos en la vida consagrada construirán futuro cuando ensamblen los Ejercicios con experiencias de inserción, solidaridad y riesgo, sólo desde allí podemos persistir en nuestra misión abierta al futuro, sólo desde allí nuestro servicio a la fe y promoción de la justicia seguirán forjando esperanza.

Nuestras manos construirán futuro cuando no renunciemos a nuestra identidad de auténticos consagrados; cuando queremos seguir esforzándonos ardua y permanentemente en nuestra formación. Nuestra preparación e interés por una mejor y mayor capacitación en armonía con nuestro servicio, hará que éste, siendo cálidamente espiritual, cercano a los pobres, sea a la vez, críticamente intelectual.

Hemos de defender la vida, luchar por la libertad, construir comunidad. Nuestra actitud profética ha de vivirse con igual intensidad «ad intra» de las comunidades de nuestras congregaciones e institutos como «ad extra», en búsqueda de hacerla realidad en la Zona, Prefectura, Región, Vice-provincia, Provincia, etc., que ella sea característica de la Congregación Universal.

Nuestras comunidades de vida consagrada se han de caracterizar por la prontitud y disponibilidad que rompe individualismos e ideologías, hace que nuestra mirada se proyecte más allá de regionalismos y provincialismos, quiebra estériles y estancadas especializaciones e instituciones. Una profunda y radical disponibilidad. Hemos de estar dispuestos tanto a continuar nuestra misión como a dejarla, abandonándonos al mayor servicio de Dios que la Congregación en nuestros superiores juzgue conveniente. No podemos abrazarnos a una mezquindad que

lleva a tazar la entrega, a un inmovilismo que nos hace comodones, a una holgazanería que nos hace mediocres en nuestra labor apostólica.

Al igual que nuestros fundadores hemos de situarnos en la dinámica del Evangelio, único camino para acceder al Reino. Ponernos de parte del pequeño, ocupar el último lugar, hacernos como niños, eliminar el falso equilibrio del servicio a dos señores. Nuestra vida espiritual, comunitaria, de estudio y apostólica hoy se enmarca dentro de la praxis, palabras que se hacen realidad, hechos y obras que harán creible nuestra vida consagrada.

UNA VIDA CONSAGRADA EN FIDELIDAD A NUESTRA IDENTIDAD: DONDE NUESTRA VIDA EN EL ESPIRITU SE HA DE MANIFESTAR EN NUESTRO MODO DE PROCEDER

- No se trata de escandalosos protagonismos, dudosos liderazgos, fortuitas novedades. Se trata de acciones que lejos de darnos poder van produciendo en nosotros un mayor despojo, una radical confianza en Dios, una aceptación del amor conflictual, un amor entregado y paciente.

- Se trata de hacer historia desde Dios, a la manera de Jesús, superando las confrontaciones, evitando el sometimiento de los débiles, potencializando el servicio. Al igual que Jesús asumiendo la cruz que lleva a conflictos y tensiones, obvio resultado que causa ante un mundo como el nuestro, una fidelidad absoluta al Evangelio. Seremos realizadores de historia si a causa de nuestro seguimiento de Cristo somos objeto de odio y división, signos de contradicción, semillas de un nuevo amanecer.

- Al igual que nuestros fundadores hemos de ser fieles al Espíritu del Señor para no condescender con el poder del mundo, lejos de nosotros falsas prudencias, hipócritas relaciones, burocráticos procederes; lejos de nosotros silencios cómplices, amistades interesadas, secretas alianzas.

- Amar la Iglesia significa trabajar por ella como el Señor quiere, manteniéndonos siempre insatisfechos, capaces de encarnar la dinámica de «sentire cum Ecclesia», preocupados y responsables en dar el ciento por uno en la generosa multiplicación de los talentos.

- Nuestras comunidades en el seguimiento de los últimos Capítulos y Congregaciones Generales han de estar viviendo un estilo de vida que las asimile al de una familia modesta, con una separación contable ante las obras, sujetas a un presupuesto mensual y en constante tensión entre la eficacia apostólica y la pobreza.

- Hemos de ser consagrados para la misión, varones y mujeres de misión, itinerantes, móviles, disponibles e indiferentes. Nos ha de caracterizar el celo por el deseo de ser religiosos fieles a la iglesia y a la Congregración. El carácter religoso de nuestras comunidades ha de ser el ámbito vital donde se compartan todos nuestros sueños y realidades.

- Hemos de ser para nuestros contemporáneos teofanías de Dios, transparencias de nuestro buen Jesús, instantes de eternidad, mensajes de infinito.

- Hemos de ser hombres de esperanza, constructores del «todavía-no», hacedores del mañana, elocuencia providente de Dios. En el trato que establecemos con los otros, en nuestro testimonio de vida, en la gratuidad que debe penetrar nuestra vida fraterna la libertad, la autenticidad y la autonomía han de ser transparencia de Jesús desde la identidad que queremos ejercer y desde los modos de expresión de nuestro ministerio conforme con nuestro carisma.

UNA VIDA CONSAGRADA EN FIDELIDAD A LA COMUNIDAD: NECESITADA DE LA AUTORIDAD QUE NACE DEL ESPIRITU, EL APOYO MUTUO, Y LAS ESTRUCTURAS REALES DE ACCION

- **La comunidad consagrada ha de ser una comunidad de fe, de vitalidad espiritual**

Siendo la vida en el Espíritu lo más íntimo, personal y privado de cada uno de nosotros es a su vez la más compartida, transcendente y comunitaria: la oración, la vida sacramental y la comunicación mutua a nivel espiritual.

Esta vida en el espíritu es vivida a partir de estructuras de apoyo tales como la dirección espiritual, los retiros personales y comunitarios, la lectura espiritual, la vida litúrgica y otros que han de ser vitalizados por nosotros mismos; es ingenuo pensar pasivamente que todos nos venga de ellas.

La oración, la eucaristía, el examen se van volviendo indispensable en nuestra vida en la medida en que la experiencia que tenemos de ellos nos va dotando de aquellos ojos por los cuales vamos descubriendo el sentido que tiene para los demás la vida que llevamos.

- **La comunidad consagrada ha de ser una comunidad de discernimiento inspirado por el amor, por ello:**

Las comunidades y fraternidades al interior de sus proyectos comunitarios, de estudio y apostolado deben continuar el esfuerzo sincero y creativo en la búsqueda de ser y hacerse comunidades alternativas, dinámicas y solidarias.



Verdaderas comunidades de acompañamiento de una densa e intensa vida en el compartir su fe, crear un verdadero ambiente de discernimiento y delinear los deseos, anhelos y esperanzas de crecimiento mutuo en la vocación.

Los equipos apostólicos han de crear su proyecto apostólico, capaz de ser sometido a líneas de planeación y evaluación. Deben ser lugares de reflexión, discernimiento, escuelas de un verdadero trabajo en equipo.

- **La comunidad ha de ser una comunidad apostólica**

El religioso es un hombre con una misión y las comunidades religiosas son comunidades apostólicas. La misión recibida en nuestras comunidades de vida consagrada es variada dado que somos un abanico de pluralidad en la encarnación de los consejos evangélicos al estilo de cada uno de nuestros fundadeores. Hoy hemos de hacer de nuestras comunidades, de todas ellas, comunidades formativas. Nuestros estudios y la formación permanente no son excusa para dejar de responder afectiva y efectivamente por el apostolado directo que se nos ha confiado. Igualmente, no podemos caer en un activismo que ahogue nuestros estudios, no de tiempo a la lectura y reflexión personales y no permita colocar los medios aptos para proseguir nuestra formación.

- **La comunidad ha de ser una comunidad de afecto**

Hemos de propiciar un ambiente comunitario de: **dialogo** donde podamos manifestar nuestras inquietudes y cuestionamientos, nuestras alegrías y tristezas, nuestros afectos y sentimientos, sueños e ilusiones. **Compartir** nuestra vida intelectual, afectiva, de trabajo desde lo que somos y tenemos, con sencillez, reconocedores de nuestras limitaciones como de nuestras cualidades. **Confianza** en hacernos corresponsables unos de otros desde la interior ley de la caridad en la corrección fraterna, el examinarnos y estimularnos mutuamente, en la sinceridad.

- **La comunidad ha de promover:**

- La pobreza y austeridad como camino de realización de nuestra vocación
- Procurar un auténtico ambiente de abnegación y austeridad personal y comunitario tanto a nivel de gastos comunitarios ordinarios como extraordinarios, en el manejo del tiempo, de tal manera que se sienta eventualmente los efectos de la pobreza.
- Considero que la comunidad ha de estar enterada de los gastos realizados, más o menos con regularidad, nuestros ecónomos podrán darnos a conocer un informe sobre el estado económico de la comunidad.
- El contacto con la realidad y situación del mundo como concretización de nuestra vocación.

- Procurar mantener institucionalmente y de manera cordial un contacto con el mundo y las preocupaciones de los pobres. Asegurar que todos tengamos un contacto regular y directo con el mundo y las preocupaciones de los pobres. Apoyar las iniciativas que apunten a ello.
- Acoger, asistir y participar de todos aquellos eventos que nos mantienen informados de la realidad y la coyuntura actuales.
- La capacidad y suficiencia para dar cuenta de nuestra vocación en los detalles y las pequeñeces de nuestra vida comunitaria.
- Es importante ayudarnos en el cumplimiento de horarios personales y comunitarios, calendarios apostólicos y demás distribuciones.
- Ayudarnos en el cumplimiento de nuestros cargos, compromisos y responsabilidades, en los oficios de casa, tareas y labores.
- Insistencia en la elaboración de un plan de vida realista. La cuestión no es hacerlo, sino que tenga algo que ver con la vida misma.
- Crear y fomentar espacios hacia lo lúdico, estético, artístico e imaginario a nivel personal y comunitario, ello oxigena profundamente la totalidad de la vida comunitaria.
- Promover todo tipo de habilidades, destrezas cualidades personales y comunitarias que signifiquen el desarrollo de dimensiones de la personalidad. Estar atento a ello y cultivarlo.

Nuestra FIDELIDAD a la vida consagrada depende de la acción del Espíritu del buen Jesús en nosotros, de nuestra parte está el quererlo transparentar, poniendo el menor obstáculo a su acción. Dejémonos llevar por su fuerza colocando todo nuestro empeño como si todo dependiera de nosotros sabiendo que todo está en sus manos.

¿A qué responde todo el proceso que se ha venido viviendo en el último lustro al interior de nuestras congregaciones e institutos? ¿Son tiempos de profundas reflexiones, donde surgen ideas, se dibujan planes, se trazan bosquejos? ¿Son tiempos de interiorización, donde se meditan proyectos, se formulan objetivos, se gestan obras? ¿Estamos pasando por tiempos de madura reflexión donde se forjan y adquieren rostro los grandes ideales?

¿Son tiempos de fidelidad o tiempos de muerte?

SEGUIR A JESÚS BAJO LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Vivimos tiempos difíciles, la realidad colombiana nos presenta un triste panorama que ha venido minando el corazón de muchos hermanos. El espiral imparable de violencia, el terrorismo en campos y ciudades, los genosidios y muertes cruentas han creado heridas muy profundas que han descompuesto y maltratado la personalidad, quebrado y lesionado opciones de vida y en muchos casos

han ocasionado transtornos irreversibles en la psicología y el comportamiento social.

Tal ambiente ha afectado a muchos de nuestros hermanos consagrados produciendo en ellos diferentes reacciones. Desde aquellos que abandonándolo todo han desistido de su consagración hasta aquellos que continuando en ella han permitido que el odio abrace su corazón. Hemos sido testigos de diferentes respuestas: algunos golpeados por esta avalancha de tragedias no quieren saber nada de noticias ni medios de información, mucho menos del contacto directo con lugares y zonas de conflicto. Otros, desde sensibilidades maltratadas quieren darle la espalda a esta realidad sumerguiéndose en un activismo evasivo. Un número grande ha sido invadido por la desilusión contagiando a otros de desesperanza. Y hay otros, que queriendo hacer frente a esta realidad, desde su consagración y carisma sienten desfallecer desde el desánimo, la angustia y en no pocos casos la amargura.

¿Cómo y desde donde responder a esta realidad colombiana dada nuestra condición de consagrados? Considero que se nos está haciendo un llamado de volver a centrarnos en Dios, volver nuestra mirada al espíritu del buen Jesús para dejarnos conducir por él. Se nos está exigiendo si queremos ser prestos y dirigentes a los signos de los tiempos volver nuestro corazón al Espíritu. Asumir la realidad de nuestra dolorida y sufriente Colombia desde la acción del Espíritu.

ASUMIR NUESTRA REALIDAD DESDE LA FUERZA DEL ESPÍRITU

«Jesús lleno del Espíritu Santo, volvió del río Jordán y el Espíritu lo llevó al desierto». Lc. 4,1

Es el Espíritu quien conduce a Jesús al desierto donde será tentado por el maligno y es desde el Espíritu que Jesús hace frente al mal. Todos los religiosos que vivimos en Colombia, de una o de otra manera, convivimos con la injusticia. Ella incomoda nuestras conciencias, su presencia es prueba de que el Evangelio no se está viviendo, ¡si se viviera no habría tanta injusticia!

¿Cómo hacer frente a esta realidad, si no es desde el espíritu de quien nos ha llamado? Dejémonos invadir por su presencia y permitamos que nos lleve. Sólo desde la mano del Espíritu podremos afrontar esta realidad desde nuestra calidad de consagrados y aportar al proceso liberador del Evangelio.

Nuestra unidad como consagrados radica en la voluntad común de seguir a Jesús, vivir su Evangelio, realizar la entrega de nuestra vida al servicio de los hermanos, sobre todo de los más pobres, pequeños e indefensos.

El Espíritu nos desafía para hacer renacer el carisma en cada momento histórico. Las Constituciones y reglas de nuestros fundadores en su tradición y praxis son

reactualizadas por las exigencias de una realidad asumida bajo la acción del Espíritu. Es desde allí que estamos llamados a recrear y no a repetir.

Una mirada a la realidad desde el Espíritu nos lleva a constatar desde el amor de Dios, la ausencia del nuestro. Se trata de ver a Colombia con ojos de fe, asumir lo que somos y tenemos, lo que estamos viviendo en el aquí y ahora desde el plan de Dios. Solo si vemos desde el amor, -con los ojos de Dios-, la realidad, podremos transformarla con amor.

Se trata de renovarnos desde el Espíritu, abrirnos decididamente al Espíritu como factor determinante. Basta ya de nuestra insensibilidad queriendo olvidar el sufrimiento ajeno, ausentándonos de la compasión ante el dolor de nuestros compatriotas, haciéndonos incapaces de padecer el suplicio de nuestros hermanos que son hoy crucificados. Nuestra fe en Dios y el llamado al seguimiento de Jesús nos están invitando a ser hombres y mujeres verdaderamente apasionados, deseosos del Espíritu.

LLAMADOS A LA CONVERSIÓN DESDE EL ESPÍRITU RECONCILIADOR

> *«El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad.*
> *Porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros».*
> Rm. 8,26

No podemos seguir confesando nuestro pecado sin reconocerlo, no podemos seguir pidiendo perdón sin perdonar, decir que ya nos hemos convertido y seguir siendo los mismos.

Llegó el momento de no seguir desmoronándonos al interior de nuestras comunidades. ¡Cuánta energía perdida! Si Jesucristo es nuestro centro unificador y totalizador ¿Por qué nos gastamos entre nosotros mismos? Hemos desfigurado el amor de Dios creando nuestros propios ídolos a la medida de nuestros deseos. Idolos que nos van esclavizando. Nuestra vanagloria, poder, orgullo, soberbia. Nos fabricamos nuestras pequeñas batallas y nos armamos de silencios ofensivos, palabras hirientes, posturas avasalladoras, posiciones intransigentes. Y así mientras hacemos de nuestra casa el mundo, el país se sigue desgarrando desde aquella hemorragia de un pecado estructural.

Llegó el momento de dejarnos sanar por el Espíritu sólo él podrá curar nuestras heridas. Hemos de dar una mirada a nuestro corazón desde el amor misericordioso de Dios, sólo desde allí nuestra conversión será verdadera. Mirar nuestra radical debilidad desde los ojos del Espíritu es acción salvífica que nos lleva a salir de nosotros mismos, rompiendo el círculo del autoengaño creado por nuestro egoismo y autosuficiencia.

El dinamismo generado por el Espíritu que nos convierte es la reconciliación. Reconciliarnos con nosotros mismos, con los otros, con nuestro habitat y con Dios. Corazones rotos por historias del pasado y heridas que todavía sangran, cómo pueden testimoniar calma, tranquilidad, paz interior; comunidades que se deshacen en envidias, enredos, doblez, cómo pueden liderar procesos de unidad, ser garantía de transparencia o ser testigos de fidelidad. Consagrados enfrentados contra la naturaleza, enemigos de toda tecnología y contrarios a nuevos ecosistemas cómo ser posibilidades de proyectos, cauces de anhelos, esperanzas de ideales. Religiosos que han roto con la trascendencia, desconfian de los otros y han dejado su oración, cómo creerles, qué se espera de ellos, por qué seguirles...

Sólo si nos dejamos tocar por el Espíritu nuestro pecado personal y comunitario será asumido por el amor que convierte, por la fuerza transformadora del amor que nos hace cambiar y nuestros corazones descentrados de sí mismos se preocuparán por reconciliar el de sus hermanos, miles de colombianos necesitados de nuestro consuelo, ayuda y cercanía. Si nos dejamos convertir por el Espíritu de reconciliación empezaremos a ser comunidades alternativas que trabajemos afectiva y efectivamente en rehacer el tejido social, ayudando en la reconstrucción de la comunidad colombiana.

RENOVAR NUESTRA VOCACIÓN DESDE LA UNCIÓN DEL ESPÍRITU

> *«Cuando el Espíritu Santo venga donde ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí».*
> Rm. 1,8

Hemos sido llamados no por nuestros méritos y nos conservamos no por nuestro esfuerzo. Ciertamente la vocación a la vida consagrada es un don propio del Señor, es él quien nos ha llamado y es su espíritu en nosotros quien nos ha concedido el poder responderle. Dados los hilos humanos de familia, religión, geografía, coincidencias, siempre queda en nuestro corazón el misterio del por qué. ¿Por qué pusiste tus ojos en mí Señor? ¿Por qué en mí?

El misterio de nuestra vocación se entreteje con el de nuestra historia personal y lo que era gracia, don, regalo... lo que suscitó en un comienzo sorpresa, incredulidad, indignidad de nuestra parte, se fue haciendo tan cotidiano, ordinario, tan nuestro que lo hemos hecho esfuerzo, requerimiento, empeño y fatiga.

Trabajamos tanto que hemos dejado nuestra oración, deseamos tanto el éxito, la eficiencia, el ser acertivos que hemos descuidado nuestra intimidad con el Señor. Unido a ello, comprobamos que solos nos va mejor, le hemos dado la espalda a la comunidad; el individualismo ha minado todo trabajo en equipo, todo ritmo de grupo, toda espera en los otros.

Celotipias y envidias abrazan el corazón entristeciéndonos, añorando cargos y puestos, sentimos que somos despreciados, otros han sido elegidos en lo que nosotros hubieramos podido realizar mejor, más aún nos correspondía estar en su lugar. Junto a ello, nuestra crítica dura, mordaz, cruel. Nuestros comentarios sarcásticos, nuestras miradas inquisidoras y humillativas. Una falta de caridad que buscamos justificar con raciocinios y falsas lógicas.

Infantilismos en orden a la vivencia de nuestra afectividad nos lleva a comportamientos inmaduros, establecer ambigüas relaciones, ingenuos sentimentalismos y hasta ceder en desórdenes psicológicos, sexuales y relacionales. La vivencia de nuestros votos se hace pesada, relativa, incómoda; carga que fastidia, obligación que oprime, cadena que esclaviza.

Seguimos esforzándonos en colocar todos los medios para que nuestras congregaciones no se queden vacías sin percatarnos que mientras no seamos testimonio ello será irreversible. Hemos perdido el sentido de nuestra consagración y a él volveremos si tomamos conciencia del Espíritu Santo que habita en nosotros. Dejémosle actuar, no obstaculicemos su acción en nosotros. El es nuestro poder. Hemos de colocar «espíritu» a nuestra consagración; vivir con «mística» no es otra cosa que dejarnos llevar por el Espíritu. Vivir con unción ¡He ahí la vida del consagrado! Transparentar la presencia del Espíritu del buen Jesús en él, ser transparencia de Jesucristo, dejar que en él actúe el Espíritu Santo.

Es el tesoro que no podemos perder, él está en nosotros, sólo basta la osadía de dejarnos llevar...

DISCERNIR NUESTRA MISIÓN A LA LUZ DEL ESPÍRITU

> *«Y Dios, que discierne los corazones, sabe qué es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios, por los que le pertenecen».*
> Rm. 8,27.

Ciertamente ante los acontecimientos que vive el país nos sentimos asaltados y cuestionados a diario de la incidencia de nuestra misión y de la efectividad de nuestro apostolado. Deseamos abrir nuevos campos de trabajo que por lo menos respondan en lo inmediato al sufrimiento de nuestro pueblo y a su vez nos sentimos deudores de un apostolado tradicional que no hemos de abandonar. Existen en todos nosotros innumerables tendencias y maneras de actuar que resultan confusas.

En algunos casos nos hemos dividido para hacer frente a las distintas situaciones, no sin tensiones y muchas veces con rupturas comunitarias a nivel de provincias, delegaciones, regiones... Confiando en nuestras propias fuerzas hemos dejado a un lado el discernimiento personal y comunitario. ¡Cuánto bien nos haría volver a la dinámica interior, al movimiento espiritual de nuestros fundadores!

Sin ninguna duda han sido las personas fieles a Jesucristo los que más han avanzado en esta reflexión... Tal contradicción interior en el proceso humano, en la orientación que la persona lleva, es presentada por el apóstol Pablo con una doble terminología: la ley del Espíritu y la ley de la carne (Cf. Gal. 5,16). Estas dos tendencias existen en el camino humano, en el proceso de la unidad que va realizando la persona, es una tensión interna que está en lo más profundo del hombre. A esas realidades las vamos a llamar «espíritus». La tendencia hacia el amor la llamaremos «espíritu del bien», y a la tendencia hacia la desviación del amor, a un camino de no-amor, la llamaremos «espíritu del mal».

El buscar, percibir, descubrir y distinguir qué espíritu está actuando en un momento determinado en la persona, así como el examinar cómo actúa, lo llamaremos discernimiento espiritual. El discernimiento es siempre un proceso de búsqueda. Y al mismo tiempo un auténtico discernimiento es un carisma dado por Dios tanto para nuestro beneficio como para el beneficio de los demás, es un don que nos viene del Espíritu. Llegó el momento de entrar en este proceso de cara a responder ante las situación del país.

Los signos no bajan del cielo, nacen en el corazón. De ahí la exigencia de saber a qué estamos llamados, qué quiere el Señor de nosotros en el aquí y ahora de nuestras vidas, ante la situación y realidad que nos ha tocado vivir. Hemos de intentar liberar nuestra mirada y el oído para ver y oir las mociones del Espíritu a través del mundo, de nuestros hermanos, de los acontecimientos... Si el corazón está puesto en el fondo de los otros, la mirada podrá descubrir las insospechadas ofertas de vida que irrumpen como gracia del Señor de la Historia. Hasta ahora hemos podido constatar que discernir es «tocar» la vida, se trata de todo nuestro ser –entendimiento, conciencia, voluntad y acción– que busca coincidir con el ser de Dios, aquello que el Señor desea para mí en el aquí y ahora de mi vida.

Hemos venido sintiendo que «tocar» nuestra vida es una exigencia del Espíritu del Señor que nos exige: libertad, generosidad y humildad. Discernir es toda una osadía, pues supone el abandonarnos en las manos del Señor. Hacernos dóciles en dejarnos llevar por el Espíritu.

Sólo así trabajaremos en el cultivo de sentimientos que nos lleven a crecer en una mayor profundidad y confianza a nivel personal y comunitario, en el deseo sincero de compartir, de querer ganar espacios de apertura donde salgamos al encuentro del otro y posibilitemos una acogida mutua de dar y recibir.

Ante las dificultades de temores y miedos de ir «más allá» sin estar listos, o querer tratar de llegar a niveles de radicales compromisos se ha de tener muy presente el confiar en el Señor, la dinámica misma irá dando el ritmo que hemos de seguir...

En el momento de seguir el camino de nuestro discernimiento se ha de saber que no se puede preveer las soluciones o respuestas a todas las dificultades, menos aún creer que todas las condiciones han sido dadas. Nos ha de acompañar una actitud de esperanza, entusiasmo, ánimo en seguir con lo que nos hemos propuesto: la osadía de discernir a la luz del Espíritu.

MANTENERNOS ALEGRES EN LA ESPERANZA DEL ESPÍRITU

> *«Que Dios que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo».*
> Rm. 15,13

Somos nosotros los consagrados quienes tenemos como tarea anunciar la Buena Nueva, anunciar la Buena Noticia y tal debe ser nuestra misión en esta Colombia golpeada por el dolor, la muerte, el hambre, las rupturas y el desconsuelo. Anunciar la Buena Nueva no es otra cosa que testimoniar con hechos concretos que la victoria del Reino de Dios ya está aconteciendo en medio de nosotros. No se trata de más discursos, palabras vacías, carentes de sentido; se trata de hechos, acciones reales que como semillas van apareciendo y brotando a lo largo y ancho del país anunciando que es verdad, que es posible la paz, la justicia, el amor.

Hemos de celebrar nuestra fe desde la alegría de todo aquello que manifiesta el dinamismo y la fuerza creadora de Dios. Allí donde hay una atención real y concreta a las necesidades de la comunidad, donde se teje la solidaridad y ayuda mutua, todo lo que sea respuesta en comunión y participación hacia la construcción de la fraternidad debe ser celebrado desde la certeza dada por el Espíritu. El «cuerpo entregado» y la «sangre derramada» del Jesús histórico es hoy en Jesucristo resucitado esperanza real de total liberación.

La presencia amorosa y gratuita del Espíritu es una realidad en muchos corazones, en muchas familias y comunidades... De manera silenciosa, como el grano de mostaza, de manera callada como la perla escondida, él va actuando sin ruido, desde la libertd y disponibilidad de tantos que viven la aventura de dejarse llevar por ese amor apasionado, generoso y gratuito de nuestro Dios que llega a nosotros en el Espíritu.

Somos nosotros a quienes se nos encomienda «revelar» esos hechos de vida donde el Espíritu está aconteciendo, donde está actuando, liberando a su pueblo con poder y realizando el proyecto de salvación.

–»¡Padre!» Me abordaba una pobre mujer que pasaba completamente desapercibida ante mí. –»Ya encontraron al Julio quedó «toditico» desfigurado cómo lo iba a reconocer. No se acuerda de mí padre? Soy del grupo de desplazados que estamos en la escuela. Los que llegamos de...» ¡Cómo no recordar! Una campe-

sina madre de siete hijos, sin su rancho, su tierra, sus bestias y ahora sin su esposo... –»No lo he vuelto a ver por el campamento padre, nosotros nos hemos seguido reuniendo, queremos organizarnos para ayudar a los que llegaron de... y perdieron sus... Confirmaron que los autores de la matanza fueron los... he orado por ellos padre para que Diosito llegue a sus corazones y por mí y el de mis hijos para que les perdonemos. Pásese mañana padre y acompáñenos, algún refresco le doy».

El viento del Espíritu, la encarnación de la Buena Nueva... El tesón, el ánimo, la fuerza de querer seguir luchando por la vida, la unidad, el perdón. He ahí la acción del Espíritu, no se trata de narrar un hecho o de saber interpretarlo, el anuncio ha de pasar por la comunidad, el amor de Dios se traduce en amor al prójimo. Tal es la alegría que brota del corazón, una alegría profunda, un gozo que se conserva y va siendo la respuesta definitiva ante la adversidad o el sin sentido. Es el júbilo de la entrega, la satisfacción del servicio, la dicha que causa el irnos gastando y desgastando por los otros. He ahí el horizonte, aquel nuevo amanecer que alcanzamos a percibir en lontananza y del cual hemos de ser testimonio: el Espíritu nos hace actualizar «no vine para ser servido, sino para servir y dar la vida como precio por la libertad de muchos» Mt.20,28 ¡En él está nuestra esperanza!

VIDA CONSAGRADA: PROFECÍA DE ESPERANZA

> *«El servicio más específico que es pedido hoy a los consagrados es ir al encuentro de la más grande pobreza de nuestro tiempo: a causa del rechazo de Dios, muchos hoy han perdido el sentido de la vida. El consagrado se pone en medio de ellos como profecía viviente del amor salvífico de Dios y por lo mismo como testimonio de alegría y de esperanza, como constructor de futuro en la prospectiva del Reino».*
>
> JUAN PABLO II

Nuestra vida consagrada se afinca en el misterio de la Iglesia peregrina, desde su espacio temporalidad, ella se enraiza en la historia, sujeta a épocas, períodos, cronologías... La realidad de un presente, pasado y futuro no es para la vida consagrada extraño o meramente accidental... Ella debe responder a personas, tiempos y lugares.

Es por ello por lo que de cara al nuevo milenio nuestra mirada de consagrados nos lleva a ver si podremos permanecer en el nuevo siglo y en qué condiciones y forma lo haremos. ¿Cuál es nuestra misión en el aquí y ahora de nuestra vida consagrada? Cómo consagrados en Colombia y de Colombia para el mundo ¿Cómo responder a los retos y desafíos que se nos hace?

Estamos viviendo una época, extraña, contradictoria y ambigüa. Cuanto más ricos somos, más hablamos de pobreza, cuanto más «burgueses», más juzgamos a la iglesia pobre; cuanto más hablamos de comunidad, más aislados y divorciados vivimos.

La historia tiene sus leyes y ninguna institución escapa al desgaste del tiempo, por santo y grande que sea su fundador.

Sólo el hombre desnudo, lo más desnudo posible, puede escapar del desgaste del tiempo si es capaz de ponerse ante la desnudez del Evangelio y hacerla suya.

No creamos en la reforma de nuestras Ordenes, Congregaciones o Institutos, creamos en nuestra reforma personal. Hemos de ser santos y el mundo será santo.

No podremos ser gestores de historia y palabra eficaz para la iglesia y para el mundo si no somos lo que hemos de ser: POFETAS DE ESPERANZA.

Somos en este momento los protagonistas de la vida consagrada del dos mil, ¿actores o espectadores?; somos nosotros quienes nos preparamos para afrontar el nuevo milenio, ¿lo lograremos remontar o moriremos en el intento?; somos la actual comunidad de consagrados de nuestra querida Colombia, llamados por Cristo seguidores desde el carisma de nuestros fundadores y confianza de la iglesia de los pobres, ¿Cómo lo estamos testimoniando?

Ante la realidad actual se nos exige hoy más que nunca a todos los creyentes, cuánto más a los religiosos, ser testigos y agentes del evangelio es allí, en el ejercicio de nuestro carisma profético, desde donde seremos un reto vitalizador en el compromiso gozoso de construir esperanza.

Se hace hoy urgente querer ser FIELES al llamado que hemos recibido, a la MISIÓN que se nos ha confiado, al aporte concreto que hemos de dar a la iglesia y a la historia, de lo contrario estamos llamados a desaparecer. No se trata de sobrevivir, vivir a medias o soportar la vida. Nuestra vida consagrada exige ser vivida a plenitud, afrontada con coraje, ASUMIDA EN EL AMOR.

Como religioso, desde el amor que discierne, presento y comparto con Ustedes estas reflexiones sobre PROFETAS DE ESPERANZA ANTE EL NUEVO MILENIO desde lo que somos y tenemos, desde nuestras grandezas y pequeñeces, con el ánimo de delinear algunos derroteros por los cuales hemos de caminar con humildad y fraternidad si queremos seguir vivos para el nuevo milenio.

PROFETAS DESDE EL AQUÍ Y AHORA

DESDE NUESTRA REALIDAD

Nuestras manos consagradas construirán futuro de cara al nuevo milenio cuando aceptemos los retos y desafíos que nos hace la realidad. Interpelados por la situación de violencia, miseria, corrupción y hambre nuestro ser de consagrados ante la creciente injusticia social y queramos enriquecerla desde nuestra pobreza. Nuestra creatividad desafiante ante la miseria, el trabajo por la extinción de es-



tructuras y actitudes de injusticia, nuestra unidad de esfuerzos y coherencia en fidelidad del seguimiento de Cristo seguirán haciendo real hoy como ayer la promoción de la justicia.

Se trata de hacer historia desde Dios, a la manera de Jesús, superando las confrontaciones, evitando el sometimiento de los débiles, potencializando el servicio. Al igual que Jesús asumiendo la cruz que lleva a conflictos y tensiones, obvio resultado que causa ante un mundo como el nuestro, una fidelidad absoluta al Evangelio. Seremos realizadores de historia si a causa de nuestro seguimiento de Cristo somos objeto de odio y división, signos de contradicción, semillas de un nuevo amanecer.

Querer responder a los desafíos de la historia en este tiempo de post-modernidad exige hombres y mujeres sensibles que logren experimentar lo que la mayoría de la gente está sintiendo, lo que le está ocurriendo, para desde allí, examinando causas y cuestionando consecuencias, establecer una red de relaciones e identificaciones que lleven a serios y profundos análisis sociales. Nuestro contacto con Dios, como consagrados, nos hará capaces de comprender de un modo más amplio y profundo la experiencia analizada ante la luz de la fe, la Sagrada Escritura, la Tradición y la enseñanza eclesial. Porque sólo cuando la palabra de Dios se aplica a cada situación se plantean nuevas preguntas, se sugieren nuevas visiones, se abren nuevas respuestas.

DESDE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

Es necesario afirmar que nuestra opción como consagrados está sustentada, asegurada, fundada en una profunda experiencia de Jesús. Y la primera pista de acción que hay que implementar o asegurar es que aquella esperanza, ilusión y pasión se mantenga viva. Para ello es importante utilizar los espacios disponibles como la oración, la eucaristía; las relaciones interpersonales, las reuniones comunitarias, allí donde se pueda compartir la fe.

Es importante tener la experiencia espiritual de que la vocación es un don, una bondad de parte del Señor, una elección divina que trae la gracia de la castidad, la pobreza y la obediencia.

Se impone hoy el educar para descubrir y vivir el valor de la ascesis, del sacrificio, del dolor. Activar la sabiduría de la cruz en medio de la alegría de la vocación y la vida en la Congregación.

La esperanza se teje desde la cotidianidad, se va abriendo espacio desde la monotonía, ella afirma su identidad aún en la adversidad.

Nuestras manos en la vida consagrada construirán un futuro real cuando afincadas en una profunda experiencia de fe, desde la relación de intimidad con quien nos



ha llamado vayan tejiendo ejercicios espirituales con hilos de discernimiento, opciones y decisiones en favor de la autenticidad del carisma y en fidelidad a la actualización de la misión. Sólo desde allí nuestro servicio a la fe y promoción de la justicia seguirán forjando esperanza.

DESDE NUESTRA IDENTIDAD

Nuestras manos construirán futuro de esperanza cuando no renunciemos a nuestra identidad de auténticos consagrados; cuando queremos seguir esforzándonos ardua y permanentemente en nuestra formación. Nuestra preparación e interés por una mejor y mayor capacitación en armonía con nuestro servicio, hará que éste, siendo cálidamente espiritual, cercano a los pobres, sea a la vez, críticamente intelectual.

Hemos de ser hombres de esperanza, constructores del «todavía-no», hacedores del mañana, elocuencia providente de Dios. En el trato que establecemos con los otros, en nuestro testimonio de vida, en la gratuidad que debe penetrar nuestra vida fraterna la libertad, la autenticidad y la autonomía han de ser transparencia de Jesús desde la identidad que queremos ejercer y desde los modos de expresión de nuestro ministerio conforme con nuestro carisma.

Nuestra especialidad es y debe ser siempre el Espíritu; y el conocer, identificar, discernir y corresponder a sus iniciativas debería llegar a hacérsenos casi connatural. La gracia de Dios entroncada en la naturaleza del hombre. En la alegría del Espíritu es donde florece el arte de discernir.

PROFETAS DEDE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

¿Cómo ser testimonios de amor, llamados a ser profetas, realizadores de historia, amantes de la iglesia, dadores de esperanza?

Desde la experiencia del Espíritu en nuestras vidas, la acción del Espíritu de Jesucristo en nosotros es la condición de posibilidad de todo proceso profético actual. Así el interrogante que se nos impone es: ¿Cómo está aconteciendo en mí y en mi comunidad el Espíritu?

ESPÍRITU DE CONVERSIÓN

El Espíritu es portador de una **experiencia nueva**, aquella que nos hace «hombres nuevos», varones y mujeres convertidos, hemos vuelto a nacer, hemos vuelto a la vida (Cfr. Jn. 3, 5-8). La novedad del tercer milenio espera de nosotros los cristianos ser hombres soñadores, llenos de ilusiones, pescadores de estrellas, gestores de utopías... Desde el «todavía-no» de la eternidad gestar en el aquí y ahora las posibilidades del reino. Hemos de superar tantas fantasías, imaginacio-

nes, quimeras y leyendas que el cambio de milenio trae consigo apartando a tantos de la originalidad y sentido creativo del nuevo siglo.

ESPÍRITU DE JESUCRISTO

El Espíritu abre nuestro corazón con especial acogida a la **llegada continua de Jesucristo**. El tercer milenio es tiempo de Jesús el Cristo. De hacer de nuestro ritmo cronológico tiempo kairótico. El Espíritu no es otro que el Espíritu del buen Jesús, actuando en nuestras vidas. Por ello es tiempo de responder con nuestras vidas: ¿Quien es para nosotros el Hijo del Hombre? (Cfr. Mt.16,13)... Gestos, actitudes, dichos y palabras que tejan el acontecer de Jesucristo en nosotros. Hemos de superar tantos bloqueos, obstáculos y muros que impiden la manifestación y transparencia del obrar de Jesús en nuestras vidas.

ESPÍRITU DE COMUNIÓN

El Espíritu es portador de una experiencia **comunitaria**. La comunión es inseparable de nuestro seguimiento de Jesús, la experiencia del amor de Dios en Jesucristo, la acción del Espíritu es la que nos permite comprender la realidad de este testimonio. La acción del Espíritu es incondicional, se da a pesar de nuestra iniquidad, es una experiencia de gratuidad profunda e íntima que exige amar de igual manera, nuestro amor ha de ser gratuito e incondicional. Se trata de ir más allá de toda frontera, de amar más allá de todo defecto e imperfección, odio y rencor, ofensa y división. La comunión de los cristianos va más allá de hacer al otro prójimo ella exige, desde el amor gratuito e incondicional, hacer del prójimo un hermano, ella es signo efectivo de nuestro discipulado como seguidores de cristo (Jn. 13,34-35). En el nuevo milenio la iglesia inspirada en la presencia del Espíritu se hace gracias a él iglesia de comunión, en ella la vida de fraternidad ha de ser signo profético de unidad y solidaridad.

ESPÍRITU DE CARIDAD

El Espíritu es dador de **esperanza evangelizadora en la justicia**. Tal es la justicia superior, la caridad cuya atención por los pobres, los pequeños y los oprimidos es preferencial.Cuando se afirma que la caridad es una justicia superior se llega a la perspectiva de la justicia divina, a la caridad y misericordia que llega a lo hondo del hombre, a su dolor, a su necesidad y a su impotencia. Evangelizar es anunciar el Mensaje: Jesucristo, la nueva evangelización no es evangelizar de nuevo, «otra vez» sino transparentar hoy el Mensaje desde un nuevo sujeto evangelizador, tal es nuestra misión, ser para el mundo de hoy, signo, testimonio profundamente evangelizador, desde la opción preferencial por los pobres. Hemos de responder desde nuestra propia identidad a la contribución específica que como consagrados estamos llamados a ofrecer a la nueva evangelización en los albores del tercer milenio.

ESPÍRITU DE DISCERNIMIENTO

El Espíritu dinamiza en nuestro proyecto de vida, personal y comunitario, **la realidad del discernimiento**. El deseo de mantenernos fieles a la voluntad de Dios exige de todo cristiano aquella atención especial a los signos de los tiempos, cómo verles, cómo escucharles, cómo leerles e interpretarles... Las mociones del Espíritu suelen ser costosas pero traen consigo la paz, nos llevan a actuar con sobriedad y a ser coherentes y consecuentes...

No podemos ser veletas ni títeres de los meteoritos fugacez que trae consigo el último lustro del cambio de siglo.

ESPÍRITU DE VERDAD

El Espíritu desciende en nuestra **vida cotidiana**, en la experiencia de lo ordinario y rutinario, se va haciendo real en la ejecución de cada jornada, en la tarea de todos los días... Desde la solidaridad con toda la humanidad en el recibimiento del dos mil hay diferencias reales a partir de nuestra situación. La llegada del tercer milenio se vive desde América Latina en la esperanza de hacer realidad respuestas a nuestra preocupación social de hacer realidad la paz, la justicia y la igualdad. Esperanza en liderazgos morales que convoquen, de comunidades fraternas y solidarias, de dialogos interculturales e interreligiosos.

PROFETAS DESDE EL TESTIMONIO DE NUESTRA CONSAGRACIÓN

ESPERANZA DE VIDA, COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

Ante nuestra realidad de muerte, desunión y esclavitud nuestra vida consagrada se hace posibilidad real de vida, comunión y liberación. Religiosas y religiosos van gestando la vida, su defensa y la búsqueda de ella. Desde la Nueva Evangelización se sigue creyendo en el Dios de la vida desde actitudes nacidas del Evangelio y del seguimiento propio de Jesús, el Cristo.

La labor apostólica, desplegada en todo un abanico de actividades y obras, constata que la conciencia social de nuestro pueblo va creciendo día a día; a medida que se concientizan los sectores populares la fuerza del amor en favor de la vida se multiplica apareciendo en el horizonte la posibilidad de hacer realidad la unión entre promesas y realizaciones, derechos y obligaciones, fe y obras.

A nivel personal y comunitario se hacen esfuerzos de una búsqueda de paz en donde se anudan el trabajo de muchos, no se deja de estar creando propuestas y recomendaciones que apuntan a solucionar los más agudos problemas, que buscan la creación de mecanismos que hagan realidad un diálogo democrático, que buscan bases de apoyo sociales y políticas para impulsar directrices en defensa de la vida.

Se anuncia y favorece todo aquello que conlleva a la creación de la vida y a mejorarla, al igual que ha denunciar y declarar todo hecho que atente contra ella. Religiosos, ellas y ellos, han sido amenazados, otros han sido asesinados y otros han sido exilados, sin más razón que la de pronunciarse en beneficio de la vida.

Podemos comprobar el esfuerzo por trabajar en la formación de comunidades solidarias y fraternas alrededor de una verdadera ética: la opción por los medios pacíficos, el respeto a los derechos humanos, una esperanza realista de la liberación integral y el deseo de una conversión permanente.

ESPERANZA DE TRASCENDENCIA

El testimonio del porqué muchos hombres y mujeres entregan su vida al servicio de Dios bajo el signo claro de la consagración encuentra su razón de ser en el misterio. Su consagración en pobreza, castidad y obediencia les hace signos de Dios.

Por el voto de pobreza vivido en solidaridad con los pobres y en lucha contra la pobreza, sintiendo los efectos de ella se hacen hombres y mujeres abandonados y confiados únicamente en Dios. La pobreza evangélica nos exige vivir para los pobres, con los pobres, como los pobres, sólo así desterramos la pobreza material, nos hacemos capaces de despojarnos de todos los bienes y ante todo de vaciarnos de nosotros mismos.

Por el voto de castidad al vivir apasionadamente su ser-para-los-demás se hacen hombres y mujeres capaces de amar, hacen que sus relaciones efectivas, afectivas y creadoras sean relaciones castas, de oración sincera, de lucidez ante sus propios sentimientos y los sentimientos de los otros. Su amor ha de vivirse a los ojos de la comunidad donde crean espacios reales de convivencia fraterna.

Por el voto de obediencia se hacen hombres y mujeres de discernimiento. Capaces de escuchar la voz de Dios en la historia y saber conocer su voluntad en el contexto determinado de nuestro tiempo. Descubrir los signos de los tiempos y poner por obra las exigencias del Señor.

ESPERANZA DE REALIZACIÓN Y FELICIDAD

Ser profetas hoy al igual que nuestros fundadores nos ha de hacer fieles al Espíritu del Señor para no condecender con el poder del mundo. Ser profetas hoy nos lleva a situarnos en la dinámica de lo pequeño. Ponernos de parte del débil, ocupar el último lugar, hacernos como niños, eliminar el falso equilibrio del servicio a dos señores.

Ser profetas hoy nos hace compromiso radical de fidelidad al Dios de Jesús, de la caridad que busca ser efectiva, de la opción por el último puesto, de la renuncia



al poder y a la violencia, estar disponibles a que sus vidas sean trituradas como el grano de trigo. La felicidad y realización de la entrega. Del darnos y donarnos, del gastarnos y desgastarnos por el Reino.

Ante el mundo actual que rinde culto y está esclavizado al poder, al placer y al tener. Los votos de pobreza, castidad y obediencia nos hace libres. Ante el consumo, el acaparamiento y la explotación el voto de pobreza nos hace libres para el despojo, la donación y la entrega de nosotros mismos. Ante la autosatisfacción, la compra y venta de afecto y las aberraciones el voto de castidad nos hace libres en el amor sincero, auténtico y natural que brota de un corazón indiviso. Ante la humillación, el sometimiento y la despersonalización el voto de obediencia nos hace libres para crear espacios donde el otro sea, haciendo del desconocido nuestro prójimo y del prójimo nuestro hermano.

ESPERANZA DE GOZO Y ALEGRÍA

Los religosos son dadores de vida... gestores de sonrisas y esperanzas. Hemos de ser comunicadores del gozo que nadie nos puede arrebatar: la alegría del Reino. Transmitir vida, inyectar optimismo, fortalecer y tonificar con nuestra presencia religiosa.

Júbilo que nos hace creadores de caricias positivas...luchando contra toda cadena que aprisiona el corazón del hombre, rompiendo los yugos de la desigualdad afectiva, la opresión y la marginalidad de sentimientos y emociones. Alegría profunda que nos hace constructores de relaciones... insistiendo en lo que une, motivando al dialogo, propiciando encuentros, animando todo proyecto constructor de paz y de justicia.

Vivir la alegría del reino implica el radicalismo de la entrega a Cristo. Se trata del radicalismo del amor que va más allá de la lógica del mundo, optar por los pequeños, por los indefensos, por quienes ocupan el último lugar. Sin espera de recompensa, sin interés alguno. Gozo que nos hace descubrir al igual que Jesús que las prostitutas precederan en el Reino de los cielos a muchos bien pensantes, que la fe de los pecadores vale más que la religión puramente exterior, que la limosna de una pobre viuda tiene más valor que las donaciones de los opulentos, que la penitencia del publicano pecador justifica más que la suficiencia del fariseo.

Tal es la lógica radical del Evangelio: perder la vida para poder recuperarla, tal es la dinámica del testimonio profético que estamos llamados a vivir: la fidelidad absoluta al Padre, la caridad llevada al extremo, la búsqueda del último lugar.

Vivamos colocando todos los medios para mantenernos fieles a este deseo de ser PROFETAS DE ESPERANZA como si todo dependiera de nosotros sabiendo que todo está en las manos de Dios.

Vigilantes por el amor que nos ha de caracterizar comprometámonos a ayudarnos mutuamente a vivir nuestra profecía, animándonos y fortaleciéndonos para que nos mantengamos fieles en la esperanza.

COMUNIÓN IDENTIDAD PROFÉTICA DE NUESTRA VIDA CONSAGRADA

La novedad de este tema de **comunión** presentada por el Sínodo radica en la novedad misma que el Evangelio nos presenta. En verdad no encontramos ninguna novedad para aquellos que creen que ella radica en nuevos términos o concepciones, inovadoras posiciones o desconocidos derroteros a seguir.

La novedad del Sínodo en cuanto a la **comunión** está en su identidad profética, que encuentra en la persona de Jesucristo su sentido definitivo. A partir de allí se ha realizado todo un esfuerzo se actualización bajo la tensión de ejes tales como carisma e institución, autoridad y magisterio, identidad e integración, historia y trascendencia, hermenéutica y discernimiento. Un valioso logro e intento que fue presentado en el «Instrumentum Laboris» (I.L.) y que fue asumido en las diferentes intervenciones sinodales.

El trabajo que presento y comparto con ustedes es el fruto de la lectura y el análisis de las diferentes intervenciones sobre este tema de **comunión** que se realizaron en el Sínodo. Quisiera mencionar que fueron las religiosas en sus intervenciones quienes señalaron desde su experiencia vital de consagradas los aportes más genuinos y las líneas de esperanza más alentadoras en cuanto a este tema colocando de manifiesto no sólo su capacidad y suficiencia cuanto su amor generoso y su contibución al enriquecimiento de la vida consagrada.

LA FRATERNIDAD CONSAGRADA: REALIDAD EVANGÉLICA DE COMUNIÓN

La dimensión de fraternidad comunitaria es constitutivo primordial de la vida consagrada, teniendo su fundamento originario en el misterio de la Trinidad, se pronuncia ante la iglesia y el mundo como exigencia profética. Cimentada en la caridad y construida desde la libertad, la fraternidad consagrada es un compromiso de amor.

Cimentada en la caridad

Ahondar en el núcleo central de la experiencia de la vida religiosa es asumirla desde la realidad de Dios: experiencia trinitaria, dinamis de amor. La caridad en sí misma es el amor más puro constitutivo formal de la esencia divina y expresión real de creación, redención y santificación.

Dejarnos invadir por la caridad es el punto terminal (central) del carisma de la vida consagrada y al mismo tiempo la causa y fuerza de su apostolicidad.

Uno de los efectos del amor mutuo, fundamento primordial de la vida consagrada, es la unión, en ello hemos de ser testimonio para con todos. La unidad se constituye como un valor primario, eje de supervivencia y conciliación entre la consagración y la misión.

El ejercicio de la autoridad está encaminado al servicio de la unión de ánimos cuyos medios y esfuerzos se han de colocar más que en lo jurídico en el amor a Dios. Así los vínculos de unidad han de estar centrados en un amor profundo a Dios y no tanto en mecanismos de rigurosa convivencia, de esta manera la unión se realiza más en virtud de un espíritu que de una ley.

Es así como el amor mutuo, la comunión, brota del infinito amor de Dios dado en Cristo a nosotros, brota como consecuencia de nuestra respuesta a ese amor: don y tarea de caridad.

Construida en la libertad

La fraternidad como tarea es una labor de todos y cada uno de los consagrados. Es una respuesta libre a pertenecer y participar de la vida comunitaria. Ciertamente sin sentido de pertenencia no hay comunidad religiosa, pero pertenecer a una comunidad es mucho más que vivir en ella y trabajar con ella.

«La vida de comunión fraterna de por sí no viene dada por el estar juntos y por la participación en una organización exterior de vida, sino por toda la propia experiencia vivida en referencia al todo del instituto y en comunión con los otros miembros, sobre la base de la participación en el mismo carisma de misión.» (I.L.61).

Estar afectados radicalmente por la misma llamada y la misma misión nos invita a la construcción desde la libertad de espacios reales de relaciones comunitarias sanas y creadoras, lugares de encuentro y distensión. La comunión no es dependencia, ella hace real la autenticidad y originalidad en cuanto que no sólo genera posibilidades de elección sino que lleva a asumir responsablemente las consecuencias de su decisión.

Promover y fomentar espacios donde se sacramentaliza la fraternidad, en donde la comunidad exterioriza su alegría profunda; allí cara a cara con Dios en momentos y silencios profundos nuestra plegaria compartida hará nuestra libertad sonora y fecunda[1].

Comprometida en el amor

El amor fraterno es expresión de nuestra filiación divina. El fundamento de nuestra vida fraterna lo constituye la vida de Cristo y la comunión con nuestros hermanos, con quienes a semejanza de la comunidad Trinitaria, comunidad de amor, queremos formar una comunidad. Somos hijos en el Hijo, he ahí la fuerza de nuestro "modus vivendi": vida humana filial y fraterna.

No podemos amar a Dios en solitario y abstracto. Nuestra consagración nos lleva a comprometernos en amistades generosas y gratuitas, sin repliegues sobre sí mismas, sin miedos; capaces de vivir en sencillez y humildad la grandeza y los riesgos de los afectos humanos. La comunión es compromiso de vivir lo absoluto del amor en las tareas cotidianas, en las opciones contingentes, en lo particular de cada uno de nuestros carismas.

"La comunidad es, según las conocidas expresiones de la tradición medieval, 'escuela de servicio al Señor' y 'escuela de caridad'. Es, pues, una comunidad de discípulos y apóstoles en continua formación para crecer juntos en Cristo a través de la comunicación y el empeño, animado siempre por la recíproca caridad". (I.L.58).

Nuestro amor es un amor de faternidad en una vida de libertad y realización, en la claridad de nuestras opciones, en la transparencia de nuestro obrar y en la felicidad de nuestra vida. Unidos en el amor fraterno desde el hoy de lo perecedero a lo permanente del mañana nos comprometemos a ser y hacer comunidades que anuncian la venida del reino.

LOS VOTOS SIGNOS DE COMUNIÓN "AD INTRA" Y "AD EXTRA" DE LA VIDA CONSAGRADA

Nuestra vida consagrada encuentra su esencia en el seguimiento radical de Jesús, nuestros votos son un modo de vivir, un modo de relacionarnos con los demás y con el mundo.

---

[1] "La comunidad religiosa sea cual sea la forma concreta que asume, según la diversa índole y finalidad del instituto, para una auténtica renovación no puede nunca prescindir de los siguientes elementos: ser el lugar en que –en la oración personal o común, según la espiritualidad propia del instituto– puede madurar la experiencia de Dios de cada miembro y comunicarla a los otros; ser el lugar de la maduración y de la puesta en práctica del amor recíproco, donde libertad y solidaridad no se presentan como dicotómicas, sino como recíprocamente implicadas, en virtud de una inserción eficaz en el misterio pascual; (...)." (I.L.58).



"Los consejos evangélicos, aunque tienen una dimensión estrechamente personal, adquieren su auténtico dinamismo divino y humano en la comunión: la castidad como madurez de las relaciones interpersonales, la pobreza como compartir los bienes espirituales y materiales, la obediencia en la libertad como convergencia y unidad de las intenciones y de las obras, bajo la guía de la autoridad, ejercitando el dialogo y el discernimiento comunitario en aquello que es para la mayor gloria de Dios." (I.L. 56).

Fundamentados en la relación íntima con Jesús

La vocación a la vida consagrada es un llamado, una invitación de amor. Somos convocados por Jesús y podemos libremente aceptarle o rechazarle. Hoy, quien nos sigue llamando es Jesucristo, nuestra vocación a la vida consagrada y en ella nuestros votos son un carisma, un don del Espíritu[2]. Es así, como nuestra vocación es ante todo relación personal de amistad con el Señor, en relación con Aquel a quien queremos y por quien nos sentimos profunda y personalmente amados.

"En su esencia el don de los consejos consiste en la participación en la específica virginidad, pobreza y obediencia de Cristo, o sea en una especial conformación con Cristo casto, pobre y obediente, y en la introducción de su modo personal de vivir y de obrar." (I.L.51).

Es seguimiento de Jesús pobre, como modo de situarnos con Cristo ante Dios, lo que hace realidad el sentirnos pobres ante Dios, el sentirnos pobres materialmente y sentirnos pobres con los pobres. El criterio último indicador de nuestra virginidad y celibato es el habernos dejado seducir por Jesús, abiertos a la vida en el amor desde el amor. Nuestra vida religiosa es esencialmente un seguimiento comunitario de Jesús, nuestra obediencia antes que nada es a Dios, saber escucharle y ser dóciles a su palabra[3].

Manifestados en la dinamicidad del signo profético

La proclamación de nuestros votos ante la comunidad, la iglesia y el mundo significa compromiso de fidelidad al llamado del Señor y compromiso con los her-

---

[2] "La vida consagrada es una respuesta de amor a la vocación divina que comporta una particular elección a vivir el seguimiento en total adhesión a Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo en la consagración y en la misión." (I.L.47).

[3] "La expresión más plena de la consagración va referida a la asunción de la naturaleza humana por parte de la Persona divina del Verbo e invita a una respuesta semejante a la de Jesús: una dedicación de sí mismo a Dios, según un modo que solo El hace posible y que da testimonio de su santidad y de su ser absoluto. Una tal consagración es un don de Dios, una gracia libremente otorgada." (I.L.49).

manos para que vivan su entrega en plenitud. Nos hacemos responsables de la vocación de nuestros hermanos[4].

Nuestros votos son para el mundo de hoy un signo, un testimonio viviente profundamente evangelizador, se trata de ser proclamadores del Evangelio con hechos vitales de amor más que con palabras.

Ante una realidad actual de un amor erótico, hedonista y explotador, nuestros votos, –una vocación al amor– son signo eficaces de camino para elevar a otros a Cristo.

He ahí la dinámica de la vivencia de los votos: el estar unidos y entregados a Cristo y a su misión con corazón pleno, libre e indiviso gracias a los votos de pobreza, castidad y obediencia nos hace participar de su propia libertad y de estar al servicio de cuantos nos necesitan, haciéndonos hombres (varones y mujeres) para los demás en comunión con todos.

Tal es el costo de nuestro discipulado: renuncia, soledad de corazón y gratuidad desinteresada, signos proféticos de alegrías profundas, fecundas soledades y sincera probreza evangélica.

Generadores de Reino

Los votos son una afirmación de amor a los demás, son los bienes a los que renunciamos para solidarizarnos con los desposeídos. No naciendo de un esfuerzo voluntarístico, ellos son gracia, regalo de Dios, para aquellos que ha llamado. Regalo para el mundo y el cuerpo eclesial en cuanto nos van integrando a diversas instancias de la Iglesia; desde la experiencia de los votos descubrimos "la justicia que brota de la fe" (Rm. 9,30). Don que va generando una conversión capaz de hacer surgir una humanidad nueva que aliente y acerque el reinado de Dios.

"La elección de la castidad, pobreza y obediencia, expresa la voluntad de tomar parte en la actitud sacrificial de Cristo y en la gloria de su resurrección." (I.L.55).

Es así como los votos y su experiencia se presentan ante el mundo en su dimensión proyectiva de futuro, ellos son signos del reino y a su vez una tarea apostólica por su construcción. Los votos reivindican la causa de Dios: el reino, he ahí el programa de las bienaventuranzas.

---

[4] "El compromiso que el llamado toma de hacer de los consejos el contenido de su vida, antes que una obligación y un sacrificio, es la confesión gozosa de que la oferta recibida para participar y proseguir el mismo proyecto de vida del Señor es un don tan grande que para acogerlo y conservarlo, no se puede sino comprometer toda la existencia. El voto es restitución incondicionada de sí mismo a Dios y, al mismo tiempo, ofrenda de sí, precisamente porque es aceptación de un don." (I.L.51).

"Las personas consagradas proclaman que, más allá de cualquier bien creado, sólo Dios es el único bien adecuado a la persona y que sólo en El se puede alcanzar la plenitud de la bienaventuranza. Los religiosos por su estado, dan preclaro y eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas." (I.L.55).

DESDE LA INSERCIÓN EN LA IGLESIA PARTICULAR A LA SOLIDARIDAD POR LA IGLESIA UNIVERSAL: DINÁMICA DE COMUNIÓN

Como respuesta al llamado de Dios la vida consagrada quiere afectarse más en Cristo Jesús. El seguimiento a Jesús pobre y humilde en fidelidad le ha llevado a insertarse entre los pobres de la tierra. Hoy es un hecho que los religiosos se encuentran en zonas marginadas y difíciles, en territorios de misiones, entre indígenas, en labor de silencio, en actitud humilde. Tal opción por la inserción no supone exclusión de nadie, sí una presencia y acercamiento de la iglesia universal al mundo de lo pequeño y de los pequeños y viceversa; relacionalidad centrípeta y centrífuga de solidaridad.

Inspirada en el Espíritu Santo

"La caridad es el principio inspirador de las relaciones de los Institutos de vida consagrada con el Papa, los obispos y los otros miembros del pueblo de Dios, de modo que en su concordia se manifieste lo que la iglesia es: la comunión en el Hijo entre los hijos del único Padre, por obra del Espíritu." (I.L.67).

La comunión es inseparable de nuestro seguimiento de Jesús, la experiencia del amor de Dios en Jesucristo, la acción del Espíritu es la que nos permite comprender la realidad de este testimonio.

"El seguimiento discipular, que trata de imitar a Cristo y vivir en particular alguna de sus palabras, ha aparecido poco a poco, bajo el influjo del Espíritu Santo, como un Evangelio desplegado en el tiempo y en el espacio, un majestuoso Cristo hecho presente en la Iglesia a través de los carismas de los santos." (I.L.43).

La acción del Espíritu es incondicional, se da a pesar de nuestra iniquidad, es una experiencia de gratuidad profunda e íntima que exige amar de igual manera, nuestro amor ha de ser gratuito e incondicional.

Se trata de ir más allá de toda frontera, de amar más allá de todo defecto e imperfección, odio y rencor, ofensa y división. La comunión de los consagrados va más allá de hacer al otro prójimo ella exige, desde el amor gratuito e incondicional, hacer del prójimo un hermano, ella es signo efectivo de nuestro discipulado como lo ha de ser de todo cristiano (Jn. 13,34-35).

La iglesia inspirada en la presencia del Espíritu se hace gracias a él iglesia de comunión, en ella la vida consagrada ha de ser signo profético de unidad, solidaridad y culto.

Edificada en la sacramentalidad eclesial

La comunión que se construye desde la fe y la caridad, nacida de la donación de sí mismo se basa en la unidad profunda que pasa en ocasiones por el conflicto y lo supera[5].

La comunión se articula en torno a la persona del Señor, de su actuar y su misión. Don y gracia en función del reino que el Espíritu da a la iglesia particularmente a través del ministerio de los obispos para la comunión en el seguimiento de Jesucristo.

"La reflexión eclesiológica postconciliar ha llevado a una renovada conciencia de que todos los componentes del tejido eclesial están llamados a trabajar juntos para la edificación del único Cuerpo de Cristo. Por una parte los miembros de los Institutos de vida consagrada, en conformidad con su propio carisma, han sido inducidos a dar mayor valor a la iglesia particular, buscando un modo propio de presencia activa en ella; por otra parte, los obispos, respetando la justa autonomía de vida y de gobierno de los institutos, han hecho a menudo un esfuerzo en aras de una mayor planificación común." (I.L.73).

La comunión con los pastores de la iglesia se ordena así a la comunión más plena con Jesucristo la cual conlleva una exigencia humilde en el ejercicio de la autoridad. Don de unidad que está al servicio de la comunión en el seguimiento de Jesús.

Es así como se subraya la unidad de la iglesia: como comunión con los pastores y exigida en ser alimentada por la caridad. "Todo sería algo vacío e ineficaz para construir la comunión eclesial de modo orgánico, si no estuviese animado por la caridad, que efectivamente se manifiesta en el respeto y aprecio recíproco, según la naturaleza y función de cada cual en la iglesia. Así, la observancia de las leyes, para ser constructiva, debe surgir de la exigencia interior de la caridad." (I.L.76).

---

[5] "El rol profético de los consagrados no puede interpretarse como tal vez afirman algunos, en contrapsoción al Papa y a los obispos, sino como testimonio sincero de los valores evangélicos, entre los cuales está el de la sumisión en la fe y en el amor a aquel a quien el Espíritu Santo ha puesto como guía del pueblo de Dios. Las dificultades que a veces surgen deben superarse con la búsqueda común de todos los medios útiles para un diálogo sincero en la caridad aspirando siempre al bien de la Iglesia." (I.L.72).

Encarnada en el discernimiento

Buscar y hallar la voluntad de Dios es tarea y exigencia de todo seguidor de Jesús. El discernimiento es una oración de búsqueda del designio de Dios en el aquí y ahora de nuestra historia.

Esta toma de conciencia de lo que hemos de hacer y de cómo hacerlo en nuestra vida consagrada es un proceso comunitario que conlleva como condición de posibilidad una vida de oración (saber escuchar el Espíritu), actitudes de disponibilidad e indiferencia (sumisión personal a la acción del Espíritu) y generosidad en el compartir (asumir las determinaciones del Espíritu).

Es así como la comunión ha de ser materia de discernimiento. La comunidad religiosa fraterna sólo sentirá el deber de difundir este clima de comunión si no hace caso omiso a los signos de los tiempos y se empeña infatigablemente a encarnarlo teniendo en cuenta lugares, tiempos y personas.

Para que las relaciones entre obispos y consagrados sean estructuras de comunión eclesial es necesario fundamentarlas en el discernimiento en el reconocimiento recíproco de la misión y servicio de cada uno, de su identidad y de la fidelidad al obrar de Dios.

"Las relaciones recíprocas en la Iglesia deben verse siempre a la luz de su misterio de comunión y misión. Eso permite expresar una real comunión y participación a tres niveles: Ante todo a nivel teologal, en cuanto la comunión en la iglesia esta fundada sobre diversos ministerios y carismas, cuyo ejercicio exige siempre actitudes de fe común, de esperanza y de recíproca caridad. A nivel eclesial, porque en la unidad de la comunión se expresa el sentido evangélico de la fraternidad y del servicio. Finalmente, a nivel pastoral, por el hecho de que una relación auténtica entre los pastores, los fieles y las personas consagradas en la Iglesia debe plantearse al nivel de recíproca estima, respeto y aceptación de la diversidad de los dones y de las tareas; pero todos puestos al servicio de testimoniar la obra de Dios y de la salvación de las almas, que es la suprema ley de la Iglesia." (I.L.85).

LA PRÁCTICA DE LA TERNURA TESTIMONIO EN NUESTRA VIDA CONSAGRADA DE LA MISERICORDIA DE DIOS PADRE

La ternura de Dios Padre se nos da a conocer por medio de Jesús. Nuestro Dios no es otro que el Dios de Jesús, somos hijos en el Hijo, de ahí nuestra relación de filiación con Dios, El es nuestro Padre. Querer hoy aproximarnos a la ternura de Dios nos exige dar una mirada a su Hijo; sus hechos y palabras, sus dichos y acciones, su manera de relacionarse consigo mismo, con los otros y con el mundo transparentan la ternura de Dios que hemos de descubrir.

La ternura de nuestro Dios se hace realidad constante, en él la ternura es expresión elocuente de su ser. Sin embargo, se nos ha dificultado poder captar la ternura de Dios dada nuestra situación que no en pocos casos se hace adversa a la ternura sino opuesta a ella. Nuestros sentidos no perciben la ternura porque se han acostumbrado a la violencia, nuestro corazón no capta la ternura lo ha enceguecido el odio y la venganza, nuestra inteligencia no quiere saber de la ternura y nuestra voluntad dejándose llevar por los vientos de turno cual veleta se distancia de ella.

JESÚS MANIFESTACIÓN DE LA TERNURA DE DIOS, DESDE LA ACOGIDA, LA ACEPTACIÓN Y EL RECONOCIMIENTO

Gestos elocuentes de ternura son aquellos que transmiten acogida, aceptación, reconocimiento al otro. El encuentro de toda persona con Jesús ponía en evidencia la ternura de Dios. Todos los evangelistas testifican estas actitudes de Jesús. Quien llega a él se siente acogido, aceptado y reconocido desde lo que es. Se trata de la disposición no sólo corporal sino anímica y espiritual.

La acogida es expresión de ternura al tomar la delantera en el encuentro: «Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo: –Zaqueo baja enseguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa». Lc. 19,5 La invitación debiera partir de Zaqueo, sin embargo, la actitud de acogida de Jesús lo abraza y lo desborda; con su mirada, sus palabras y acciones Jesús lo ha acogido.

La aceptación se hace ternura al asumir al otro como es y no como queremos que sea. Ejemplo claro de ello nos presenta Jesús en aquella cena en casa de Simón, el fariseo (Lc. 7,36-50). El sabía quien era y que clase de mujer la que lo estaba tocando: una pecadora y la acepta plenamente; y de igual manera sabía quien era y que clase de hombre su anfitrión por ello mirándole a los ojos le dice: «Simón, tengo algo que decirte. Un prestamista tenía dos deudores... ¿Cuál de los dos estará más agradecido?».

El reconocimiento es la gratuidad del agradecimiento propia de quien practica la ternura. La mirada desinteresada que logra percibir el donarse del otro. Muchas personas daban su donativo en el cepillo del templo, sin embargo, la ternura de quien reconoce agradecido al otro es la que lleva que Jesús constate: «-Esa viuda, que es pobre, ha echado más que nadie, os lo aseguro, porque todos esos han echado como donativo de lo que les sobra, mientras ella ha echado de lo que hace falta, todo lo que tenía para vivir». Lc. 21,1-4.

La ternura en Jesús se manifiesta realmente en actitudes de acogida, aceptación y reconocimiento del otro.

JESÚS VIVENCIA DE LA TERNURA DE DIOS, DESDE EL SEGUIMIENTO, EL COMPROMISO Y EL TESTIMONIO

La mirada de Jesús transparenta la ternura de Dios Padre. Ternura con sabor a seguimiento, compromiso y testimonio. Una mirada que penetra el corazón del hombre descubriendo allí la verdad de lo que se es y de lo que se tiene.

> *"Más tarde, al salir, vio un recaudador de los impuestos, y le dijo: –Sígueme».*
> Lc. 5,27

Seguimos a Jesús, él nos ha llamado luego de haber mirado desde la ternura de Dios Padre nuestro corazón. La invitación a seguirle ha sido precedida por una mirada tierna de quien sabe que lo importante está allí en el corazón del hombre. El seguimiento es respuesta a una llamada desde la ternura del amor de Dios.

Al terminar la parábola del buen samaritano Jesús pregunta a su interlocutor: «¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos? El letrado contestó: –El que tuvo compasión de él. Jesús le dijo: –Pues anda, haz tu lo mismo». Lc. 10, 36. He ahí el compromiso que surge de la mirada tierna de Dios, meter el hombro en favor de la vida, colocarnos la camiseta de quien nos necesita, comprometernos a la radicalidad en el amor. Hacer nuestra la causa de Jesús sólo es posible si experimentamos desde él la ternura del amor de Dios.

«¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven! Porque les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ven ustedes y no lo vieron, y oír lo que oyen ustedes y no lo oyeron.» Lc. 10,24. Al actualizar estas palabras desde nuestro llamado constatamos la ternura de Dios que llega a nosotros de muchas maneras, nos sentimos regalados por su amor tan grande que llevó a fijarse en nosotros, nos sentimos consentidos de Dios. Y desde allí hemos de ser testimonio de lo que hemos visto y oído, el ser dichosos nos lleva a transmitir de palabra y de obra esa bienaventuranza: ser testigos de la ternura de Dios.

ACTUALIZACIÓN DE LA TERNURA DE DIOS DESDE NUESTRA VIDA CONSAGRADA

Nuestra mirada se posa en la parábola del buen samaritano, quisiera volver sobre ella para que desde una relectura pudiéramos distinguir como la ternura de Dios Padre se actualiza hoy para nosotros como consagrados en criterios, valores, actitudes y comportamientos.

El criterio: la espiritualidad, nuestra vida interior

Hemos dejado de ser tiernos porque hemos dejado de encontrarnos con Dios. Muchos de nuestros proyectos y planeaciones no se realizan o se hacen a medias

o adquieren resultados satisfactorios meramente cuantificables porque no han pasado por el corazón.

Hoy como ayer pasamos de largo, damos un rodeo, estamos de prisa, nos preocupan otros intereses. No tenemos el tiempo ni el lugar no porque carezcamos de ellos, sino hemos perdido la sensibilidad propia de la ternura al dejar de encontrarnos con Dios. Sin vida interior no podrá existir en nosotros el espacio para la ternura. Nuestra espiritualidad se levanta así como condición de posibilidad; la vida de oración, el encuentro con Dios es fuente de la cual mana la misericordia de Dios.

La vivencia de la misericordia de Dios exige de nuestra parte una real disponibilidad para encontrarnos con él. La elocuencia de la ternura de Dios Padre se manifiesta en la oración. Es en el encuentro íntimo con Dios donde experimentamos como él toma nuestras vidas haciendo suyo nuestro dolor y sufrimiento. Es allí, en la intimidad de la relación donde vamos sintiendo como nuestro peso es su peso, nuestra angustia es su angustia. Proceso del amor que adquiere determinadas especificaciones: nuestro Padre asume mi vida desde mí mismo, cuenta con mi debilidad y mis heridas haciéndose débil y herido como yo. Mis debilidades son sus debilidades, mis heridas son sus heridas.

El valor: el silencio, nuestra elocuente entrega

Hemos dejado de ser tiernos porque hemos abandonado el silencio. Nos hemos dejado seducir por el ritmo ensordecedor del activismo, el ruido propio de la lógica del mundo, el «bum» de la moda, el show encantador de la manipulación en el aparecer y ser tenidos en cuenta; la musicalidad del vano honor del mundo nos ha cautivado.

Hoy como ayer, andamos inquietos y nerviosos con tantas cosas y sólo una es necesaria (Cf. Lc. 10,41). El silencio, que es algo más que callarnos, nos coloca más allá de las palabras en el mismo origen de ellas, en el mismo silencio de Dios donde brota la Palabra.

El silencio habla de ternura porque desde él se establece una relación directa y sin intermediarios con Dios Padre. Sólo los ojos del corazón pueden leer las imágenes del silencio, sólo los oídos del corazón escuchan las frases del silencio, cuando el silencio habla nuestra vida se transforma. Allí en la autenticidad, profundidad y libertad el silencio transmite ternura porque viene de la ternura infinita. Sólo en el silencio escuchamos el lenguaje del corazón que es el lenguaje de Dios. El silencio nos conduce a una experiencia de soledad en donde al situarnos ante nosotros mismos en la desnudez de nuestra realidad descubrimos la riqueza de vivir el pleno sentido de la ternura de Dios.

La actitud: la compasión, nuestra real solidaridad

Hemos dejado de ser tiernos porque le hemos dado la espalda a la compasión. Nos hemos vuelto insensibles ante el dolor de nuestros hermanos, nos hemos acostumbrado de tal manera a las situaciones adversas, contrarias y de conflicto que hemos generado mecanismos propios de rechazo en donde el sufrimiento no nos hace ningún tipo de interpelación.

Hoy como ayer muchos de nuestros hermanos siguen siendo asaltados, desnudados, molidos a palos quedando medio muertos por situaciones y acontecimientos diversos e igualmente damos un rodeo y pasamos de largo. Quizás algunos llegan a entristecerse desde su impotencia o a sentir lástima que no va más allá de constatar la agonía y la angustia de quien sufre.

Sentir compasión significa obrar con el corazón ante el dolor y el sufrimiento, acercarnos haciendo nuestros los golpes y las heridas de quien llora. Sentir compasión es acción vital de apasionarnos por el otro hasta hacer nuestro su dolor. Es así como ejercer la misericordia con los demás es demostración concreta de amor. Más allá del sentimiento que se experimenta ante el infortunado, la misericordia propia de Dios en nosotros es acción de solidaridad con el afligido. Ayudar efectivamente en el sentido de responder ante el necesitado con nuestra conducta, tal es la acción misericordiosa del Samaritano (Cf. Lc. 10,25-37).

El comportamiento: la caricia, nuestra praxis afectiva

Hemos dejado de ser tiernos porque le hemos dado la espalda a las caricias. Se nos ha enseñado a desconfiar, a mostrarnos adustos, serios, malgeniados, y ¡Qué bien lo hemos aprendido! Nuestras relaciones se basan en la seriedad, lo aburrido, lo restrictivo y casi siempre lo fúnebre. Nos avergonzamos ante el sentimiento de gozo, ante las sensaciones de placer, gusto y bienestar. Se nos ha maltratado y hemos respondido maltratando, se nos ha despreciado y hemos respondido despreciando, se nos ha odiado y sólo odiamos...

Hoy como ayer agarramos al hermano por el cuello y apretándolo le exigimos que nos pague lo que nos debe (Cf. Mt. 18,28). Disfraces y máscaras para distanciarnos, diplomacias y artificialidades para no asumirnos, respetismos y evasiones para no confrontarnos. Nos hacemos lejanos para no mostrarnos y ocultamos nuestra ternura detrás de comportamientos estereotipados.

Hemos de ser portadores de caricias positivas, caricias adecuadas, caricias que comuniquen estímulo, afecto, cariño, que respondan a las necesidades de quienes comparten nuestra vida. Hemos de ser expresión real de acogida, aceptación y reconocimiento desde nuestra expresión corporal, nuestra forma de hablar, gesticular, comportarnos. ¡Cuánto puede expresar! Una sonrisa, un guiño de ojo, un abrazo, un signo de ánimo, «cuenta conmigo», «estoy contigo»...

Caricias que hacen creíble el amor porque rozan la piel, transmiten visiblemente, comunican por los sentidos.

PEREGRINOS EN COMUNIÓN POR LA VIDA, LA JUSTICIA Y LA PAZ

Toda la fuerza y la acción que se han desplegado alrededor del Año del Jubileo desde su misma preparación, como ahora en su realización y vivencia se ha centrado en la persona de Jesucristo. El énfasis ha sido puesto en la efectividad y calidad a partir de un sano realismo, una tarea que hacer y una respuesta que dar. Sin embargo, tal énfasis hemos de colocarlo también en el creer y esperar a partir de un sueño esperanzador, un don que se nos ha de otorgar, una ilusión cuyo sabor no debemos perder. Si es verdad que la Iglesia ha sido real, práctica, directa, no es menos cierto que sigue apuntando al ideal del reino en la lógica evangélica de lo no productivo para el mundo, en el ir y venir de la búsqueda del mejor camino por donde hemos de seguir.

Tal ha sido el trabajo de numerosas comunidades de Vida Consagada: nos hemos dedicado a actualizar nuestro derecho y orientar nuestra misión para hoy, con la esperanza, que al igual que nuestros fundadores, Dios conservará y llevará adelante esta labor de responder a las exigencias de ser dadores de vida, artífices de justicia y promotores de paz al estilo de Jesucristo quien nos ha llamado. Esta actitud de ponernos en camino, disponernos para responder a nuevos retos y afrontar nuevos desafíos, de ir tras las huellas de Jesús, tiene en el mismo Jesucristo su fundamento, hemos de ser peregrinos con Jesús Peregrino, peregrinos con el Peregrino.

Considero que es Jesús peregrino quien nos ha de acompañar en esta incursión hacia el nuevo milenio. Sólo con él a nuestro lado nos sentiremos llenos de confianza para llevar y dirigir nuestros ministerios en los años que vienen. La capacidad de la juventud de la Vida Consagrada como su disponibilidad y responsabilidad apostólicas de nada servirían si Jesucristo no camina con nosotros, si nosotros no caminamos animados por nuestros fundadores desde la guía radical de la actualización de nuestro derecho y el renovado aprecio por las constituciones. Así, haciendo vida las disposiciones de nuestros capítulos y congregaciones generales conservaremos el carisma de nuestra espiritualidad y seremos respuesta elocuente de amor desde nuestra identidad de consagrados para el mundo de hoy.

Nuestra actitud es la de abrirnos a la acción del Espíritu, dejarnos llevar y conducir desde la dinámica del evangelio. Allí desde la pequeñez de la semilla de mostaza a la grandeza del más tupido de los arbustos, desde lo escondido y oculto de la levadura al aparecer, pregonar y fermentar toda la masa, desde lo estrecho e íntimo a lo abierto y espacioso del corazón. Tal es el derrotero del espíritu, tal es su caminar: de dentro hacia fuera, del «minus» al «magis», del silencio a la palabra.

La Vida Consagrada, que en fidelidad consigo misma, con la iglesia, el mundo y Dios, quiere responder a estos tiempos, sabe que no lo podrá hacer sin un afincarse en el corazón de Jesús, sin dar una mirada a sus orígenes en el corazón de sus fundadores, sin hacer de su corazón un corazón peregrino.

SOLTAR LAS AMARRAS DE UN CORAZÓN ATADO, EL INICIO DE NUESTRA PEREGRINACIÓN

Disponernos para hacer vida la justicia y la paz exige en primera instancia un desinstalarnos, ¿Qué nos está impidiendo ser peregrinos libres como Jesucristo?

En primer lugar, nosotros mismos, cada uno estamos adheridos a nuestro yo que crea aquella red de pequeñas y grandes mezquindades, egoismos, opresiones y menosprecios sobre los demás. Se nos impone un primer éxodo, el de nuestro propio yo, ponernos en camino, descentrarnos para que Cristo ocupe de nuevo el centro de nuestra vocación.

En segundo lugar, nuestra historia. Es tal el peso de los siglos recorridos, de lo que se ha andado, de lo ya conseguido que estamos adheridos a nuestros métodos, tradiciones, resultados. Se nos impone un segundo éxodo, el de nuestra historia, ponernos en camino haciendo a Cristo el único Señor de la historia.

En tercer lugar, nuestro espacio. Nos hemos reducido tanto, que demarcamos límites, subrayamos márgenes, delimitamos campos de acción. Estamos adheridos a nuestros lugares. Se nos impone un tercer éxodo, el de nuestro mundo, ponernos en camino haciendo de nuestras vidas moradas de Cristo y del universo su habitat.

Hemos hecho de nuestro yo un ídolo, de nuestra época la única, y convertido nuestra casa en un fortín inexpugnable. Jesucristo peregrino nos invita a salir de nuestro yo, a responder a los signos de los tiempos y a abrazar el universo.

SÓLO SEREMOS PEREGRINOS EN LA MEDIDA DE NUESTRA CONVERSIÓN

Dejarnos conducir por el espíritu de nuestros fundadores nos lleva a preguntarnos lo que hemos hecho, estamos haciendo y debemos hacer por Cristo. Tal es la experiencia de liberación que promueven los ejercicios espirituales: quitar las afecciones desordenadas, dejándonos transformar por Cristo reconociendo cómo el corazón de cada uno y de la Comunidad está entrecruzado de estructuras de gracia y de pecado. Es en los ejercicios espirituales donde cada consagrado se reconoce pecador en ocasiones protagónico, en otras cómplice y en algunas beneficiario de las injusticias del mundo. Y a su vez llamado a servir al Rey Eterno en el seguimiento del Jesús histórico en la tarea de construir el reino.

El que los ejercicios espirituales logren su objetivo de cambiarnos depende de la manera como hemos de vivirlos. De la mano de Jesús peregrino que nos lleve no sólo a sentirnos y reconocernos pecadores sino perdonados y amados por Dios, que nos lleve no sólo a sentirnos y reconocernos discípulos de Cristo, sino sus amigos, llamados a trabajar en la viña y a sufrir con él, gastándonos y desgastándonos hasta dar la vida.

La conversión propuesta en los ejercicios espirituales es una verdadera peregrinación. La problemática del pecado no termina en la confesión sacramental de su reconocimiento, –por ello hemos de ir más allá de confesar que el ser consagrado no nos excusa de reconocernos pecadores–; más aún no termina en el agradecimiento por sentirnos perdonados sino por el paso, el peregrinar de sentir que aquel Cristo que había muerto a causa de nuestro pecado nos invita ahora en la conversión a preguntarnos ¿Qué debo hacer por Cristo? Hemos de hablar con Cristo sobre lo que vamos a hacer, de cómo vamos a historizar nuestra existencia.

¿Qué hemos hecho para que el mundo esté crucificado? ¿Qué hacemos ante sus cruces? y ¿Qué vamos a hacer para bajarlo de la cruz? En la respuesta a estas preguntas se expresa una profunda conversión que nos lleva del pecado a la misericordia, desde la cruda realidad del mal a la victoriosa realidad del amor misericordioso. Peregrinar del pecado a su liberación.

LA ORACIÓN NUESTRO SUSTENTO EN LA PEREGRINACIÓN

Lo que acompañó siempre a Jesús fue su oración, espacios interiores donde Dios le hablaba y se revelaba. De ahí, de la unión con Dios, de esa escucha continua de su voluntad, se entrega sin reservas al servicio de Dios Padre. Tal ha sido la pedagogía de la experiencia de Dios en los ejercicios espirituales. Tiempos y espacios privilegiados para orar con Cristo como un amigo habla a otro amigo para aprender de este encuentro cómo ser un servidor de su misión. El deseo de actualizar nuestros carismas, como el resultado de nuestros capítulos y congregaciones generales, no podrá hacerse vida si no se lleva a la oración. No es suficiente leerlo, estudiarlo, hacerlo materia de simposios y debates, ante todo tiene que ser objeto de nuestro encuentro personal e íntimo con el Señor.

Como Jesús Peregrino ayer, nosotros hoy hemos de acoger plenamente la gracia que Dios nos ofrece, estamos llamados a vivir este don gratuito de Dios: su confianza. Abandonarnos en él, centrarnos en él, entregarnos en total liberalidad y generosidad.

Gratuidad en el don y gratuidad en la respuesta, todo proviene de Dios y es recibido de él, la gracia propia de la vocación del consagrado es dejarse seducir y conducir por aquel Jesús en quien piensa, a quien ama y a quien intenta seguir: Jesús pobre y humilde.

Es allí ante él y con él, en coloquios de profunda intimidad, donde cada uno de nosotros iremos descubriendo las acciones concretas en donde se han de encarnar y plasmar los decretos de los capítulos y congregaciones e igual que nuestros fundadores pasar de la contemplación a la acción y hacer de la acción una contemplación. Pues la comunión contemplativa con Dios en Cristo Jesús gracias a la fuerza del Espíritu nos hace disponibles a su acción.

Debemos tener el coraje de hacer la concreción del futuro que la Congregación ha configurado. Hacerlo no nace de un esfuerzo voluntarístico, ni de arrebatos de heroicismo, es un don y como tal se tiene que pedir humildemente.

¡Basta de excusas!, necesitamos orar y actuar, religiosos verdaderamente contemplativos y activos, hombres y mujeres de oración y de acción.

PEREGRINOS NECESITADOS DE LA AYUDA DE LOS OTROS

Numerosas fueron las personas, que brindaron su hospitalidad a nuestros fundadores, allí en los momentos primigenios de nuestra gestación como comunidad consagrada. No faltaron hombres de Dios, varones y mujeres, que a lo largo de su peregrinar les ofrecieron una mano, un auxilio, una ayuda gratuita y desinteresada. Hombres y mujeres de iglesia, de estado y de leyes; hombres y mujeres sencillos, pobres y humildes; hombres y mujeres de abolengo, honra y nobleza; hombres y mujeres espirituales, confesores y clérigos; casados, viudas y jóvenes; médicos, profesores y estudiantes... Nuestros fundadores aprenden a ser ayudados por sus contemporáneos.

La realización de una vida donde se haga presente la justicia y la paz será un hecho si nos comprometemos consciente y responsablemente al servicio y realización de la misión de la iglesia siendo hombres y mujeres para los demás, hombres y mujeres con los otros. He aquí aquel doble movimiento propio de nuestra identidad de consagrados que hemos de ejercitar: cooperadores en la construcción del Reino queriendo escuchar y aprender con humildad y a la vez sabiendo compartir y entregar con generosidad.

Sólo así emprenderemos nuestra peregrinación hacia el nuevo milenio sin autosuficiencias ni odiosas distinciones, sin recelos ni ficticias superioridades, sin falsas humildades ni heroicos triunfalismos, aprendiendo a ser ayudados, dejándonos acompañar por tantos y cualificados laicos, hombres y mujeres de buena voluntad que ofrecen sus trabajos para la realización de la misión de la Iglesia.

Con todo, es «ad intra» de la comunidad, como hermanos y hermanas, amigos y amigas en el Señor donde encontraremos en el dialogo abierto, en el intercambio sincero, en el sabernos escuchar, la ayuda y el apoyo en un animarnos y estimularnos mutuamente a poner por obra lo que tan bellamente ha quedado impreso en nuestros capítulos y congregaciones.

Hemos de responder desde nuestra propia identidad a la contribución específica que como consagrados estamos llamados a ofrecer a la nueva evangelización en los comienzos del tercer milenio. Evangelizar es anunciar el Mensaje: Jesucristo, la nueva evangelización no es evangelizar de nuevo, «otra vez» sino transparentar hoy el Mensaje desde un nuevo sujeto evangelizador, tal es nuestra misión, ser para el mundo de hoy, signo, testimonio profundamente evangelizor, desde la opción preferencial por los pobres. Ante una realidad como la nuestra ello significa ser dadores de vida, artífices de justicia y constructores de paz.

PEREGRINOS DADORES DE VIDA DESDE LA MISERICORDIA DE DIOS

La experiencia de Dios a lo largo de la historia del pueblo de Israel se va concretizando progresivamente en un Dios misericordioso. Por misericordia Jesús les enseña largamente, y por misericordia los alimentará hasta dejarlos satisfechos; esta actitud de Dios encarnado no es ocasional: es la actitud fundamental de Jesús, es la actitud más significativa por la cual Dios se revela y entrega a los hombres.

La misericordia es el amor actuante y eficaz que busca liberar a los otros de sus necesidades y miserias. Dios es Dios de misericordia porque entró en la historia para liberar totalmente a los hombres de todas sus miserias incluido el pecado y la muerte. Ese es el reino de Dios. Jesús es la encarnación de este reino de misericordia. Su misericordia es el motor de su misión. Es su manera de amar al hombre[6].

Es así, como Israel primero y la primigenia comunidad cristiana después experimentan históricamente a Dios como una presencia actuante en su vida. El Dios de la vida que se inserta, se hace historia, se abajó para liberar a los hombres, comunicándoles vida en plenitud.

Jesús al revelarse como sacramento de ese Amor-Misericordia del Padre, no realiza otra acción que la encarnación, la inserción concreta en el mundo de los pobres, hecho uno de ellos en total solidaridad con su valor. Cuando un hombre siente dolor por causa de la indigencia ajena, ese dolor es divino. Si es una característica divina, se podría llamar un carisma, si es carisma es regalable, y si es

---

[6] El término **Misericordia** es el término más denso que hay en la totalidad de la Biblia. Supuesta una historia de sentido en el verbo Eleomai (a partir de los LXX) muy usado a partir del siglo VIII a.C. hacia acá, desde Oseas. El Antiguo Testamento habla del tiempo de **Misericordia**: tiempo en el cual Dios hace todo lo que sabe hacer con Israel, todas las experiencias que han tenido de Yahvé "**mise-ricordia es el amor típico de Dios que se inclina sobre el débil para levantarlo**" (Guamar, O.P. Sal.19). Jesús es la **Misericordia** de Dios que llegó y toca la carne de los seres humanos, toque de Dios en la terrenidad, en esta situación temporal, su objetivo es la temporalidad del hombre. El amor típico de Dios es un amor que se agacha, que se humilla. Agachándose sobre el débil, el amor de Dios se expresa fundamentalmente con quienes más lo necesitan: los débiles; servicio a la creatura, aquella más necesitada de servicio creatural.

regalable es pedible. El sentir dolor por el dolor ajeno parece ser la motivación profunda que Jesús tiene para entregarse a los más débiles. No se es solidario con el dolor ajeno, sino en la medida que se siente dolor por el dolor ajeno, no a fuerza de razonamientos, sino de lo nuestro, sentir con el corazón.

Es así como hoy ante esta realidad de muerte nosotros los consagrados hemos de optar por ser dadores de vida desde el amor misericordioso de Dios.

PEREGRINOS ARTÍFICES DE JUSTICIA ACTUALIZACIÓN PROFÉTICA DEL ACTUAR DE DIOS

La justicia es expresión de las relaciones del hombre con los demás. En primer término, nos situamos ante el otro, ante el prójimo. La historia ha comprobado que no es tarea fácil el reconocimiento de quién es mi prójimo, pues lo hemos reducido a aquel que es próximo a mí sea por criterios de sangre, raza, cultura o creencia. En segundo término, también hemos reducido el hombre al tomarlo aisladamente, dividiéndolo bajo carácteres que hacen mayor énfasis en las partes que en el todo, en presentaciones dicotómicas como cuerpo-alma, espíritu-materia, fe-razón, etc. Prójimo es todo hombre, comprende toda la especie, implica toda la comunidad de naturaleza, de origen y de destino. A su vez, es el hombre en su totalidad, como un "todo", un ser personal con existencia y finalidad propias. El hombre así entendido, tanto en su universalidad como en su totalidad es el fundamento de la justicia.

Creemos que tal como aparece en las encíclicas sociales de la iglesia, la justicia social considerando a los hombres como miembros de un organismo, partícipes activos de la sociedad, busca su organización y funcionamiento. Es decir, la justicia social se funda en el aspecto orgánico de la sociedad tratando de lograr el bien común del ser social. Por tanto, comporta un doble aspecto: legal[7] y distributivo[8].

La justicia social no es una nueva especie de virtud y aunque implica la justicia legal y distributiva no se puede reducir solamente a ellas. La justicia social comporta un nuevo espíritu, una dinámica nueva fundada en la igualdad, la dignidad de la persona humana y el bien común; suministrando criterios éticos a la organización social, política y económica.

---

[7] La justicia social exige la intervención de la ley positiva, inspirando una legislación social que ha de buscar el bien común, subordinando lo económico a lo social. Lo económico ha de estar al servicio del bien común.

[8] La justicia social exige una justa distribución de los bienes económicos buscando salvaguardar la libertad y la dignidad de la persona humana. Oponiéndose a todo totalitarismo, hace que el bien común no se convierta en fin, sino sea siempre medio para lograr el bienestar de los ciudadanos. El bien común ha de estar al servicio de la persona.

Existe, pues, una relación íntima entre la justicia a realizar entre los hombres y la justicia de Dios. Así, aunque se hable muy clara y directamente de justicia interhumana, las encíclicas, no proponen un objetivo simplemente profano, ellas apuntan a la "perfecta justicia del Evangelio". Por ello, al descubrir la vinculación existente entre la justicia y la caridad es cuando se comienza a iluminar la relación de la justicia con la fe. En otros términos, la práctica de la justicia que la caridad exige nos lleva a la fe, a la vez que es requerida por ésta.

Los consagrados, llamados a vivir según el espíritu de las bienaventuranzas, son artífices de la justicia cuando actuan en favor de ella al hacerse del lado del pobre, el que sufre y los que lloran.

La justicia ha de partir de la situación existencial de la persona en su realidad concreta. Ni tan laxa que deje indefenso al débil ni tan exigente que se convierta en dogal para todos. La justicia puede garantizar toda equidad, pero a su vez ser aplicada despiadadamente. Es así como la justicia no es suficiente por sí misma, ella puede llevar a su propia negación o aniquilamiento.

La vida consagrada se encuentra con frecuencia ante la confluencia de valores y de actividades que promueven la dignidad de la persona humana, la orientación del espíritu de pobreza, la cooperación al bien común, la voluntad de paz, pero también el reconocimiento de los valores supremos y sobre todo de la fe de los cuales Dios es fuente y meta.

La justicia de Cristo va más allá de la ley, está impulsada por la caridad. Superando el «a todos por igual» y el «a cada uno según sus méritos» realiza el criterio verdaderamente humano y cristiano: «a cada uno según sus necesidades».

Tal es la justicia superior, la caridad cuya atención por los pobres, los pequeños y los oprimidos es preferencial.Cuando se afirma que la caridad es una justicia superior se llega a la perspectiva de la justicia divina, a la caridad y misericordia que llega a lo hondo del hombre, a su dolor, a su necesidad y a su impotencia.

Hemos de estar siempre atentos a no desfallecer en la caridad, con nuestra oración y con nuestro apostolado podremos contagiar al mundo, pues «al crecer cada vez más la **iniquidad**, la **caridad** de la mayoría se enfriará» (Mt. 24,12).

PEREGRINOS PROMOTORES DE PAZ LEGADO DEL ESPÍRITU A NUESTROS CORAZONES

La paz que nace del corazón es don del Espíritu.

La paz responde a vivir ese deseo de Dios para con la humanidad. Cómo desarrollar y hacer realidad ese deseo sino es dejando actuar al Espíritu del Señor en nosotros. Es decir, cómo desarrollar una vida interior profunda constructora de



paz, que nos impida caer en los artificios del odio y de la guerra sino es desde la conciencia interior, desde la vida interior, esa vida en el Espíritu que surge del corazón. La paz brota del interior como legado del Espíritu. Se trata de buscar y en todo hallar la voluntad de Dios, de captar la densidad del presente y de la vida cotidiana, de tal manera que sean espacios de crecimiento en la vida interior. Dejar a Dios ser Dios en mí y en nosotros, muy a partir de la cotidianidad.

Por ello, hemos de vivir la vida desde el corazón. No podemos reducir la vida a una simple acomodación a lo institucional, al «statu quo», a lo dado, lo fijo, lo que otros han hecho costumbre y realidad; hemos de llegar al corazón de las normas, de lo cotidiano, de la realidad de nuestra historia. Se debe ayudar a tomar conciencia que las prioridades se dan y se juegan en el corazón, es decir en la vida afectiva que pasa por la vida emocional es desde allí donde se construye la paz, donde empieza a gestarse en el tejido de lo político, social, económico, religioso y cultural.

El Espíritu es portador de la paz como experiencia nueva, aquella que nos hace «hombres nuevos», varones y mujeres convertidos, hemos vuelto a nacer, hemos vuelto de la muerte a la vida, del odio al amor, del temor a la confianza, del rencor y la venganza al perdón y a la reconciliación. El Espíritu abre nuestro corazón con especial acogida a la paz que viene del Resucitado. Aquella que nos lleva del ritmo cronológico del conflicto al tiempo kairótico del encuentro. El Espíritu actuando en nuestras vidas. Por ello es tiempo de responder con nuestras vidas al misterio de la vida a ser igualmente gestores de vida con nuestros hechos, actitudes, dichos y palabras, hemos de tejer el acontecer de Jesucristo en nosotros. Hemos de superar tantos bloqueos, obstáculos y muros, consecuencia de este tiempo de guerra, que impiden la manifestación y transparencia del obrar de Jesús en nuestras vidas.

El Espíritu es portador de la paz como experiencia comunitaria. Ser y hacer comunidad es inseparable de nuestro seguimiento de Jesús, la acción del Espíritu es la que nos permite comprender que la realidad es de todos, se hace entre todos en donde la pluralidad en la diferencia es riqueza, la diversidad en la convergencia ganancia, el aporte de todos en el bien común testimonio. La acción del Espíritu vence nuestra iniquidad que fracciona y separa rompiendo la unidad. La paz se va constituyendo en acción gratuita e incondicional haciéndonos pasar de la desunión y ruptura a la comunión, signo profético de unidad y solidaridad, donde la fraternidad se hace realidad.

El Espíritu dinamiza en nuestra vida, en el orden personal y comunitario, la paz desde la realización de la voluntad de Dios. Las mociones del Espíritu suelen ser costosas pero traen consigo la paz, nos llevan a actuar con sobriedad y a ser coherentes y consecuentes. En la experiencia de lo ordinario y rutinario, la paz se va haciendo real en la ejecución de cada jornada, desde el compromiso en signos reales de esperanza, solidaridad y liberación.

Experiencias



Una mirada mística y profética en el mundo de los pobres

Hna. Mariela SARAY C., sds

1. FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA

La óptica de Jesús en los Evangelios es la óptica de los pobres. El mismo Dios del Antiguo Testamento está ubicado del lado de los excluidos de su tiempo. *"Claramente he visto cómo sufre mi pueblo que está en Egipto. Los he oído quejarse por culpa de sus capataces y sé muy bien lo que sufren"*[1]. Llama a Moisés para liberarlos. En el Nuevo Testamento, Jesús inaugura su actividad retomando las palabras de Isaías: *" El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos a anunciar el año de gracia del Señor"*. Y luego comenzó a hablar diciendo: *"Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que acaban ustedes de oír "*. Es claro que *"entre los pobres quiso poner Jesús su cátedra de redención"*[2].

Podemos afirmar que todo el actuar de Jesús está al lado de los carentes, empobrecidos, excluidos y marginados de su tiempo: denuncia las situaciones que les quitan la dignidad de hijos de Dios y se la devuelve, manifestando de esta manera la ternura y gratuidad de la salvación de Dios con su propia entrega, como lo expresa Pablo: *"Pero Dios nuestro Salvador mostró su bondad y su amor por la humanidad, y, sin que nosotros hubiéramos hecho nada bueno, por pura misericordia nos salvó"*[3].

---

[1] Biblia Dios Habla Hoy. Exodo 3, 7.
[2] Homilía Mons. Oscar Romero, dic. 24, 1978, *en Monseñor Oscar A. Romero. Su pensamiento VI, San Salvador,* 1981, pág. 76.
[3] Tito 3, 4-5.

Jesús fue el Testigo del Padre, fue pobre y se interesó por los pobres. La referencia a la persona de Jesús es esencial y constitutiva de la identidad cristiana. El Jesús místico se expresa a través de su profetismo, y su profetismo es auténtico porque nace de su ser místico. Es la actitud profética de Jesús la que le da la autoridad para hablar de manera diferente a los otros maestros de su tiempo. La persona de Jesús es tan nítida, tan definida, que es imposible pasar a su lado, conocerlo y quedar indiferentes. Se ajusta tanto al Salvador tan anunciado por los profetas, que para aquellas y aquellos que tenían fe, que sabían algo de las Escrituras, no les fue difícil reconocerlo. Jesús viene a leer la realidad desde otra perspectiva, desde la perspectiva que nace de su comunión de vida con el Padre. Su profetismo fluye de su ser místico y su ser místico de su profetismo. Desde ahí ve la realidad, se hace parte de ella colocándose del lado de los excluidos.

También hoy Dios mira la situación de nuestro mundo, le da lástima verlo "como ovejas sin pastor" y nos llama de manera preferencial a nosotros, religiosos y religiosas, somos los llamados y enviados para liberar a nuestro pueblo, somos nosotros y es a través nuestro que Dios escucha el clamor de la humanidad; el grito del pueblo desprotegido llega a nuestros oídos como llamado para salir a su encuentro y *"anunciarles el año de gracia del Señor"*[4]. Los caminos de Israel vieron a un itinerante incansable que iba testimoniando y enseñando un modo de ser incómodo para los jefes de su tiempo, cuyas actitudes estaban marcadas por el ansia de poder en lo político, en lo social, en lo religioso. En una sociedad que legalizaba la exclusión de los niños, las mujeres, los leprosos, los pecadores, Jesús testimonia a un Dios que se inclina por los excluidos. Su persona y su mensaje molestan, estorban; su sola presencia hecha en cara la injusticia de quienes se creían justos, la falta de fe en Dios de quienes se proclamaban maestros y doctores, la indiferencia de tantos que pasaban por el lado de los excluidos y daban un rodeo porque estaban demasiado ocupados y tenían que "ir al templo".

Los seguros de ser mejores, los apoyados por instituciones, los que consideraban como privilegio su saber y su poder, pasaban indiferentes ante el dolor, ante la injusticia que dejaba sin derechos, sin voz, sin vida a la mayoría. Es precisamente en estos últimos en los cuales Jesús de Nazaret centra su actividad. Ellos lo reconocieron como el que había de venir, el que respondía a sus esperanzas e iba a actuar para transformar la situación de Israel.

Esta realidad lo llevará poco a poco a ser alguien que debe desaparecer: contradice la Ley, denuncia la mentira de quienes se creen modelos y no lo son. Para Él, la persona está por encima de la Ley, para Él todos son hijos de su Padre que está en el cielo, para Él son los pobres quienes están más dispuestos a recibir la Buena Nueva del Reino de Dios. Jesús en cuanto profeta escatológico no se anuncia a sí

---

[4] Lc. 4, 16-20.

mismo, anuncia el Reinado de Dios. Sus palabras cargadas de mística y profecía son novedad para el Judaísmo. Hoy ellas nos permiten descubrir, como vida religiosa latinoamericana, al Dios preocupado por la salvación del ser humano, por su continua creación y renovación, es decir, al Padre de Jesús de Nazaret, el verdadero Dios de Israel.

Las primeras comunidades cristianas reconocieron en el Crucificado, que experimentaban ahora vivo en medio de ellas, a Alguien que recogía las esperanzas de los pobres, de las mayorías populares, que les escucha, los sana, les habla del Padre de los cielos y encuentra en ellos apertura y receptividad. *"Todos los creyentes estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí; vendían sus propiedades y todo lo que tenían y repartían el dinero según las necesidades de cada uno"*[5].

Si los conceptos del profeta y místico están muy ligados a llevar la Buena Nueva a los pobres, entonces, surge así como imperativo el reto para la vida religiosa de ofrecer una mística profética ligada al sentido de justicia y de atención al pobre y al oprimido; difícilmente la profecía se da si no se tiene un lugar teológico claro desde el cual se proclame la Palabra de Señor.

Asumir la profecía mística de Jesús con lo que conlleva, significa en primer lugar, acercarse con humildad a Aquel que con su vida testimonia fielmente la Vida plena, al que es el esperado como Liberador definitivo, y cuyo anuncio prepararon los profetas. La vida religiosa, en consonancia con su Maestro, debe proclamar y ser signo del anuncio liberador de Jesús, en conexión con Su misión mística y profética.

Los profetas, siendo hombres y mujeres llamados y llamadas por Dios, permanecieron al margen de la sociedad de su tiempo como presencia alternativa, y no cayeron en la trampa de una sociedad que los podía absorber en sus estrechos límites. Los profetas y profetisas son hombres y mujeres que aún se oponen a las culturas imperantes cuando ellas traen muerte e indiferencia.

La vida religiosa, como signo alternativo, debe testimoniar los valores siempre vigentes del Reino en comunidades fraternas y apostólicas que creen en sí mismas y en el poder del Resucitado: se hace necesario sacudir el pesimismo de una vida religiosa encerrada en sus dificultades y carencias, para ver las angustiantes necesidades que laten a nuestro alrededor y las potencialidades inmensas que conlleva una auténtica vida religiosa que sabe salir de sus estrechos límites y abrir los ojos a las realidad. *"El religioso, las religiosas deben ser personas tan metidas de lleno en lo que ocurre a su alrededor, que su vida sea una protesta constante y*

---

[5] Hechos 2, 44-45.

firme por tanto despropósito y tanto atropello, por tanta violencia y tanto sufrimiento como genera el sistema vigente por todas partes y a todas horas. Pero es preciso que esto lo haga desde lo que es propio y original de su ser: testigos de Jesús. Por eso debe aprender a leer todo lo que pasa desde una experiencia profunda de Dios vivida y acogida en la contemplación y la oración". (José M. Castillo. El Futuro de la V.R.).

Necesitamos encarnar una profecía mística más intensa y fuerte, que tenga la capacidad de ir en contracorriente de los modos de ser, de actuar y de pensar que esclavizan y denigran a nuestros hermanos. *"Ser testigo es hacer misterio; es vivir de tal manera que nuestra existencia sea inexplicable si Dios no existe" (Card. Suhar).*

Nuestros pueblos, concretamente nuestro país, nuestra ciudad, sigue viviendo una realidad marcada por unas élites que tienen el poder y una gran mayoría de la población que espera todavía ser redimida de la pobreza generalizada. La población más pobre sigue careciendo de los servicios mínimos de salud, educación, vivienda... Pero esa población, en su mayor parte, posee el tesoro de la fe en Jesucristo. Ellos son la revelación de Dios hoy que enriquece la vida de quienes, estando entre ellos, creemos que vamos a dar y nos encontramos con la sorpresa de recibir mucho más de ellos.

Su vida sencilla, su apertura, su solidaridad, su ansia de Dios, también su falta de conciencia crítica de las causas de su situación, su actitud pasiva muchas veces, constituyen un desafío en primer lugar para la vida personal del religioso, y en segundo lugar para la seguridad que le brindan las instituciones. El rostro del pobre, del carente, revela la Persona de Jesucristo y del Padre como experiencia de vida, como interpelación constante para la vida personal y comunitaria de los religiosos y religiosas. Ellos cuestionan nuestro estilo de vida que en el fondo, ya no nos satisface porque hemos debilitado su identidad evangélica y su sabor fundacional.

2. DE LA VIDA A JESÚS DE JESÚS A LA VIDA: VOLVER AL JESÚS MÍSTICO Y PROFETA

Jesús fue místico a la manera de los pobres, supo poner toda confianza en el amor providente del Padre, vivir sin acumular ni explotar al hermano y asumir con valentía todas las crisis y cargas que se le vinieron encima. Así como los pobres, que saben resistir a las tragedias cotidianas continuas que la complejidad de la existencia les trae y que la injusticia de la sociedad les impone; y luchan por salir adelante, esperando contra toda esperanza.

También fue profeta en favor de los pobres, siempre se mostró inconforme frente a todas las instituciones y leyes que pisoteaban la dignidad, la libertad y el bienestar

de los últimos; cuestionó la primacía de la tradición religiosa y moral que se contradecía con actitudes de injusticia, inmisericordia y opresión. Jesús reivindicó al pobre y propuso un nuevo orden de relaciones humanas que no privilegia el tener, el poder y el hacer, sino el ser, a partir del amor solidario y liberador de los hermanos. Así como tantas personas que se hacen como pobres y asumen sus causas populares asumiendo la incomodidad, el señalamiento y la persecución. De este Jesús es seguidora la vida religiosa.

A la persona de Jesús nadie llega por otro, sólo por sí mismo. Soy yo mismo, yo misma quien tiene que compartir hoy con Jesús, como los hacían los Apóstoles. "*Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Jesús les dijo: Vengan, vamos nosotros solos a descansar un poco en un lugar tranquilo. Porque iba y venía tanta gente que ellos ni siquiera tenían tiempo para comer. Así que Jesús y sus apóstoles se fueron en una barca a un lugar apartado*"[6].

Hoy tenemos que contar a Jesús que queremos volver al primer amor, que la mirada de los pobres nos reclama una vida evangélicamente radical, alternativa a la realidad de la sociedad que ellos experimentan. Los días de retiro son esas oportunidades para apartarnos, para reunirnos con Jesús, compartir con Él, escucharlo y conocerlo mejor, para dejarnos amar y sanar por El, para contarle todo lo que sentimos ser nuestra misión hoy, desde la mirada de los pobres. Es el día de replantear las cosas que se están dando en nuestra relación personal con Jesucristo y que, sin duda, están incidiendo en nuestro esfuerzo apostólico... Frecuentemente convertimos el día de retiro en tiempo para ver cómo está nuestro amor por el Señor, es decir, nos centramos en el sentido ético de conversión. No podemos negar que el resultado de este estilo de encuentro con el Señor nos conduce, poco a poco, a un sentimiento de frustración: prometemos cambiar, comenzar de nuevo ,pero la realidad nos muestra que seguimos siendo "como era en el principio...", esto es frustrante. Cambiemos hoy la dinámica: nos vamos a dedicar a ver cómo es el amor del Señor por mí. ¿Cuál ha sido el paso del Señor por mi vida desde mi último retiro? ¿Cómo estoy respondiendo a ese amor? En qué medida ese amor me está transformando en testigo.

Lo central del retiro es la Persona de Jesús. Conocer a Jesús Místico y Profeta es tarea personal. Es una relación inagotable. ¿Cuánto tiempo le dedico a este conocimiento, a esta relación personal de amor con Él? El retiro es para recuperar esta primacía. Se trata de tomar la vida, abrirla ante Dios y amarlo a partir de ahí. El punto de partida de la oración es la vida, por lo tanto la dificultad que muchas veces encontramos para orar es la dificultad que está en nuestra vida. Compartamos hoy esta dificultades con el Señor.

---

[6] Mc. 6, 30-32.

3. EL COMPORTAMIENTO NO ES CONDICIÓN SINO CONSECUENCIA DE ACOGER A DIOS EN LA VIDA

Recordemos que el amor de Dios es primero y gratuito: A Pedro no le pregunta Jesús por qué lo negó. Le pregunta si lo ama, como condición indispensable para confiarle el pastoreo de sus ovejas. Lo que Dios me da, sus dones, son irrevocables. La gracia no viene a mí por ser buena o bueno, es gratuidad. Lo importante no es lo que yo hago por Dios, no es mi comportamiento, sino lo que Dios hace por mí cuando yo me abro a su amor, cuando lo descubro en la mirada del pobre que expresa confianza, esperanza, deseo de justicia.

El sentido de la conversión es existencial. *"Después que metieron a Juan en la cárcel Jesús fue a Galilea a anunciar las buenas noticias de parte de Dios. Decía: Ya se cumplió el plazo señalado y el Reino de Dios está cerca. Vuélvanse a Dios y acepten con fe las buenas noticias"*[7]. Se trata de ver el amor del Señor en mi vida, en mi comunidad, ¿Cuál va a ser mi respuesta a ese amor? Se trata de tomar mi vida, abrirla a ese amor para volver a situarme ante lo esencial de mi vocación de ser místico y profeta.

El testigo es alguien que vive la dimensión mística, que vuelve la mirada a Jesús todos los días, que comprende que el mundo de Jesús es de otro orden, que El está en otro plano. Es de esa vivencia diaria de comunión con Jesús de donde tiene que salir un comportamiento que es respuesta de amor a Quien sabemos nos ama gratuitamente. En Jesús lo primero es la mística, no la ética. Creo que en Jesús las dos cosas se dan: Jesús fue un místico ético, y a la vez, su ética fue el fruto de una intensa experiencia mística. No hay ética cristiana sin una profunda experiencia mística, y no hay mística auténtica al margen del compromiso ético. Para sus discípulos no fue fácil comprenderlo y seguirle

4. RENOVAR LA PROFECÍA EN EL MUNDO DE HOY DESDE JESÚS PROFETA

Uno de los grandes obstáculos para nuestro profetismo evangélico, es el activismo que no nace propiamente de una relación mística. Tenemos tanto que hacer que no nos queda tiempo para orar. Así un día tras otro hacemos cosas, es cierto, pero ¿podemos decir que nuestro actuar es el del profeta que se nutre del amor de Dios y lo comparte? El testimonio al que estamos llamados y llamadas, se ha oscurecido. La debilidad humana, los continuos cambios sociales, culturales, políticos, religiosos, económicos, de valores y la permisividad de comportamientos y costumbres, nos ha llevado a perder el perfil de nuestra propia identidad. Nos llamamos y nos llaman "consagrados al seguimiento de Jesús" ¿Lo estamos siendo

---

[7] Mc. 1, 14-15.

en realidad? ¿Cuáles son los valores que nos mueven a hacer nuestras opciones? ¿Por qué en la realidad de nuestras congregaciones, los superiores(as) encuentran tanta dificultad para ubicarnos? ¿Por qué la comodidad nos amarra a ciertos apostolados, a ciertas comunidades a ciertos lugares, a ciertas personas? ¿Cómo recobrar nuestra identidad mística y profética que nos permita ser itinerantes carismáticos que no tienen donde recostar la cabeza?

5. EN LOS POBRES RECUPERAMOS EL CAMINO PARA SER MÍSTICOS Y PROFETAS

La mirada a los pobres con los mismos ojos de Dios, nos ubica claramente en la necesidad de renovar nuestra vida. De hacerla nueva, de echar vino nuevo en odres nuevos. Miremos a los pobres y dejémonos mirar por ellos. Aprendamos en la escuela de Jesús a descubrir el camino hacia Dios en la esperanza de los pobres y confrontar la realidad de nuestra vida personal y comunitaria. La falta de comunión con el Señor nos impide ver como vio Jesús en los pobres de Israel. Las miserias que produce la injusticia de todo tipo en nuestra sociedad y que nuestras instituciones no sufren, nos hacen olvidar el mundo de los pobres: el rostro del enfermo que vive solo, el buscar angustiado de quien no encuentra empleo, la mirada triste de niños, mujeres, ancianos que sufren la violencia, el abuso, el hambre, la soledad. Porque nos falta esa relación de amor con Jesucristo, pasamos indiferentes frente a los rostros concretos de la pobreza en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos interpela.

"El profeta no es solo el que denuncia las injusticias, la falta de libertad o cualquier otra carencia de la humanidad, sino ante todo el testigo que trata de realizar, de hacer verdad, de llevar a la vida la Palabra que anuncia. Por eso la palabra profética tiene la capacidad innovadora y el poder de abrir y ensanchar el mundo" (J.M. Mardones, "El discurso religioso de la modernidad").

Lo que se necesita hoy en el mundo son personas que la gente vea que viven la misma vida de ellos pero de una manera diferente. Por eso el problema de la vida religiosa no está en el compromiso de los votos sino en la vivencia de un sistema de valores y de ideas que cuestionen la sociedad imperante en este mundo. Por eso también lo que hoy más necesitamos los religiosos son tres cosas: una mística muy profunda, una libertad muy radical y una actitud profética[8].

Estamos desafiados a ser profetas de reconciliación en nuestras comunidades, a empezar a vivir la paz y a compartirla aunque todavía haya mucha violencia. Estamos llamados a vivir y a enseñar que la reconciliación no consiste en el olvido sino en el recordar las cosas de otra manera: sin odios, sin rencores, sanando la

---

[8] J. M. CASTILLO, ***El futuro de la vida religiosa***. Salamanca: Sígueme. 2003, p. 89.



memoria. A penetrar en la Palabra de Dios para hacernos cada vez más testigos creíbles de lo que anunciamos, a llegar a la vida de la gente ansiosa de conocer a Dios: de manera especial al pobre, lugar teológico privilegiado en el cual se revela hoy Jesucristo como camino, verdad y vida. Los pobres nos evangelizan, dejémonos evangelizar.

La comunidad desde una vida mística profética

P. Jorge MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, MSPS

La vida comunitaria para los consagrados y consagradas siempre ha sido motivo de preocupación. En algunas ocasiones se ha considerado como la "carga", "cruz" u "obstáculo" para la realización y potencialización de los dones y carismas personales o "piedra de tropiezo" que a veces impide alcanzar la santidad; también se ha llegado a vivir como la alternativa al matrimonio para no estar solo o sola y sobrellevar los propios límites; pero en ocasiones también algunos o algunas pretenden que la institución los abrigue, proteja y de seguridad en una sociedad que reduce las posibilidades de salir adelante económica, cultural, social y afectivamente; en definitiva, no es fácil descubrir los intereses o motivaciones que laten en el fondo de cada persona para vivir en comunidad, ya que podemos vivir proyectando nuestras necesidades afectivas de vivir con otros o las maneras condicionadas de satisfacer la necesidad de amar y ser amado.

1. LA COMUNIDAD MÍSTICA ES PROFÉTICA

La Sagrada Escritura nos muestra a Israel como un pueblo, un pequeño grupo de personas reunidas en torno a Dios, en asamblea, como comunidad de creyentes. Este puñado de personas *caminan* por el *desierto* y por diferentes experiencias buscando la *tierra prometida*. El *caminar* ya nos dice que la comunidad es algo que se construye y que no nace de la noche a la mañana. Generalmente pensamos que por haber hecho una opción por Jesús y por la vida consagrada ya está todo dado, que todos y todas debemos saber eso de vivir en comunidad, como si fuera algo dado por nuestra profesión religiosa y que por lo tanto no tendría que haber conflictos, ni se tendría que pasar por *desiertos* afectivos o de sentido. Se nos olvida que las personas, por el hecho de ser personas, somos unos hombres o mujeres con nombre e historia propias, con más o menos habilidades para las

relaciones, con uno u otro carácter y personalidad, con diferentes momentos evolutivos, con unos u otros retos o crisis a superar; en fin, cada uno es cada uno, por eso siempre la comunidad religiosa será nueva, única y con rasgos propios que la distinguen de otra y que está en constante movimiento, evolución, e integración de caracteres, muchas veces siendo ésta conflictiva . Por eso *caminar como comunidad* implica un aprendizaje constante, que puede ser apasionante, fatigoso o frustrante, dependiendo de las personas que componen esa comunidad.

Desde el seguimiento de Jesús esta comunidad humana también es espiritual o mística. Es convocada por Dios, es elegida en cada uno de sus miembros y como grupo busca construir la *tierra prometida*. No es una tierra de camaraderías o falsas caridades, sino un espacio donde Dios se manifiesta como Padre amoroso, que nos amó primero y que en su Hijo Él nos ha elegido y no nosotros a Él; y desde este amor primero y elección nos enseña a servirnos mutuamente, a darnos la mano humana y espiritualmente, pero sobre todo a trabajar unidos por el reino y su justicia. La *tierra prometida* será entonces la misma comunidad que crece en el amor, germen de la gran comunidad humana que construye a través del testimonio y la misión apostólica y evangelizadora.

Por tanto, la Iglesia de Jesús, convocada por Dios, también es continuadora del caminar de Israel. Todo seguidor y seguidora de Jesús realiza su itinerario espiritual y proyecto de vida en comunidad: descubre su fe en comunidad, a través del testimonio de sus hermanos y hermanas; crece en el amor, a través del servicio desinteresado y gratuito; y se mantiene en la esperanza activa por un mundo mejor, a través del compromiso con los más necesitados.

Podemos decir que la comunidad es el espacio vital donde se desarrolla la fe, se aprende a amar y perdonar, y se trabaja la esperanza. No puede haber espiritualidad verdadera o compromiso auténtico si no se proyecta en la construcción de una comunidad, es en ésta donde se verifica la respuesta a la llamada de Dios y la asimilación de los valores evangélicos.

Sin embargo, la comunidad puede ser un lugar donde crece nuestra fe y la práctica del amor o donde nos instalamos y huimos del compromiso con los demás, con los hermanos o hermanas de comunidad, de la pastoral o de la sociedad en general.

Una comunidad mística hay que entenderla como una comunidad que vive de la espiritualidad, que se alimenta continuamente de la Palabra de Dios y que vive en continuo discernimiento. Por eso es profética también. Es decir, es aquella comunidad que sabe mirar la realidad con los ojos de Dios, con entrañas de misericordia, y se deja doler por el sufrimiento de los más pequeños, de los marginados, para descubrir caminos de compromiso y de acción solidaria; es la co-

munidad que tiene como centro a Jesús, el Señor, el que nos elige primeramente, y es "para estar con él" y para "predicar" y compartir su misión. No es la comunidad que se encierra en la capilla para no ver lo que pasa fuera de ella, sino que lleva a la capilla los gozos, las esperanzas y el dolor de la gente que clama paz, libertad, vida y justicia. Es la comunidad que hace de la mística una escuela de humanización y de cristificación, de transformación de la mente y del corazón para adquirir la condición de hijos e hijas en el Hijo y hermanos y hermanas en el amor, y así salir por todo el mundo a predicar la Buena Noticia del reino y sanar corazones y estructuras de pecado, como cualquier profeta.

2. LA COMUNIDAD PROFÉTICA ES MÍSTICA

Una comunidad profética, que alimenta su profetismo desde la experiencia mística, es aquella que vuelca sus fuerzas por instaurar el reinado de Dios. El profeta es aquel que tras su experiencia de Dios no se queda quieto, sino que siente, sufre y vibra con lo que sus hermanos y hermanas sienten, sufren y vibran.

Por tanto, tiene un espíritu comunitario porque su mirada y atención está puesta en los otros, es una persona descentrada que, como Jesús, busca servir, ayudar y dar una palabra de aliento a los que sienten que la vida se les va o no tiene sentido, y así ayudar a que la realidad sea más como Dios quiere.

Pero ser profeta en comunidad y renacer a una comunidad profética nos remite a otro problema: "nadie es profeta en su propia tierra", y nuestra tierra primera, como individuos, es la comunidad. En comunidad nos conocemos desde la formación, mostramos nuestra forma de ser, proyectamos nuestros deseos y anhelos, pero también hacemos sentir nuestras limitaciones personales. Por eso "cuesta creer" en el hermano o hermana, porque sabemos hijo o hija de quién es, de qué pie cojea o con qué nos puede salir si le decimos algo o dejamos de decir; en cierta forma, el hermano o hermana que tenemos al lado puede llegar a ser predecible y ya nada nos sorprende de él o ella, incluida la acción de Dios en su vida. Por eso si cada miembro asume su profetismo y camina hacia ser una comunidad profética, lo primero que hay que eliminar y denunciar son los encarcelamientos de la acción profética de Dios en los miembros de la comunidad.

Otro elemento importante a tener en cuenta es que una comunidad profética que mira con los ojos de Dios y habla en nombre de Dios, no puede sino estar identificada con las entrañas de misericordia de Dios, con la mística que animó a Jesús a hacerse semejante a los hombres y mujeres en todo, para poder sentir como ellos y ellas y decir una palabra acertada. Esta palabra tiene su fuerza y autoridad porque es dicha desde el otro y no desde el mero sentir del que profetiza; por eso la comunidad profética sabe sentir lo que el pueblo siente, se pone en el lugar de los destinatarios de su misión y entonces pronuncia una palabra



nueva y válida para esa realidad. Así se convierte en una comunidad abierta al mundo, a la sociedad, a la historia, a los gritos y voces de los y las que casi no se oyen, a los y las que sólo se puede oír cuando se hace silencio y se hacen a un lado las propias voces e intereses.

Por último una comunidad profética es la que constantemente es capaz de descubrir la incoherencia, las relaciones y acciones injustas, y sobre todo, lo que imperceptiblemente se cuela en las propias estructuras de las comunidades y congregaciones de vida consagrada. El profeta Isaías en el capítulo 58 nos ilumina al respecto. Muchas veces nosotros y nosotras mismas, que nos decimos practicar la virtud y los ritos religiosos, podemos explotar a nuestros trabajadores y trabajadoras, hermanos o hermanas, bajo pretexto de dar gratuitamente, de la pobreza evangélica, o de una austeridad mal entendida, cuando en nuestras casas no nos falta nada y tenemos más que de sobra. El ayuno que Dios quiere que hagamos como comunidad profética es el que brota de una mística profunda, de una identificación con los sentimientos de Jesús, "desatar los lazos de maldad, deshacer los yugos opresores; liberar a los oprimidos y romper todos lo yugos; compartir el pan con el hambriento y abrir la casa al pobre sin techo; vestir al desnudo y no dar la espalda al propio hermano". Sólo entonces brotará la luz de la comunidad como la aurora y cicatrizarán nuestras heridas de la incoherencia.

Así pues, como hemos visto, no hay comunidad mística que no sea profética, que no se alimente del profetismo del antiguo y nuevo testamento, sobre todo del de Jesús, que como dice Lucas "fue enviado a liberar a los cautivos a proclamar el año de gracia del Señor", porque se ha sentido ungido por el Espíritu, invadido por Dios, consagrado por él, en una experiencia de desierto, de soledad, de intimidad, de diálogo "corazón a corazón" con Dios.

La humanización en el trabajo con las(los) religiosas(os) mayores

HNA. CARMEN EMILIA PAREJA, HPSPC

1. CARACTERÍSTICAS DE LA SOCIEDAD ACTUAL Y SU INCIDENCIA EN LA VIDA RELIGIOSA

Vivimos una época de transformaciones sin precedentes. Los avances tecnológicos se producen, como nunca, a una velocidad vertiginosa. Lo que nos valía hace tan solo unos pocos años, ahora nos parece inservible. Pero hay que recordar que *la globalización se interioriza de forma diferente según personas, grupos, situaciones*. A algunos este proceso les resulta apasionante y viven con optimismo el presente, tratando de situarse en el nuevo orden y de rentabilizar todas las oportunidades que les ofrece; otros se encuentran desubicados y, desconcertados ante un cambio tan rápido, miran con recelo este presente que parece revolverlo todo. Finalmente, hay quien contempla con miedo el presente y el futuro y busca seguridades, intentando volver a un pasado que ya no existe, con el peligro constante que esto comporta de derivar hacia posiciones fundamentalistas.

Un mundo nuevo...

Ciertamente, lo que conocemos como *globalización comporta riesgos y oportunidades*. Por un lado, vivimos una situación excepcional, privilegiada. Nunca como en nuestros días hemos podido ser tan conscientes de la interrelación entre pueblos y culturas diferentes, gracias a tecnologías como Internet, capaces de conectarnos en segundos con el otro extremo del planeta!

Pero, si contemplamos globalmente nuestro mundo, no puede dejar de llamarnos la atención *la falta de cambios realmente importantes para la humanidad:*



continuamos viviendo en un mundo lleno de desigualdades flagrantes y, a pesar de la producción y la riqueza, ésta se encuentra cada vez más concentrada en menos manos. El hecho es que estamos creando, en realidad, un mundo donde *la codicia de unos pocos deja a la mayoría en la cuneta de la historia;* unas sociedades que mientras viven un progreso tecnológico y unas posibilidades nunca vistas, fabrican y reproducen la exclusión.

Un rasgo relevante de nuestra cultura es el *espíritu científico.* Es consecuencia de los grandes avances habidos en este siglo. No hay duda de los *bienes* que la ciencia y la técnica han aportado a la humanidad, pero es preciso reconocer también ciertos *riesgos:*

- *Que el hombre acabe pensando que «lo puede todo»,* que «es como Dios» y acabe excluyendo a Dios.
- Que el hombre *absolutice la ciencia y la técnica* y acabe por excluir la fe por innecesaria o creando un antagonismo radical entre fe y ciencia.
- Que el hombre viva en un *permanente dualismo*: recurrimos a la ciencia para todo y a la fe sólo para lo que nos resulta incomprensible.

Los avances de la ciencia y de la técnica han traído consigo una gran expansión económica cuyo resultado ha sido la *sociedad del bienestar,* que, a su vez ha traído la *sociedad de consumo.*

El *espíritu consumista* acaba generando en el hombre actual el ansia de tener y poseer; se siente «desgraciado» si tiene menos que los demás y acaba siendo insolidario porque olvida a los más pobres. El *consumismo* acaba por conducir a muchas personas al *materialismo,* al *hedonismo,* y a la *pérdida del sentido de la trascendencia*. Estos tres fenómenos se reducen a lo mismo: a *vivir como si Dios no existiera,* a sacar el máximo provecho de la vida prescindiendo prácticamente de Dios.

Otro rasgo relevante de nuestra sociedad es el valor de la *libertad*. La *libertad* es una condición necesaria de nuestro ser personal. Es *don* y *tarea*. Unida al materialismo puede llevar o bien al *individualismo* por el que nos aislamos y despreocupamos del medio en que vivimos, o bien al *espontaneismo*, que confunde libertad con realización del impulso del momento.

Hay, además, quien entiende la libertad como una libertad absoluta y sin límites. Por ello, consideran que la libertad es incompatible con la existencia de Dios. Otro rasgo es el *pluralismo,* en el que coexisten a la vez diferentes modos de concebir la vida y organizar el mundo. Esto no es malo en sí mismo, pero también afecta a la fe y a la vida de los cristianos, por cuanto tiende a privatizar la vida religiosa, es decir, a reducirla al ámbito de lo privado y de la sacristía, a hacerla irrelevante en el ámbito de lo social y a negarle toda proyección pública.

El pluralismo acaba poniendo en duda las ideologías y, como consecuencia, caen también los valores. Como consecuencia, el hombre experimenta un *vacío de sentido* y una *honda sensación de desamparo*. Se tiende, entonces, a construir cada uno su propia visión del mundo y su propio código ético y moral, dando como resultado una conciencia moral fragmentada e individualista y negando la existencia de una ética universal válida para todos.

Retos que la cultura contemporánea presenta a la fe cristiana

El primer reto es la *increencia* y la *indiferencia religiosa* que afectan un gran número de personas. Para el hombre actual Dios ya no resulta fácil de encontrar porque la mentalidad científico-técnica parece relegarle a la periferia del mundo. Esto tiene graves consecuencias, porque *el oscurecimiento de Dios acaba afectando al mismo hombre*.

Sin embargo, esta misma cultura, aún con ambigüedades de importancia, está provocando una gran *sensibilidad por la dignidad de la persona* y su *libertad*, y un *resurgir de lo sagrado*.

Las tensiones que atraviesan la cultura y el hombre contemporáneos no son otra cosa que la manifestación de la *división profunda* que anida y atenaza el corazón del hombre moderno. La cultura moderna refleja una lucha dramática entre el bien y el mal. Sin embargo, a los ojos de la fe, el mundo no es un caos, ni está sujeto a su propio albedrío o a un destino fatal. Para la fe, el mundo aparece *fundado y conservado por el amor del Creador*, esclavizado bajo la servidumbre del pecado y liberado por Cristo.

Pero, ¿Cómo vivir la fe en un *mundo de increencia*?

En todas las épocas el hombre se ha preguntado y se pregunta por el sentido de su vida. Sin embargo, las respuestas que nuestra cultura da a estas cuestiones, las más importantes de la vida, nos dejan insatisfechos. El hombre sigue siendo una *pregunta* para el hombre y un *misterio profundo* aún no descifrado. La *religión* es una *dimensión esencial y constitutiva del ser humano*, que es para sí mismo una pregunta a la que él no puede responder por sí sólo.

El hombre de hoy es capaz de Dios. Siendo creado por Dios, Él no cesa de atraerle hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la felicidad que busca. La capacidad que tiene el hombre de preguntarse es la *capacidad de responder a las llamadas de Dios y crear con Él y gracias a Él una relación vital que llamamos comunión.*

La fe no puede relegarse a la periferia de la vida o a la «privacidad». La fe cristiana es verdadera cuando toda la existencia del cristiano se estructura y desarrolla en



torno a ella, de modo que la fe no es algo añadido a su persona, sino que es el principio motivador y operante de toda su vida.

Así es como el cristiano «vive de su fe»; desplegando desde ella todo su proyecto vital procura que nada quede al margen de ella; y en la medida en que todo se cultiva y madura, va creciendo sin cesar, fecundando la *totalidad* de la existencia. En esto consiste la deseada síntesis entre fe y vida.

En una crisis como la actual, la fe cristiana sólo puede cimentarse

- en la *escucha* de Dios,
- en la *intimidad* con Él y
- en la puesta en *práctica* de su palabra.

Creer en Dios, vivir la fe, es tener *experiencia personal* de Dios y de Jesucristo. Una experiencia que brota y arranca del encuentro personal con Él. Nuestra fe es una adhesión a una persona *a* quien creemos y *en* quien hemos puesto toda nuestra confianza, fruto de una constante relación interpersonal que sólo el amor hace crecer. Esta relación interpersonal se nutre de la escucha de su Palabra y de la oración, y se traduce en vivir como hijos de Dios.

El cristiano no vive su fe en solitario. La fe cristiana es comunitaria porque se es cristiano en la Iglesia y gracias a la Iglesia. *Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre* (San Cipriano). *Fe personal y eclesial se requieren mutuamente*.

Ciertamente, la fe es un acto personal, pero es en la Iglesia donde la fe cristiana se alimenta, purifica y enriquece. En nuestra cultura individualista y fragmentada, la fe cristiana necesita hoy patentizar su dimensión comunitaria.

Al vivir y compartir la fe en comunidad, es la propia fe, iluminada por la Palabra de Dios, la que

- nos lleva a crecer en la fe,
- a descubrir los carismas, ministerios y tareas que el Espíritu va haciendo surgir, y a secundarlos,
- a sostenernos en momentos de dificultad y a alegrarnos en los momentos de gozo,
- a apoyarnos en las debilidades y
- a madurar para alcanzar la talla de Cristo.

El campo del mundo es el lugar de la siembra de la semilla de la Palabra. Así vamos transformando el mundo según Dios. Una fe que no se encarne el mundo corre el riesgo de ideologizarse, de convertirse en teoría sobre Dios, pero no en adhesión al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.



La fe no es *para uso privado* del cristiano. La fe es *para anunciarla a todo el mundo*, sin complejos. No puede vivirse la fe con la actitud vergonzante del silencio. Por eso, hoy el testimonio es más necesario que nunca.

El Papa Juan Pablo II afirma la necesidad de que cada cristiano sea testigo y agente de una nueva forma de vida, derivada de su seguimiento en Cristo y de su compromiso por el Reino de Dios.

Hoy estamos sufriendo una profunda *crisis de civilización.* A esta crisis hemos de responder con la *civilización del amor,* fundada sobre los valores universales de la *paz, solidaridad, justicia* y *libertad* que encuentran en Cristo su plena realización. A esta tarea estamos convocados todos nosotros.

2. DIMENSIONES DE LA PERSONA HUMANA

El estudio sobre el hombre, propio de la antropología, nos descubre lo difícil que es definir la realidad de la persona humana. Toda definición que se haga de ella resulta parcial.

Expondremos, a continuación, algunas dimensiones de la persona que consideramos más significativas, conscientes de que se trata de un trabajo didáctico, que permite disponer de un esquema que ayude a la reflexión.

La persona humana es un ser integral, un todo: alma y cuerpo, materia y espíritu. Una realidad que no podemos separar.

1. Dimensión corporal

La corporeidad es el elemento esencial de nuestra persona. No sólo «tenemos» un cuerpo, sino que «somos» nuestro cuerpo.

El aspecto físico: estatura, peso, edad, tono de voz, color de la piel y de los ojos...; el lenguaje no verbal: gestos, mímica, postura,... nos caracterizan y constituyen como un «carné de identidad», nos relacionan con la realidad externa y con nuestros semejantes, nos revelan quienes somos y cuáles son nuestros aspectos característicos.

El cuerpo es mensaje, es expresión de mi interioridad, medio de comunicación. El cuerpo ve, siente, habla, se revela, transmite mensajes.

2. Dimensión intelectiva

El hombre ha sido definido como «ser racional», es decir, dotado de una facultad peculiar, la razón, que le diferencia de los animales.



Como ser inteligente, la persona humana piensa, razona, tiene ideas, conocimientos y esta capacidad le permite comprenderse a sí mismo, a los demás y al mundo.

Además, quiere conocer, entender, encontrarle un sentido a los que hace y vive. Esta facultad intelectiva lo impulsa a una incesante actividad por «saber» más (Era de la tecno-ciencia), y así ampliar su mundo, su horizonte.

3. Dimensión emotiva

Es el mundo de las emociones y de los sentimientos que dan color y sabor a nuestra existencia, y esto la hace hermosa y a veces difícil. Se trata de una dimensión que impregna a los demás (corporal, intelectual, relacional, espiritual).

La persona se revela verdaderamente a sí misma cuando pronuncia palabras como: amo, estoy triste, tengo miedo, odio, disfruto, agradezco, sufro...; aquí la comunicación no es solamente intercambio de mensajes, sino participación de vivencias.

Los sentimientos nos hablan de la calidad de nuestras relaciones con los otros, con la vida, con el mundo.

4. Dimensión social

La persona no es un mundo cerrado en sí mismo, es un ser-en-relación. No se basta a sí misma, sino que necesita de los demás para sobrevivir, para conocerse, para crecer. Desde el nacimiento hasta la muerte el hombre busca a sus semejantes. Los otros nos revelan quienes somos.

El mundo de las relaciones interpersonales se va tejiendo en la familia, con los vecinos, con los amigos, en el trabajo..., y nos permite crear comunidad, ser grupo, vivir la fraternidad.

5. Dimensión espiritual

Nuestra existencia tiene múltiples intereses y objetivos que le dan sentido a la vida misma, de ahí que advertimos la necesidad de un elemento unificador, de una dirección precisa; es lo que identificamos como «dimensión espiritual».

En ella encontramos la respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida, los valores más importantes que orientan nuestras opciones, las creencias de naturaleza filosófica y religiosa.

Es oportuno distinguir la dimensión espiritual de la religiosa. La primera es más extensa y se expresa en todas las personas, incluso en las que no tienen un deter-

minado credo religioso; la religiosa (más restringida y, por tanto, perteneciente a la espiritual) es el resultado de una relación particular con un ser trascendente (Dios).

En nuestra tarea pastoral es importante identificar la dimensión espiritual de las personas que encontramos para respetar su filosofía o creencias religiosas, sin imponer las nuestras.

El servicio en la comunidad: negación a toda tentación de poder

P. Ignacio MADERA VARGAS, sds

Las diversas prácticas del poder penetran por las rendijas y resquicios de las puertas y ventanas de la vida religiosa. Estar atentos para estar en el mundo sin ser contaminados por él es una de las grandes alternativas cuando nos referimos al poder como capacidad o posibilidad de dominación, control, manejo, utilización, como capacidad de lograr que se haga aquello que queremos y de la manera como lo queremos. Es decir, que se haga siempre nuestra voluntad.

Normalmente, los deseos incontrolados de poder como dominación obedecen a dificultades afectivas, a insatisfacciones ante lo que se es o lo que no se ha logrado. Por esa falta de valoración y autoestima nos vamos sintiendo impulsados a demostrar que somos capaces de dominar y controlar, de manejar, de hacer y deshacer a nuestro antojo. Igualmente, se camufla la propia soledad o los vacíos afectivos buscando el control y la dominación de los demás; viviendo en la obsesiva búsqueda de que nada quede fuera de nuestros dominios.

Otras veces envidiamos a quienes creemos que tienen más poderes o responsabilidades sobre nosotros y nosotras y ejercemos el poder de oponernos a todas sus iniciativas, boicoteando sus propuestas o haciéndonos los y las indiferentes ante las mismas, así ejercemos el poder de no dejar que la comunidad marche, que los hermanos y hermanas vivan en armonía y plenitud porque la mancha que deja nuestra negativa ensombrece las búsquedas y las inquietudes comunitarias.

Uno de los grandes asuntos sobre los cuales tenemos que meditar con mucha seriedad en la vida religiosa es este del poder como dominación y control. Y meditarlo porque la búsqueda de poder enceguece, impide mirar más allá de uno mismo y asumir y aceptar en espíritu de comprensión las situaciones deficientes y los límites de los hermanos y hermanas que comparten sus vidas con



nosotros y buscan, junto a nosotros, realizar su propia aventura de vida. Quienes buscan poderes en la vida religiosa sin ningún referente de fe se ven a sí mismos como los únicos que pueden o deben, los y las que saben o determinan, normalmente van anulando a los demás pensando y actuando ante ellos y ellas como si sus límites o incapacidades fueran situaciones que jamás tendrán superación o posibilidad de manejos adecuados.

Los poderosos de este mundo siempre buscan mantenerse en el poder a partir de la debilidad del menos fuerte. Pareciera que las relaciones de fuerza dominaran de tal manera que se llega a la violencia. El poderoso o la poderosa se sienten omnipotentes y no admiten la competencia de iguales o la sana emulación de muchos. Quieren estar disfrutando de la soledad del "poder de poder" sin trabas o mediaciones.

Pero igualmente se dan formas de poder sobre los cohermanos o cohermanas. Algunos o algunas con sicologías más fuertes o seductoras inician procesos de control afectivo sobre sus hermanos o hermanas que lesionan la armonía comunitaria y desdicen de la libertad propia del voto de castidad célibe: pedirle que esté siempre conmigo, encerrarnos horas y horas a conversar tonterías, sentirme incómodo o incomoda si la veo o lo veo hablando con otros hermanos o hermanas, andar siempre en dependencia. Esto es un ejercicio del poder de manipular la debilidad de los demás que no siempre reflexionamos.

La autoridad, en contraste con el poder va por otro lado, pero en el vivir cotidiano confundimos tener poder con tener autoridad. La autoridad se refiere a la coincidencia con nosotros mismos y nosotras mismas, es decir, a la capacidad de vivir en coherencia entre aquellos valores que predicamos, proclamamos y decimos que son los orientadores de nuestra vida y las acciones que realizamos. En lo cotidiano, es decir, en lo sorprendente de cada día con sus idas y venidas, allí es donde se prueba la autoridad como servicio minoritario a los demás. O allí, se verifica que vivimos de la necesidad de dominar y así realizar demandas inconscientes de insatisfacción que normalmente provocan rivalidades, competencias y violencia.

Hemos sido llamados a la vida religiosa para vivir en la libertad de los hijos de Dios, para apasionarnos exclusivamente por Cristo, para convertirnos en hombres y mujeres de Dios, lo demás es accesorio: trabajos, estudios, actividades, responsabilidades, puestos, sitiales. Para hacer apostolado no se necesita ser religioso, para ser presencia de Dios entre los hombres y mujeres de hoy, no solo se necesita sino que es una alternativa de sentido mayor para el mundo actual, realidad que invita proféticamente a la transformación de la vida y a un jalonar continuo a la Iglesia para que sea lo que tiene que ser: presencia del Reino desde ya, lugar de construcción de la comunión de los hijos e hijas del Padre Madre.

Ser libre de la tentación del poder como dominación en sus diversas expresiones y dimensiones: esa es la gran tarea de tu vida diaria. Desprenderte, buscar ser tu mismo, establecer relaciones que construyan tu libertad y te hagan crecer como hombre y como mujer apasionados solo por Cristo y su Reino. ¡Esa es la gran y primordial meditación que te invito a realizar a lo largo de esta mañana! Piensa en todos aquellos a quienes pretendes dominar, a quienes buscas solo para poder sentirte acompañado o acompañada en tu soledad insatisfecha, a aquellos y aquellas que buscas para utilizar, para sentirte con el poder de dominar sentimientos y manejar afectos y decide dejarles ser sí mismos y libres.

Jesús fue soberanamente libre, no se dejó utilizar de sus apóstoles, los amó con ternura pero supo decirles la verdad de frente: "insensatos y tardos de corazón para comprender las escrituras", "antes que el gallo cante me habrás negado tres veces, Pedro". Y así podemos encontrar diversos pasajes evangélicos en los que Jesús se ofrece con una absoluta libertad que no se deja utilizar y con la soberana capacidad de dejar a los otros y las otras ser ellos y ellas mismas: "si quieres... deja lo que tienes" "yo tampoco te condeno, vete y no peques más" "lo que has de hacer hazlo pronto" dice a Judas en el momento crucial de la traición. Vamos a pensar en esta mañana en todos aquellos y aquellas que queremos controlar, sobre quienes pretendemos tener poder y manipular a nuestro amaño y vamos a pedirle al Señor que nos haga libres de toda tentación de dominación o control.

La vida religiosa, como vida de seguidores de Jesús, busca entre luces y sombras, realizar la llamada evangélica de ser seguidores y seguidoras de Jesús desde el servicio minoritario y sin condiciones a las hermanas y hermanos con los cuales convivimos en fraternidad carismática y espiritual y a las comunidades humanas a las cuales servimos. El religioso y la religiosa como seguidores de Jesús están llamados a un solo poder: el de servir, y el de servir minoritariamente, a imagen de Aquel que lavó los pies a sus discípulos en gesto mayor de minoridad y humildad sin límites.

Es urgente que nos hagamos concientes, y cada día más concientes, de la necesidad de una intensa experiencia espiritual o mística que nos haga ser realmente testigos y testigas en el mundo de hoy. Testigos y testigas de que vale la pena una vida entrega al servicio sincero y sencillo, testigos y testigas de la alegría que se conquista liberándose de todo deseo de manejo de las cosas y las personas, de la bondad que brota del corazón y de la libertad que no se averguenza de ser sencillos, de no ser poder. Por ello se acepta uno a sí mismo y a si misma en sus posibilidades y en sus límites.

Quienes viven ávidos o ávidas de poder, de escalar posiciones y tener responsabilidades de mando no son felices, no aceptan la diversidad y no conciben que alguien, según sus maneras de juzgar y valorar, esté por encima de ellos o ellas.

Por eso se prestan a los juegos de tráficos de influencia, a los chismes que degradan la imagen de sus hermanos o hermanas para aparecer como el más bueno o la más buena, la sin tacha, mientras se disfruta la fragilidad de los otros como las hienas despedazan con furia y placer las ristras de sus presas.

Quienes renuncian al poder viven en la libertad. Si les llegan responsabilidades las asumen en la libertad de no vivir atados a ellas sino concientes de que toda responsabilidad es un servicio y que todo servicio pide la condición de minoridad; es decir, el sentirse construyendo el tejido de la bondad y la generosidad para la comprensión y la ayuda a aquellos y aquellas que nos son confiados o confiadas. Así, los superiores y superioras disfrutan su condición de animadores de la vida religiosa de sus hermanos y no su don o capacidad de mandar y ser obedecidos y obedecidas.

Renunciar al poder es la invitación del Señor a nuestras vidas en esta mañana y asumir el servicio como la manera evangélica de realización personal en libertad y alegría. Alegres servidores al interior de nuestras comunidades y en los destinatarios de nuestra misión. Mal podemos ser servidores de las comunidades cristianas si nuestra propia comunidad religiosa no se está construyendo igualmente por el servicio desinteresado y generoso. Aquello que vivimos al interior de la vida religiosa es lo que testimoniamos en las diversas actividades que realizamos cada día.

Los primeros religiosos buscaron ser antes que poder hacer. La tentación del poder en nuestro estilo de vida nos anula en la precipitación del hacer para no reflexionar sobre lo que a través del activismo de funcionarios y funcionarias con poderes podemos estar dejando de lado como dinamismo evangélico del ser para poder hacer con sentido. Usted puede tener poder de hacer muchas cosas en su campo de apostolado pero si no es testigo de la vida evangélica que irradia su ser de religioso o religiosa, entonces todo es comparable con los jefes de las naciones. Ser el servidor, la servidora, el menor, la menor, nos ubica en una mentalidad en donde nos vamos deshaciendo de toda tentación de dominación, de todo deseo de reconocimiento por los puestos y prebendas y nos vamos ubicando en el sentido mayor del actuar gratuito y del gusto fascinante de ser servidores y servidoras minoritarias.

La crítica mayor de Jesús a la autoridad en las escrituras santas es llamarle servicio al poder. Los religiosos y religiosas de este país estamos llamados a mirar con honradez la vida para, aprovechando estos cincuenta años de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de Colombia, continuar en la búsqueda de una vida más cercana a la intención de Jesús para con sus seguidores y seguidoras y a la intencionalidad original de los fundadores y fundadoras.

Reflexionar sobre el poder es invitarnos a considerar una de las dimensiones de la vida humana que más pueden impedir la construcción de comunidades evan-



gélicas, y contraponerlo al servicio, a la manera de Jesús, la gran oportunidad para una auténtica conversión. Invitados a una nueva mística en la comprensión del servicio como alternativa mayor de las relaciones entre hermanos y hermanas y como presencia significativa de lo que somos en este tiempo podemos ser profetas ante toda forma de dominación como poder y proféticamente capaces de ser últimos a los ojos del poder para ser primeros por el servicio a los hermanos y hermanas.

Busca ser servidor o servidora, renuncia a toda pretensión de poder como dominación y siente la grandeza de ir siendo realmente de aquellos y aquellas que son honradas y honrados por el Padre porque han crucificado sus deseos de dominación y de poder para ser felices proclamadores y proclamadoras de la simplicidad y el servicio a través de la vida cotidiana.

Pero no es posible pensar en una nueva mística si no estamos en la disposición de escuchar, es decir, de saber oír lo que Jesús de Nazaret resucitando dice a la intimidad del corazón. No hay solución posible a la vida religiosa si no hay conversión del corazón y la conciencia, si no abrimos nuestro entendimiento y nuestra sensibilidad a la realidad de una palabra que debe ser viva. La mística es una mujer que se deja invadir de Dios, el místico es un hombre que se abre a ser determinado, orientado, conducido por Dios. Los y las místicas y místicos son hombres y mujeres que absolutizan la palabra sagrada del Maestro Galileo porque creen en verdad que El ha resucitado, es decir, que está vivo en medio de nosotros y por ello puede afectarnos con su palabra.

La grandeza del creyente estará entonces en su capacidad de ser servidor o servidora de sus hermanos y hermanas y en la vida religiosa urge salir de las consideraciones de los diversos ministerios que existen en ella como privilegios, prebendas, ascensos en la escala de una gradatividad al estilo del régimen social que nos rige para asumir el ser felices de ser minoritarios, de no buscar los primeros puestos sino de vivir de la búsqueda incesante de vivir en y para Dios al servicio de los hermanos más pequeños. Y esto, cada día, cada día de la vida, hasta el día de Cristo Señor en tu vida y la mía.

ESCRITURA

Jn. 12,26: "Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará".

Mc. 10,43 "Los jefes de las naciones las oprimen. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor".



Mc. 9,35 "Entonces se sentó, llamó a los doce y les dijo: "Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos".

Mt. 23,11 "El mayor entre vosotros será vuestro servidor".

REFLEXIÓN

- ¿Cómo me siento en este momento frente a quienes tienen autoridad sobre mí?
- ¿Siento envidia por quienes creo que tienen poder sobre mí?
- ¿Me siento con el poder de determinar la vida de los y las demás?
- ¿Puedo reconocer las bondades de los hermanos o hermanas y disfrutar sus éxitos?
- ¿Qué puestos, honores, sitiales y reconocimientos deseo ardientemente?
- ¿De qué manera las relaciones de poder están dañando mi paz espiritual?
- ¿Qué me pide Jesús Señor en esta mañana para el resto de mi vida?

Reflexiones

Derroteros de una formación mística y profética

José Uriel PATIÑO FRANCO, OAR

Una vez más nos encontramos reunidos como comunidad, como hermanos y hermanas que en medio de luces y sombras, propias de la existencia humana, buscamos a Dios y los seres humanos para establecer un diálogo creativo, donde le hablemos a Dios de los seres humanos y a los seres humanos de Dios.

En esta ocasión vamos a abordar un tema que de alguna manera afecta nuestra experiencia comunitaria: la formación, tanto en la etapa inicial como en la continua, teniendo presente algunos derroteros o pautas que puedan servir para hacer de nuestra vida consagrada, una vida mística y profética, que camine hacía el futuro con fidelidad creativa, intentado ser significativa para los hombres y las mujeres de hoy. No está de más decir que abordar este tema tiene muchos inconvenientes, toda vez que «del árbol caído todos hacen leña», es decir, de la formación todos, de alguna manera, hablamos, por diferentes circunstancias, tanto a favor como en contra, tanto positiva como negativamente, y por donde se le mire, tendrá defensores y adversarios.Dada la situación anterior, deseo iniciar este compartir con dos historias muy conocidas que pueden ayudar a introducirnos en el tema porque, dicho sea de paso, la formación, en la etapa en que se quiera abordar, exige «quemar nuestras naves» y «dejarnos templar», si es que de verdad queremos ser otros Cristos, desde el particular carisma de cada congregación.

La primera, es la historia de Alejandro Magno cuando llegó a las costas de Feni cia: «Al desembarcar, comprendió que los soldados enemigos superaban tres veces el tamaño de su gran ejército. Sus hombres estaban atemorizados y no encontraban motivación para enfrentar la lucha: habían perdido la fe y se daban por derrotados. El temor había acabado con aquellos guerreros invencibles. Cuan do Alejandro hubo desembarcado sus tropas en la costa enemiga, dio la orden de



que fueran quemadas todas las naves. Mientras los barcos se consumían en llamas y se hundían en el mar, reunió a sus hombres y les dijo: Observen cómo se queman los barcos. Esta es la única razón por la que debemos vencer, ya que si no ganamos, no podremos volver a nuestros hogares y ninguno de nosotros podrá reunirse con su familia nuevamente, ni podrá abandonar la tierra que hoy despreciamos. Debemos salir victoriosos en esta batalla, pues sólo hay un camino de vuelta, y es por mar. Caballeros, cuando regresemos a casa, lo haremos de la única forma posible: en los barcos de nuestros enemigos. El ejército de Alejandro venció en aquella batalla, y regresó a su tierra a bordo de las naves conquistadas».

La segunda, es la historia de las guitarras: Un nuevo grupo musical comenzaba a tener mucho éxito, hasta que uno de sus miembros sugirió que era preciso afinar las guitarras. Bien mirado, el consejo era sensato, pues todas aquellas guitarras se habían comprado de segunda mano y normalmente se les guardaba en habitaciones muy húmedas y polvorientas. Se contactó con varios afinadores por medio de las páginas amarillas y se confió la tarea al más barato. Ëste llegó a los pocos minutos y puso enseguida manos a la obra. Sosteniendo bien la primera guitarra, comenzó a tirar de las cuerdas y a tensarlas. 'Uy, ay, ooh', chilló la víctima infortunada. Las otras guitarras oyeron, vieron lo que estaba ocurriendo y quedaron todas aterradas. Una de ellas susurró a sus amigas: 'ese tipo es un sádico, parece que disfruta haciendo sufrir a la gente'. Todas las guitarras comenzaron a temblar de miedo, pero el afinador no se dio ni por enterado y continuó su trabajo implacable, sin que pareciera importarle nada. Entre tanto, en el último rincón, semioculta detrás de un cojín, Adela, una de las guitarras más pequeñas, estaba muerta de miedo e intentaba deliberadamente no moverse: 'Te lo ruego, Señor, no permitas que me encuentre. Sálvame de este torturador y haré lo que me pidas'. La oración de Adela parece que fue escuchada. El afinador no se fijó en ella, ni siquiera se dio cuenta de que existía porque permaneció inmóvil detrás del cojín: 'Gracias, Señor, por librarme', dijo con voz entrecortada la pequeña guitarra, agradecida. Por la tarde llegaron los músicos, listos para su próxima presentación. Apenas comenzaron a probar las guitarras, quedaron encantados: 'Ahora son fantásticas. No creía que pudieran emitir un sonido tan bueno'. Por supuesto que las guitarras se sintieron muy halagadas y orgullosas de sí mismas. Entonces uno de los guitarristas descubrió a Adela, que asomaba por encima del cojín, y apenas pulsó sus cuerdas los demás guitarristas gruñeron; luego se echaron a reír: '¡Que graznido! Esta sí que es una basura de guitarra, creo que prescindiremos de ella por esta noche al menos». Todos cogieron las otras guitarras y bajaron. La pobre Adela se quedó sola. Se sentía ofendida y comenzó a gritar: 'Nadie me quiere. Soy inútil'».

TEXTOS BÍBLICOS

Teniendo presente lo dicho, que bien puede entenderse como la realidad que en muchas oportunidades vivimos, ahora vamos a iluminarla a la luz de la Palabra de Dios, palabra que, en palabras de Pablo, es como una espada de doble filo, como un estoque, para mayor precisión. Con el ánimo de alcanzar este cometido, al interior de nuestro compartir en torno a la experiencia formativa, propongo dos textos bíblicos.

Lucas 24,25-27: Jesús explica las Escrituras a personas insensatas. Desde las vísperas de este milenio, la vida religiosa en Colombia, que es animada por la CRC siguiendo las directrices de la CLAR, ha reflexionado en más de una oportunidad en torno al texto de los discípulos de Emaús y en ocasiones nos hemos insertado, no se si ensartado, en una serie de discusiones sobre el género de los discípulos y el significado del camino, la narración de los hechos, las diferentes interpretaciones, el sentido de la casa, el retorno a Jerusalén, la importancia de la visita, el significado de compartir la eucaristía como nueva presencia del Resucitado y otros aspectos, todos ellos muy importantes; pero, al interior de los diferentes estudios que se han hecho al respecto, son pocos los que abordan de alguna manera una profundización, así sea sencilla sobre estos tres versículos, muy densos y por lo mismo poco abordados, en los cuales se deja entrevar una de las situaciones más importantes en tomo a la importancia de la formación, tal como Jesús, Maestro de la vida, propuso.

Viniendo al tema de la formación, aquí se encuentra el primer elemento importante, diría uno, por no decir que el más importante de los derroteros formativos. Antes de nada, es fácil captar la aceptación de una experiencia vivida, de una historia anterior, con todo lo que ello implica, señalando lo que es valioso y descartando lo menos valioso; se descubre que los discípulos sabían mucho y tenían fundadas esperanzas, pero les faltaba «la cereza sobre el helado», la clave fundamentalmente para descubrir el sentido de los acontecimientos. Sobre esa base, Jesús hace una explicación que va por etapas, que es un proceso donde lo primero es primero y lo segundo es segundo, donde se respetan los tiempos y los momentos, la velocidad de cada uno para comprender, hay un respeto absoluto al ritmo de cada persona, y a pesar de ello cada uno llega a la meta:

«comenzando por...». Al interior de la formación es vital, también saber por donde se comienza y hacia donde se camina, so pena de que nos pueda suceder lo de Alicia en el país de las maravillas cuando se encontró con el conejo: cuando Alicia lloraba porque estaba perdida frente a varios caminos, el conejo le preguntó que para dónde iba, a lo que ella respondió: «no se», y el astuto conejo sin pensarlo dos veces le dijo que siendo así las cosas cualquier camino le servía.



Otro texto que va por la misma línea es Juan 4,5-30: en el cual se pueden destacar cuatro momentos centrales, cuatro etapas si se quiere en el proceso formativo: la desconfianza tradicional (5-9), el diálogo constructivo y formativo (10-26), la presencia de la comunidad (27) y la confianza que lleva a la misión (28-30). En este largo texto, también se puede descubrir la importancia del pasado, de la historia personal uno para comenzar un proceso formativo; todo ser humano frente a una nueva experiencia siente temor, desconfianza, susto, ganas de retroceder, pero cuando se encuentra frente a alguien que lo comprende y entiende, que acepta su pasado y le indique el camino que puede llevar a un nuevo horizonte pero sin dejar su ser, las cosas cambian y se entra en un diálogo creativo que desemboca en la comunidad para finalmente comenzar a ejercer un apostolado.

En cuanto al tema de la formación, considero que los elementos señalados son importantes en orden a una mejor comprensión del trabajo del formador o formadora y del formando o formanda; para nadie es un secreto la importancia del diálogo, el acompañamiento, el cuestionamiento, y demás elementos válidos al interior de las etapas formativas desde la promoción vocacional hasta la profesión solemne o perpetua y la ordenación en caso de los religiosos que pertenecen a comunidades religiosas típicamente clericales; frente a esto, es importante preguntarnos sobre la intencionalidad con la cual se hace tanto el diálogo como el acompañamiento y el cuestionamiento, porque en muchas ocasiones bajo el ropaje de llevar a la persona a Cristo viviendo el carisma propio se pretende crear «clones» del formador o formadora de turno, tentación permanente en muchos porque en ocasiones se juzga la bondad e idoneidad del candidato o candidata de acuerdo a la cercanía con el formador o formadora y la manera como asuma no el carisma de la comunidad sino las actitudes del animador de turno.

REFLEXIÓN

Después de haber visto la realidad de la formación como un proceso que exige «quemar las naves» y «dejamos templar» e iluminarla con la Palabra de Dios, se puede hacer una reflexión teniendo presente algunos textos de personas que, desde su experiencia personal, abordan el tema de la formación, entendida como un compromiso de todos y un proceso integral porque compromete la existencia: el entendimiento (la razón), el afecto (el corazón) y los medios (la voluntad)[1]. Una formación con estas características implica formar en criterios, actitudes y comportamientos, en orden a una mejor intelección del proceso formativo en la vida religiosa.

---

[1] Cf. MARTÍNEZ, Víctor, ***Fidelidad creativa en la vida consagrada***. Paulinas, Bogotá, 2003, p. 52.

Como el tema que abordamos son los derroteros, nos detenemos un momento en los criterios, que en resumidas cuentas se pueden sintetizar, siguiendo al padre Martínez, en seis puntos claves: aprender a testimoniar creíblemente la autoridad, crear un sentido vivo de pertenencia a la congregación, motivar desde el Espíritu para llegar al corazón, formar para la tensión permanente entre la ley y el Espíritu, dinamizar la perpetuidad del compromiso y el compromiso perpetuo, y proyectar un camino de la autodisciplina a la excelencia espiritual[2]. Estos lineamientos llevan a unas actitudes básicas, entre las cuales se pueden destacar la crítica sana, la escucha y la imaginación creativa; además, se deben tener presentes algunos comportamientos, entre los cuales se destaca la capacidad de dar razón de la propia vocación, sin por ello entrar en manifestaciones tanto privadas como externas de un «llamar la atención» por las cosas raras que en ocasiones se hagan, las cuales pueden ser entendidas como falsas experiencias espirituales y trágicas manifestaciones de complicaciones sicológicas no del todo aclaradas.

Siguiendo en la misma línea del señalamiento de los derroteros, otro autor propone tres elementos para que desde la formación la vida consagrada sea provocativa: recordar que el religioso o la religiosa es signo de Cristo en el mundo, sentir la necesidad de crear comunidades fraternas, y fomentar la espiritualidad de la comunión[3]; estos tres elementos deben llevar al religioso o la religiosa a sentir con la Iglesia, a romper, si es el caso, las barreras que en ocasiones cada comunidad pone para entrar en un abierto y fructífero diálogo con las demás comunidades.

Siguiendo adelante con nuestra reflexión, no se puede negar que en las diferentes experiencias comunitarias, congregacionales e intercongregacionales, se presentan muchos comentarios en torno a la formación, enfatizando lo difícil que es este ministerio en el acontecer de cada día, pero son pocos y pocas los y las que se atreven a dar el paso de servir en este ministerio en el cual se pone en juego la vida de la congregación, el futuro, la continuación del carisma en las circunstancias históricas del futuro, sobre el cual no tenemos ningún control. Frente a esto, cada instituto tiene sus normas al respecto e intenta plasmarlas en la experiencia de cada día, de tal manera que el formando o la formanda logre lo que podría entenderse como un cierto prototipo de religiosa o religiosa para que con su vida manifieste la experiencia del amor de Dios, que es difusivo y lleva a una mejor acción apostólica, pero eso no es fácil porque en oportunidades se pasa por alto una buena serie de elementos que podrían enriquecer la vida del instituto, como sucede cuando se confunde unidad con uniformidad, cuando se opacan las cualidades individuales en orden a una mejor vivencia comunitaria, cuando se

---

[2] Cf. *Ibid.*, p. 54-58.
[3] Cf. AAVV, ***Reflexionar y orar por las vocaciones***, Salamanca, Calatrava, 2003, p. 22-23.

considera que pensar es un peligro el sujeto que está en proceso de formación puede ser «peligroso», etc.

Debido a ello, dentro de los esquemas formativos, se encuentran los parámetros que se deben seguir para que, respetando la libertad y la personalidad de cada persona, se pueda llegar a un buen puerto, pero en ocasiones el ser, la realidad, queda muy lejos del deber ser, de la idealidad, y ahí surgen inconvenientes, críticas, crisis, deserciones por diferentes razones, todas muy válidas o muy justificables, pero igualmente criticables.

Fieles y creativos para un mundo en conflicto

HNA. ANA MARÍA LIZARRONDO OLLO, HSC

De un tiempo a esta parte, se viene insistiendo sobre la refundación de la vida religiosa. Los primeros aires de renovación llegaron con el Vaticano II que nos habla de "retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos". Esto, popularmente, se traducía por "aggiornamento" o "puesta al día"; más tarde se invito a la fidelidad creativa y lo más reciente, hace referencia a la misión compartida.

A primera vista se cree que se trata de estar actualizados, lo que supone estar abiertos al Señor. Es una búsqueda, a ser más genuinos, a estar en camino y a no instalarnos ni dormirnos en nuestras seguridades. También nos lleva a revisar nuestros proyectos, nuestras estructuras; nuestro estilo de vida y la manera de realizar la misión. Requiere discernimiento, mirar con ojos nuevos, diría yo, *"mirar la vida y el mundo con los ojos de Dios"*.

Si vemos el sentido propio de la vida religiosa: el seguimiento a Cristo, podríamos pensar que no hay nada nuevo porque en Jesús todo está dicho y cumplido, pero es en nuestra respuesta donde hay mucho por hacer. Pongamos bien los cimientos, vayamos a lo esencial de la vida religiosa y dejemos que el Espíritu sople para hacer nuevas las cosas.

Refundar desde la fidelidad creativa es ir a las fuentes leyendo los signos de los tiempos. Lo primero que tenemos que hacer es volver a Jesús, la única y verdadera fuente de vida. Es ir a los orígenes fundacionales, no para repetir lo que los fundadores hicieron, ni para conservar lo que hemos venido haciendo, sino para buscar la fuerza genuina que ellos tuvieron y así dinamizar el carisma, respondiendo a las necesidades de hoy con el lenguaje de hoy; ofreciendo al pueblo algo legible que cuestione y dé frutos, porque la vida religiosa la tenemos que ir



haciendo en la dinámica del camino. Siempre dispuestos a la apertura y a la novedad del Espíritu que hace nuevas todas las cosas.

1. NUESTROS FUNDADORES, UN CAMINO CREATIVO

Nuestros fundadores entendieron que sólo la palabra de Jesús era lo permanente "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 24, 35) y se sintieron libres para promover un área social, para realizar un cambio, e iniciar un camino que les ocasionó muchos problemas y por eso, y por su fidelidad al Señor, fueron profetas.

La vida de los fundadores no fue una vida para sí, sino para el Reino de Dios. Quisieron prolongar la misión de Jesús en alguna de las facetas de su vida pública que, según ellos, estuviera más abandonada socialmente, para la cual se sintieron movidos por el Espíritu, dando origen al carisma propio de cada congregación religiosa.

Si hablamos de creatividad y si queremos ser creativos hoy, nos iluminaremos en el espejo de nuestros fundadores. Ellos fueron contemplativos, y por eso mismo, fueron hombres y mujeres de Dios y de los hombres. Contemplaron la realidad del mundo, tuvieron contacto con él, escucharon los gritos de los más necesitados y abrieron caminos de acercamiento a ellos no sin oposición, sin lucha ni sacrificio. ¿De dónde les venía toda esa energía? Sencilla y llanamente de Dios, de escuchar su voz, de su acercamiento a él, de contemplar su bondad y su entrega en favor de la humanidad. La cruz fue para ellos la fuente donde bebieron y encontraron el sentido de su vida y del sufrimiento de sus destinatarios. Allí percibieron el gran amor de Dios hacia ellos y eso les impulsó a repetir el hecho: dar la vida por los marginados. Por eso se preocuparon de los niños huérfanos o sin escuela; de las mujeres alienadas por la enfermedad mental o atrapadas por la rueda de la prostitución; de la juventud necesitada de orientar su vida; de los enfermos y abandonados, etc.

Los fundadores, así como Jesús, recorrieron el camino de Jerusalén a Emaús acompañando a todos los que se encontraban desalentados, desconcertados, desencantados y que no encontraban sentido a su vida. Supieron mostrar con hechos que Cristo estaba vivo, que el Resucitado vivía en ellos para cambiar todas las cosas. Estos profetas hicieron posible que la esperanza volviera a los pobres y que experimentaran el amor de Cristo, que había muerto por ellos y les volvía a la vida junto con él ¿Qué otro cambio se puede dar?

2. UN CAMINO PARA HACERLO VIDA, NOSOTROS, HOY

El camino que Jesús recorrió en su vida terrena lo conocemos; nuestros fundadores lo supieron recorrer. Nosotros tenemos conciencia de ello, pero todavía nos

hace falta mucho estímulo y mayor convencimiento para actualizarlo y vivirlo en este mundo de hoy.

Necesitamos ser creativos, tener inventiva, repensar el futuro, dejar que brote la novedad, "Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis? (Is. 43, 19). Esto no se logrará si no cimentamos nuestra vida en Cristo, si no miramos al hermano con amor acercándonos a él con entrañas de misericordia y haciendo de él un compañero de nuestro viaje.

Como los fundadores nosotros, hoy, debemos ser contemplativos: hombres y mujeres de Dios y de los hermanos. Estamos llamados a observar la realidad del mundo, a escuchar los gritos de los más necesitados y abrir caminos que respondan a las necesidades de nuestros hermanos, pero no perdiendo de vista que el estar dispuestos a vivir el misterio pascual, porque "si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda solo; pero si muere da fruto" (Jn. 12, 24) y la verdad es que en ocasiones preferimos quedarnos solos antes que morir y padecer por el Reino de Dios y por nuestros hermanos más pequeños y pobres.

Los signos de nuestros días son mucho más fuertes y graves que en otros momentos de la historia. Por eso, los religiosos hemos de estar atentos a los datos que nos proporciona la información, para avanzar al verdadero conocimiento de los hechos socio-políticos de nuestros países, que viven tantos conflictos, para colaborar a la solución a los mismos, aún con riesgo de nuestra propia vida. Estamos invitados a analizar el mundo porque Dios nos habla en él. Dios se encarna en la humanidad, y por eso lo humano es la presencia de él mismo.

3. HACER CAMINO EN ESTA REALIDAD CONFLICTIVA

La manera de mirar la realidad del mundo supone aprender a conocer el lenguaje con el que Dios habla hoy. Jesús de Nazaret, a través de sus gestos, sus acciones, sus palabras, nos propone un camino de solidaridad con los oprimidos y los pequeños. Los signos de los tiempos actuales nos abruman y las repercusiones de la globalización nos desbordan. Es intolerante la potencia exagerada de unas naciones que marcan las pautas de otras para mantenerlas en la pobreza. Todo este conglomerado nos asusta y nos sentimos indefensos e impotentes.

Hablar de estos signos no podemos dejar de mirar a nuestra tierra colombiana, donde la violencia asfixia a la gran población indefensa y sufriente que lucha por defender la vida. La pobreza ahoga a numerosos habitantes que no cuentan con el salario mínimo, que no tienen algo para comer, que no pueden aspirar a una educación para sus hijos, que no son atendidos en los problemas de salud y sus condiciones de vida son infrahumanas. A esto se suman los desplazados, obligados a dejar sus tierras por los distintos actores armados.

Las consecuencias de esta situación son más graves de lo que nos imaginamos. La violencia crece día a día, los odios y los rencores aumentan, el sentido de desprotección y de miedo es enorme y la salud mental de la población está afectada. Nuestro trabajo en el campo de la psiquiatría nos lo demuestra, y confirma que gran parte de la población que atendemos está alterada psíquicamente por las consecuencias de esta guerra atroz.

Nos urge apostar por una vida religiosa que tienda a mejorar las condiciones de vida de los pobres, de los enfermos, a construir la paz, a transmitir motivos de esperanza, a fomentar la unidad y la comunión. Que sea animadora, a través de la Palabra de Dios y de la oración, que ayude a iluminar el horizonte de vida, a mantener viva la conciencia crítica y la esperanza, porque el futuro de todo ser humano es la vida y no la muerte. Hagamos con nuestro pueblo el camino hacia Emaús teniendo como modelo de compañero y de maestro a Jesús, el Resucitado, que ayuda a sus dos discípulos a entender la realidad desde la perspectiva de la Palabra de Dios, del compartir el pan y que desde esa experiencia vuelven a la comunidad en Jerusalén.

4. UN CAMINO DE FRATERNIDAD

Miremos a los hermanos con el mismo amor de Dios, ese Dios, Trinidad de Personas, que vive en total comunión y que, desde esa unión, ha dado como fruto la misma creación. Todos, somos hijos de Dios, Creador y Padre, y formamos la gran familia, la comunidad de hermanos, donde encontramos el verdadero sentido y la realización de nosotros mismos en la relación con el otro. Por eso cuando el ser humano se aísla, y busca hacer su proyecto en forma individual, fracasa y puede llegar a alienarse. Si Dios nos ha creado a su imagen es para ser como él, seres en comunión, en solidaridad y en amor.

La vida fraterna de los religiosos ha de partir de este principio de creación y de permanencia en el Señor. Si él no es el centro de nuestra vida, no podemos hacer que su vida se comunique a nosotros y por tanto no daremos frutos de hermandad. Aspiremos a vivir unas relaciones de calidad; la vida comunitaria no está cifrada o apoyada en el estar juntos, sino, en cómo estamos juntos. Nuestra relación con los hermanos ¿es al estilo de Jesús? De él recibimos el mandato de amarnos cuando nos dice "como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros" (Jn. 13, 34); una vez más se nos invita a mirar a Jesús. Consideremos cómo ha sido su amor por nosotros para que, de igual forma, nos amemos. Jesús ama hasta el extremo, hasta dar la vida, y esto anima a sus seguidores: "Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos" (Jn. 15,13). Nos podemos preguntar cada uno ¿estoy dispuesto a dar la vida por cada uno de mis hermanos con quienes comparto la vida religiosa y el carisma?

El mundo y la sociedad actual, espera de nosotros que expresemos lo mucho que nos amamos: "Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos" (Jn. 13, 35), es un punto clave para tener presente de nuestra parte; otros aspectos de nuestra vida, concretamente son los votos, que nos cuestiona la gente y a veces nos esforzamos en proclamar que los vivimos y puede ser que no nos crean. Pero lo fundamental y esencial del seguimiento de Jesús es el amor entre nosotros que debe ser un hecho real y una actitud permanente. De nada vale decir que hacemos oración y que estamos consagrados/as a Dios a quien creemos que amamos mucho, si vemos que al hermano/a, que vive con nosotros, no le amamos. Los laicos, que trabajan con nosotros lo observan muy bien, se cuestionan sobre las rencillas, envidias, celos y relaciones distantes entre nosotros.

Todo eso es muy triste y nos produce malestar e insatisfacción en nuestra propia vida. Al contrario, si vivimos fuertemente el sentido de fraternidad, viviremos alegres porque la comunidad es fuente de alegría, si está basada en la unión y en el amor de Cristo. Si es así la vida comunitaria no se puede encerrar en sí misma sino que se debe expandir y proyectar en la misión.

5. UN CAMINO PARA COMPARTIR LA MISIÓN CON ESPERANZA

El servir y compartir son prioridades en medio de esta sociedad que prima por vivir en el individualismo y en la búsqueda de satisfacciones personales. Pero los religiosos/as no estamos exentos de perseguir estos mismos intereses si no hacemos un camino de conversión, que se va dando en el encuentro con nosotros mismos y con Dios, profundizando más en la experiencia de desierto, acentuando el encuentro con Cristo en el otro y en el pequeño.

Esto es un presupuesto para llevar a cabo la misión compartida con los laicos y con las otras congregaciones religiosas. Podemos decir que hoy en día, a raíz de las reflexiones derivadas del Concilio, se ha ido clarificando el verdadero papel del laico dentro de la Iglesia, así mismo, se ha ampliado el sentido de los carismas que se consideraban como patrimonio exclusivo de los religiosos. Gracias a ello, se está haciendo, un camino de compartir la misión con los laicos a quienes se les está dando más espacio, aunque en algunos casos más pareciera empujados por la escasez de vocaciones y, en otros, aún con ciertos temores.

Compartir la misión con los laicos nos lleva a vivir en el camino de conversión, de búsqueda, de diálogo y discernimiento, de mirar con los ojos del corazón de Dios que nos ha encomendado la misión de su Hijo y nos ha enriquecido con un carisma muy original, el cual con el correr del tiempo, se le han podido adherir muchos elementos que opacan el brillo y esplendor del inicio.

El anuncio del evangelio es nuestra principal meta y no nos hace falta ser los profesionales de más alta titulación, pero necesitamos ser testigos bien cualificados en nuestro contexto apostólico. Es necesario acogernos a esto, para comunicar la Buena Nueva y para que los destinatarios puedan contar con nosotros como transmisores el buen olor de Cristo (2Cor. 2,15). Estamos dispuestos a "servir y dar la vida en rescate de todos" (Mc. 10, 44), de manera que ellos se sientan mirados con los ojos del corazón de Dios que humaniza, que ama y ofrece la verdadera libertad.

Todos conocemos el valor que tiene la presencia de un buen discípulo de Jesús en cualquier apostolado. Cuando el carisma entra en una institución, todo cambia, se comunica el amor de Dios, las personas se benefician y hacemos presente a Cristo que se vale de nuestra inteligencia, de nuestro corazón y de nuestros sentidos para permanecer vivo entre las personas que sufren y necesitan de nuestro apoyo.Nuestra tarea y reto, es animar a los colaboradores laicos a vivir la originalidad de nuestros carismas para que ellos puedan ser comunicadores del mismo, para que aporten su propia riqueza y así todos salir beneficiados. De esta forma se extenderá nuestro cuerpo congregacional, ya no seremos tantos trabajadores de la misma obra sino hermanos que sentimos juntos el impulso de hacer realidad el don del carisma de nuestros fundadores, y estos serán considerados los Padres de la gran familia formada por laicos y religiosos/as.

Los carismas son dones del Señor que nos los ha comunicado para bien de todos. Por eso hay que estar libres de protagonismos, de autosuficiencia y estar disponibles para realizar las obras en las que participamos laicos y religiosos de diferentes carismas, unidos para colaborar en la única misión de Cristo, y todo para mayor gloria de Dios y en bien del otro.

Ante la realidad de nuestro mundo, de nuestro país y con los ojos puestos en una misión compartida, tratemos de vivir en horizonte de esperanza. A pesar de todo, la humanidad llegará a ser más justa y más humana. "Nosotros, sin embargo, según la promesa de Dios, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia" (2P. 3, 13).

No vivamos en la ingenuidad, pero sí en la confianza y con la esperanza puesta en el Señor, que sigue comunicándose con nosotros a través de los signos de los tiempos, y espera que tengamos valentía para afrontar los problemas y seguir mirando a la humanidad con ojos de misericordia. Tengamos presente que la vida religiosa y las obras que hacemos no son nuestras, sino del Señor, y las llevamos a cabo con el poder de su Espíritu.

Un compañero para caminos oscuros

HNA. DOLORES ALEXAINDRE, RSCJ

Vamos a caminar en torno a Emaús, no cabe duda que este texto bíblico es un seductor muy capaz de movilizar la refundación de la Vida Religiosa.

El texto es muy amplio y nos vamos a fijar solamente en una situación de la experiencia de Emaús. Algo que me ayudó mucho para entrar en los textos bíblicos, fue una película que vi de Woody Allen en donde la protagonista de la película es desgraciada en su matrimonio, esto la hace ir al cine a ver a su protagonista favorito que es un actor, en un momento en que está ahí sentada, el protagonista se sale de la pantalla y se pone en el borde y le dice: *"mire señora, usted la de la tercera* o *séptima fila, la estoy viendo aquí toda la tarde y me gustaría conocerla un poco más"*, ella se queda aterrada de pensar que cómo es que alguien de la ficción se convierta en realidad; él baja la toma de la mano y la introduce dentro de la película y ella se convierte en una protagonista más; es una película entretenida de ciencia ficción.

Cuando salí de la película pensé: esto es lo que ocurre con la Biblia. Mientras la veamos en la pantalla y nos quedemos en el auditorio los personajes bíblicos van y vienen en la escena bastantes alejados de nosotros. Esto nos ilustra que debe haber un cambio muy fuerte, que me haga partícipe del guión, que me haga sentir los personajes. La Biblia esta hablando de mi y por lo tanto yo soy Maria Magdalena, yo soy David, yo soy Moisés, yo soy Zaqueo, yo soy los de Emaús. Cuando esta identificación se da, cuando dejo de sentir esa distancia y caigo en la cuenta de que lo que a ellos les aconteció, me acontece a mi o me puede pasar, entonces es cuando yo creo que la Biblia empieza a animarse y es cuando participamos de una manera plena en toda la historia bíblica.

La experiencia que he elegido del texto de Emaús es *su camino oscuro*. ¿Por qué la oscuridad? No hay un texto, ni una palabra, ni un detalle en los textos bíblicos



sobre todo en los evangelios que no sea significativo, que no quiera decir algo más de lo que dice, y por esto necesitamos leer la Biblia no desde una lectura plana sino con códigos simbólicos, entendiendo por debajo lo que dicen, o lo qué quieren decir.

La noche tiene siempre en la Biblia connotaciones contradictorias, por un lado es el lugar de la tiniebla, del temor, del poder del enemigo. Cuando Judas sale de la Cena dice el texto *"era de noche"* está queriendo decir algo mas que un dato cronológico, está expresando una situación.

La noche tiene mucho de negatividad, tiene también mucho de esperanza, precisamente porque esa negatividad presente, es como un empuje a velar, a esperar la madrugada. En las parábolas escatológicas, sobre todo en el Evangelio de Mateo, las muchachas que esperan al novio, lo esperan e*n medio de la noch*e; los criados que esperan a su amo también lo esperan e*n medio de la noch*e y además no saben a que hora va a llegar; y Mateo en una preciosa expresión en la parábola de las muchachas que esperaban dice: *"se oyó una voz en medio de la noche, y salen a su encuentro"*. Asimismo el contexto Emaús es la noche, el *atardecer*, el *crepúsculo*.

El discurso hable de dos discípulos, sabemos que uno se llama Cleofás, del otro no sabemos si es otro o es otra, dice solamente que uno se llamaba Cleofás, ella podría ser su mujer, podría ser una de las discípulas. En le dialogo que tienen los dos, hay dos maneras de enfocar el asunto, aunque parece que el que habla solamente es Cleofás, da la sensación de que hay una visión más pesimista y otra un poco mas esperanzada. Pero lo que predomina más en el discurso cuando Jesús pregunta de qué van hablando, es una narración llena de nostalgia, de gente decepcionada, que podríamos centrar en la expresión: *"nosotros esperábamos pero ya no esperamos"*. De alguna manera ellos van a pasar de una situación de desánimo, desesperanza, frustración a una situación de fuego en el corazón, no lo podía expresar Lucas de mejor manera.

La Biblia nos presenta los personajes tal como son, nos acercarnos a tres personajes, que he llamado los antepasados de Emaús, es decir, gente desanimada, decepcionada, desesperada, harta, –todo eso que cada uno de nosotros y nosotras hemos vivido en situaciones de nuestra vida– podríamos haber elegido muchos pero he elegido a dos del AT y uno del NT, para ver su reacción en situaciones de verdadera frustración, tal como estaban los de Emaús que habían puesto toda su esperanza en Jesús, en Dios, en su palabra. Estos tres personajes nos dan orientaciones prácticas para transfigurar las situaciones desanimantes y desesperanzadoras que se nos presentan hoy.

Elías: (1Re. 19) Al recordar a este profeta, recordamos también que los textos hay que leerlos en su contexto, –porque el contexto nos dice cosas que el texto no

dice–, entonces vemos 1Re. 18, que es justo lo que viene antes de la escena de Elías; esa escena ocurre en otra montaña, estamos ante dos montes, Elías siempre anda por los montes, en la escena del capítulo 18 está en el monte Carmelo y en esta otra escena del capitulo 19, está en el monte Oreb que es lo mismo que el Sinaí. La escena del Carmelo es la escena apoteósica de Elías, es el gran triunfo, es espectacular, allí el gran problema del país es la idolatría. Elías convoca al pueblo de parte de Dios, les dice que va a haber una sequía de tres años.

El pueblo está en los límites de resistencia, Elías convoca una Asamblea con los 450 profetas de Baal traídos por la reina Jesabel. La Reina llega de Fenicia con sus 450 profetas de Baal, Elías monta el sacrificio, empiezan primero los de Baal a danzar, a herirse, a invocar y no ocurre nada; a continuación Elías hecha agua al rededor del altar, coloca el sacrificio, invoca a Dios, entonces viene un fuego que consume el sacrificio y entonces todo el pueblo que estaba indeciso se postra, bendice al Señor y le reconoce como el único Dios. Después Elías sube a la cumbre del Carmelo y ahí se pone a orar, en esa oración ve una nubecilla que viene, entonces baja inmediatamente y dice a sus siervos, di al Rey que si no se quiere mojar que se marche porque viene la lluvia.

La última escena es impresionante dice: *"Elías con la fuerza de Dios fue corriendo delante del carro del Rey, hasta el palacio del Rey mientras caía la lluvia"*, el triunfo es absoluto, ha conseguido que el pueblo vuelva a la fe, ha exterminado a la oposición, ha conseguido la lluvia y se ha convertido como en el hijo predilecto del Rey, es una escena de triunfo maravilloso. Pero en el capítulo 19 encontramos que la reina Jesabel manda un recado a Elías diciéndole: *"mañana vas a estar tu como estaban ayer mis profetas"*. La actitud de Elías es de huída: *"Elías tuvo miedo huyó para salvar su vida, al llegar a Versaba de Judá dejó allí a su criado, caminó por el desierto todo un día y se sentó bajó un árbol, allí se deseo la muerte y se dijo ya basta Señor toma mi vida pues yo voy a morir como mis padres, después se acostó y se quedó dormido bajo el árbol"*.

Hay dos salidas en el texto de Elías, una es la del pan, el ángel que le llama, cuando hay un ángel en la Biblia es la presencia de Dios, es una presencia que se acerca a nosotros, entonces Elías recibe una visita con pan y con agua y eso le da fuerza para recorrer aquel largo camino de cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar a Oreb, el monte de Dios, esto nos ayuda a hacer memoria de toda la gente que en nuestra vida ha sido un ángel, ha sido alguien que ha venido a nuestro encuentro, pensemos también las veces en que nosotros hemos sido ángeles para otros, en que hemos sido gente que ha ofrecido a otros apoyo, fuerza, ánimo para el camino. Todo esto que significa darnos fuerza, darnos apoyo unos a otros son las riquezas de la vida cotidiana.

Después Elías llega al monte y ahí viene el texto que conocemos muy bien: *"había un terremoto pero el Señor no estaba en el terremoto, había un fuego pero el Señor no estaba en el fuego, había un vendaval pero el Señor no estaba en el vendaval"* y dicen después las traducciones de las Biblias: *"después de eso vino una brisa suave"*: fíjense que las Biblias no traducen bien, el texto tiene una gran belleza quizás difícil de traducir, en hebreo dice que Elías oye la voz de un silencio tenue, luego utiliza un palabra inequívoca en Hebreo que es daman y da mama, y significa silencio, por lo tanto lo que Elías escucha es la voz de un silencio, así es que luego como la Biblia griega no supo qué hacer con este silencio, dijo "aura" y las traducciones se guían por la Biblia griega y traducen "brisa" pero lo que el texto hebreo dice es "silencio", segundo modo que tiene Elías por el que Dios se comunica con Él. Elías empieza a entender que la voz de Dios tiene que reconocerla también en sus silencios, no con las palabras que querría oír, no con una palabra de consolación como estaría esperando, sino que también hay un silencio de Dios.

La última pista que recibe Elías para remontar su decepción, su desanimo es el nuevo envío que le hace el Señor, hay algo muy curioso en el texto, dice cuando el Señor le pregunta en el Sinaí: *"qué haces aquí Elías"* y él le dice: *"ardo en celo por el Señor Dios de los ejércitos"* miren que descripción hace de la situación, *"porque han destruido tus altares, han matado tus profetas y solo quedo yo y me buscan para matarme"*, en el fondo Elías le esta advirtiendo a Dios que es el único que queda y debe cuidarle. Y el Señor lo devuelve diciendo: *"Elías vuélvete, vuélvete por el camino, vas a ungir a tu sucesor Eliseo"*. El Señor le hace ver que él no es el último profeta, que el profetismo no se acaba porque él muera. El Señor tiene reservado en Israel 7000 rodillas que no adoraron a Baal, 7000 bocas que no le besaron. Es decir dicho por debajo, no te has enterado de nada Elías, sólo te has enterado de los aspectos negativos de la realidad, solo te has enterado de que hay idolatría, de que hay violencia, pero yo te voy a decir otra cosa Elías, hay 7000 que tu no tenías ni idea.

Entonces hay una legión, una multitud de la que tu no tenías ni idea que ni han adorado a Baal, ni han besado sus imágenes, que me siguen siendo fieles y tu Elías no te habías enterado, por lo tanto, anímate hombre, que hay muchísima más gente buena y fiel de la que tu no tenías ni noticia, y así Elías reemprende su camino y con toda su energía profética defiende los derechos de un campesino.

Jeremías: (Jer. 36) El segundo personaje es Jeremías, el capítulo 36 es una narración estremecedora de cómo puede ser la suerte de la palabra. Jeremías ha escrito todo lo que el Señor le ha dictado, es todo un tesoro de la palabra de Dios. Los larguísimos años de la predicación de Jeremías están ahí resumidos en su libro, sus palabras son muy fuertes, provoca cierta agitación en la gente que los escritos llegan al Rey Joaquín, cada vez que el Rey lee las líneas del libro arranca con la navaja el texto y lo arroja al brasero, la palabra se ha quedado hecha cenizas, se

ha acabado la palabra de Dios. En nuestro diario vivir muchas veces sentimos que el esfuerzo de toda una vida, de toda una comunidad, de todo un pueblo, de pronto da la sensación de que todo se vino abajo, que solo quedan las cenizas.

Imaginemos a Jeremías cuando le llega la noticia, su drama, su depresión, su sufrimiento; sus 40 años de vida transmitiendo la palabra de Dios para que se quede reducida a cenizas. Es admirable ver cómo termina el texto *"después que el Rey hubo quemado el rollo que contenía todo lo que había anotado Baruc y que le había dictado Jeremías, el Señor habló de nuevo a Jeremías, toma otro papel enrollado vuelve a escribir en él todo lo que contenía el primero y que fue quemado por Joaquín, Rey de Judá. Tomó pues Jeremías otro papel enrollado y se lo entregó a Baruc su secretario y le dictó para que anotara todas las cosas que contenía el libro quemado por Joaquín rey de Judá"*, y añadió además muchas otras cosas del mismo estilo.

¿Qué ocurre?, ocurre que es como una teología de la permanencia de la palabra, como si a través de la narración el profeta nos estuviera diciendo lo mismo que decía Jesús *"mis palabras no pasarán", "mis palabras permanecen"*; por lo tanto puede desaparecer este proyecto, este grupo, esta persona, este sueño, esas situaciones pueden en momentos convertirse en cenizas, pero nosotros nos apostamos solo por proyectos concretos, hay una palabra más grande que esa, es la que siempre va a estar ahí como suelo para nuestros pies, por lo tanto esta convicción para momentos de desanimo que pueden acallar la voz de un profeta a lo largo de la historia, –tantos profetas han sido silenciados, y sin embargo cuando calla la voz de un profeta nacen las voces de otros muchos–, ese es el misterio de la vida y de la muerte, ese es el misterio del evangelio, ese es el misterio de la resurrección, nos está recordando siempre esto mismo, una presencia que está mucho más allá de los éxitos concretos que podamos experimentar.

Pablo: (Hech. 17,16-34) El tercer personaje es Pablo, es una historia conmovedora lo que nos presenta el capítulo 17, porque Pablo llega a Atenas, Atenas era el templo del saber, allí estaba reunida toda la filosofía, todo el arte, toda la literatura, toda la belleza que Grecia era capaz de producir. Atenas es un símbolo y Pablo llega a esta ciudad con un deseo, con una emoción y se prepara muchísimo porque sabe que debe dialogar con gente inteligente, sabia, preparada, y muy escéptica, por lo tanto Pablo se monta un discurso perfecto. Lo que preocupa a Pablo es que tiene que anunciar la resurrección y anunciar esto en Atenas no es fácil.

Empieza como un ave que quiere describir círculos y va poco a poco para no asustar y les dice *"mientras Pablo les esperaba su espíritu hervía"*, les alaba haciéndose el simpático para ellos y dice *"ya veo que ustedes son los más piadosos de los hombres"*. Pablo empieza a dar vueltas a los filósofos, a los sabios, y ha

llegado el momento que tiene que hablar de Jesús, dice, este Dios que tiene ya fijado un día en el que juzgará al mundo valiéndose de un hombre al que todos deben creer, porque lo ha resucitado de entre los muertos..., cuando oyeron hablar de resurrección de los muertos, unos empezaron a reírse de Pablo, otros le decían ya te escucharemos de esto en otra ocasión y así fue como Pablo salió de entre ellos y se queda sólo en medio del areópago.

Veamos como termina *"algunos hombres sin embargo se unieron a él y abrazaron la fe, entre ellos Dionisio miembro del areópago, una mujer llamada Damaris y algunos otros"* y a continuación *"tiempo después Pablo dejó Atenas y se marchó a Corinto"*. Interesante la continuación. Primero Pablo esperaba a lo mejor que todos los atenienses como el pueblo de Israel en el Carmelo se postraran de rodillas y dijera el Señor es el verdadero Dios y ha resucitado a Jesús. No le han hecho ni caso, pero miren lo que ocurre al final, algunos y nombra a dos, un grupito minúsculo, –eso que parece que para el sueño de conversiones en masa de cristiandad nos parece una cosa minoritaria–, y sin embargo aquí está toda la semilla de la Iglesia de Atenas en un hombre y una mujer, un tal Dionisio y una tal Damaris, bastan dos y algunos otros. ¿Qué ha aprendido Pablo?... por eso va a Corinto.

Corinto era una ciudad famosa, un puerto, con una historia de prostitución, de sexualidad, fama de ser un lugar de depravación y precisamente es en Corinto donde Pablo va a encontrar una comunidad, es decir lo que no encontró en Atenas a pesar de su inteligencia, sabiduría y soberbia. En Corinto encuentra gente que se abre a la palabra. Pero ¿qué es lo que ha aprendido Pablo y qué aprendemos nosotros también para salir de esa situación como de depresión? Jesús sabe que la semilla crece por su propio impulso, que la mostaza es la más pequeña de las semillas y sin embargo si la dejan crecer se convierte en un gran árbol. Pero ¿qué aprendió Pablo?, aprendió a valorar lo pequeño, aquello que resulta insignificante, porque Dios no se fija en el número, sino que se alegra por alguien que acoja el evangelio.

Hemos encontrado a tres personajes que la Biblia nos ofrece en situación de fracaso y sin embargo encuentran caminos para salir de su decepción. Vamos a ver también algunas pistas más concretas de fracaso. *Una primera constatación*. Contar con la oscuridad como algo normal, como algo que muchos otros creyentes han vivido antes que nosotros, sentirnos dentro de esa película de la Biblia, dentro de ese guión que nos habla de mucha gente que ha padecido dificultad, persecución, fracasos, decepciones, luchas, oscuridades, dudas, perplejidades, sentirnos parte de ese pueblo del que no está libre el propio Jesús, ni María. De María dos veces los evangelistas dicen: *"no comprendió"*, hay como una insistencia de ponernos a María como compañera de nuestras oscuridades, ella es la primera creyente, la caminante con nosotros, pero ella no estuvo libre de esa dificultad, ni de esa perplejidad.

Otra de las pistas sería frecuentar los lugares oscuros del evangelio. Belén es un lugar oscuro y Nazareth lo es también, Getsemaní y el Calvario; es decir lugares en los que nos aproximamos a Jesús en la noche. Esto nos da fuerza, resistencia, para después vernos trasfigurados.

Lucas nos habla del éxodo que Jesús iba a emprender en Jerusalén, allí en medio de la luz estaba presente el misterio de la cruz, por lo tanto hacernos familiares con eso que Jesús bautizándose en el Jordán como un pecador más, Jesús arrodillado delante de los suyos lavándoles los pies, esos son los lugares oscuros del evangelio. Da mucha alegría escuchar la experiencias de tantas religiosas, religiosos, con la fortuna de estar en lugares de fractura, yo creo que es muy significativo estar en un lugar donde está rompiéndose la vida, la muerte, la paz y la guerra, son lugares en que está la vida expuesta como en los bordes de un precipicio, entonces esos son lugares oscuros, incluso son lugares difíciles.

No debemos rechazar los propios lugares oscuros, todos tenemos zonas de sombra, todos tenemos problemas, hay un texto que nos recuerda que cuando Pedro iba al templo los enfermos se agrupaban para que al menos la sombra les cubriera al pasar. Muchas veces a los otros les llegamos con nuestra sombra o con nuestra luminosidad, es decir a la gente le llegamos muchas veces con nuestra debilidad o con nuestra preparación, inteligencia, brillantez. Cuando nos aproximamos unos a otros debemos ver a la otra persona tan débil y limitada como nosotros. Debemos tener la convicción de que nuestras zonas oscuras, nuestros límites no son para rechazarlas, antes bien, son medios que nos ayudan a reconocer nuestro ser y nuestra totalidad.

Segunda constatación: Otro de los caminos es recordar que Dios da respuestas pero no da soluciones. Los de Emaús están llenos de preguntas, llenos de conflicto y llenos de desconcierto y Jesús viene con ellos, se hace caminante con ellos, responde con su presencia, con su palabra, con su compañía, con el pan partido, pero no les soluciona problemas. Los de Emaús vuelven caminando, corriendo por la noche. Jesús no ha solucionado la noche, lo único que les ha dado es un fuego en el corazón, que los hace capaces de caminar en la noche, por lo tanto es muy diferente recibir respuesta que recibir soluciones. La respuesta que Jesús les da es *"¿no era necesario que el hijo del hombre padeciera para entrar así en su gloria?"*, les da una respuesta pero no les da una solución, no les soluciona el problema del dolor, no les soluciona el problema del mal, no les resuelve, lo único que Él hace es ponerse a su lado y acompañarles.

Tercera constatación: La tercera pista es recordar algo que llamo las leyes de la gravedad frustrante, la ley de la gravedad sabemos que es la atracción del peso y eso ocurre muchas veces con las cosas que emprendemos y yo las formularía de la siguiente manera: el futuro es siempre inferior a lo soñado y el resultado es



siempre inferior al esfuerzo que empleamos. No en el interior de las personas, me refiero a lo visible, yo creo que tenemos la impresión de que en la realidad existe una especie de asimetría perversa, resulta más fácil destruir que construir, para que las cosas mejoren es preciso contar con la colaboración de mucha gente, pero para acabar con el esfuerzo y el trabajo de años a veces se necesita muy poco tiempo. Esto es algo que constatamos una y otra vez, forma parte de la ley de gravedad frustrante. Cada conquista que hacemos nos abre a situaciones o a dificultades nuevas. Recordar que esto forma parte de nuestra condición humana, no asombrarnos, no quedarnos perplejos para siempre, le ocurre a todo el mundo, le ha ocurrido a todos los que antes que nosotros han vivido una misión profética.

Cuando trabajamos por el reino no lo hacemos para la eficacia inmediata, el motivo último de nuestro esfuerzo no es lo conseguido, los resultados, sino el amor, yo creo que esto es de las cosas que mas nos liberan profundamente, es decir, que los valores de justicia, de libertad, de intentos de reconciliación que acompañan nuestro trabajo son valores en sí, eso más allá de que los consigamos o no, todo lo que sembremos de desinterés, de ternura, de lucidez crítica, de sensibilidad para lo humano, de solidaridad, de apuesta incondicional por el otro, vale por si mismo, como la palabra en el rollo de Jeremías, no hay fuego capaz de extinguirlo, eso es lo que está dando sentido al camino, es decir, que lo que importa no es llegar a la meta sino cómo andamos el camino, esa es una gran fuente de esperanza.

Cuarta constatación: Finalmente hay una última convicción que es dar fe a la palabra que nos asegura que la oscuridad tiene dirección, es decir, que esta noche que vivimos en este país y en muchos lugares del mundo, hay un sentido que abre camino a través de la oscuridad. Cuantas veces en la Biblia aparece la imagen del parto, de un nacimiento con dolor, es muy diferente el dolor de un cáncer que el dolor de un parto, la comparación que utiliza la Biblia para hablar del sufrimiento humano es la de un parto, algo que conduce a la vida a través de la muerte, por eso esto es lo que el evangelio nos ofrece como aquel fuego que nos pone en el corazón, aquello que nos hace capaces de seguir recorriendo el camino, que pone nuestro corazón en ascuas y a lo mejor lo sentimos como un hilillo de agua pero es un agua que emana de una fuente que permanece oculta, como decía san Juan de la Cruz, cuyo origen no siempre podemos controlar pero que presentimos y esa es la luz que acompañó a los de Emaús y que nos sigue acompañando a nosotros y nosotrasen medio de la oscuridad de la noche.

Reseñas



Libros

SCHAEFFLER, Richard. ***Filosofía de la religión***. Traducción de José María Hernández Blanco y Fermín Cerbrecos Bravo. Salamanca: Sígueme. 2004. 303 páginas.

Richard SCHAEFFLER nació en Munich en 1926. Cursó estudios de filosofía y teología en la Universidad de Tubinga (1968-1989). Ha sido profesor de materias teológico-filosóficas en la Universidad de Bochum. Ha participado en los grupos ecuménicos de trabajo de teólogos evangélicos y católicos. Si bien la religión ha sido objeto de la reflexión filosófica desde los mismos orígenes de la filosofía, las interrelaciones entre uno y otra reflejan los diversos avatares de los hombres en busca del sentido de la existencia.

En este texto, a diferencia de lo que la generalidad del título parece expresarnos, no se presenta una sinopsis de las diferentes filosofías de las religión, sino que se busca clarificar conceptual y metodológicamente los principales problemas que en los distintos períodos de la historia de esta disciplina han servido de guía para la interpretación y valoración filosófica del fenómeno religioso. Por otra parte, el texto en cuestión presenta una síntesis de los principales métodos con que se investiga filosóficamente la religión. En suma, esta investigación constituye básicamente una propedéutica a las principales formas de pensamiento filosófico-religioso de la actualidad. El corpus del texto lo conforman los siguientes acápites:

Primera Parte

1. La forma más antigua: La filosofía de la religión como crítica de una "conciencia pre-racional".
2. Una forma más extendida: La filosofía de la religión como transformación de la religión en filosofía.
3. La forma predominante durante varias épocas: La filosofía de la religión basada en una teología-filosófica.

4. Una forma moderna de filosofía de la religión: La fenomenología de la religión.
5. El "giro lingüístico" y la filosofía de la religión como análisis del lenguaje religioso.
6. Teología-filosófica-Fenomenología de la religión- Analítica del lenguaje religioso: Una síntesis retrospectiva de tres planteamientos metodológicos de la filosofía de la religión, y un panorama sistemático.

Suplementos a la segunda edición

1. Necesidad de cambiar de orientación
2. Problemas metodológicos
3. Intentos de aplicación

PROFESOR MG. JULIO CÉSAR BARRERA VÉLEZ

MARTÍNEZ M., Víctor. ***Fidelidad creativa. En la Vida Consagrada***. Bogotá: Ediciones Paulinas. 2003, 110 páginas.

Desde los tiempos de la *"fuga mundi"* hasta el *"Ser contemplativos en la acción"* la Vida Religiosa ha estado empeñada en la tarea de ofrecer alternativas de sentido para la existencia humana. Mas esta tarea *ad infinitum*, al decir del Padre Víctor Martínez., S. J, no ha concluido, puesto que: *"A partir del Concilio Vaticano II se emprendió la titánica tarea de renovación que seguramente no la tomamos muy en serio. Si en verdad se renovaron Constituciones, Reglas, Directorios y Manuales, las vidas siguieron afincadas en sus falsas seguridades, nos fuimos mimetiznado con las modas de la época, el mundo fue entrando con sus criterios y desórdenes en el corazón de nuestros conventos y monasterios"* (pág. 5).

Desde esta perspectiva de reflexión teológico-pastoral el presente texto gira en torno al desafío de actualizar la identidad de los consagrados de manera coherente, fiel y creativa al carisma de los fundadores y fundadoras en un mundo agnóstico y deshumanizado. Este deseo de recuperación de la identidad es fiel a la máxima evangélica de ser sal, de ser luz para el mundo. Así esta llamada a volver a "beber en su propio pozo" es uno de los retos más urgentes y fundamentales que se le plantean hoy a la Vida Religiosa como seguimiento radical de Jesús. El texto lo estructuran las siguientes partes:

1. Una mirada a la refundación. ¿Qué es la refundación?
2. Fidelidad creativa en la vida consagrada. La locura de la refundación.
3. Los signos de los tiempos y los lugares: Un desafío a la creatividad de la vida consagrada.

4. La espiritualidad de la refundación: La audacia de dejarnos llevar por el Espíritu.
5. La formación inicial y permanente en clave de refundación.
6. Ser superior desde los retos y desafíos de la refundación.
7. La opción preferencial por los pobres anima nuestro deseo de refundación.
8. Desde la realidad actual a la profecía del mañana. La posibilidad de la refundación.

PROFESOR MG. JULIO CÉSAR BARRERA VÉLEZ

Revista de revistas

UISG. Revista de la Unión Internacional de Superioras Generales. Roma. No 124.2004.

La Revista UISG ofrece a las Superioras Generales y a los miembros asociados, reflexiones sobre la vida religiosa fundamentadas bíblicamente. Desde esta perspectiva la Revista se esfuerza por lograr una mayor comprensión de la Vida Religiosa en el mundo actual. El presente número se enmarca en el horizonte conceptual que resume el lema: ***"Hacia una humanidad reconciliada".*** Así en el artículo *"Mujeres discípulas de Jesucristo"* se hace énfasis en el redescubrimiento de la llamada y de la misión de las mujeres en el seguimiento de Jesús. Desde otra óptica, el artículo *"Cómo me gustaría envejecer"* nos presenta una lúcida exhortación para amar y vivir la vejez de manera activa, puesto que ella representa el viaje final de nuestras vidas. Además la reflexión nos invita a encarar aquello de "cíñete", es decir, atrévete a pasar el umbral que la vida te presenta. En términos generales, se nos invita a fiarnos de Dios para entrar en sus infinitas y maravillosas posibilidades. Por último, en el artículo: *"El liderazgo: ¿qué quiere decir?,* se exponen las directrices fundamentales de la figura del líder. *Grosso modo* el número en cuestión es una llamada a cada uno de los consagrados y consagradas a tomar conciencia del papel que cumple en la magna tarea de "reconciliar toda la humanidad".

ITER. Revista del Instituto de Teología para Religiosos. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas. No 33.2004.

El número 33 de ***ITER*** conmemora los 25 años de la Revista. Los artículos y estudios que recoge este número se organizan bajo la perspectiva monográfica del "Discernimiento Cristiano de la Situación Histórica". En esta línea de pensamiento se publican cinco artículos que van desde la lectura hermenéutico-teológica de la realidad hasta el análisis sociopolítico de la misma, iluminando cada estudio con las orientaciones ético-evangélicas que aporta la Sagrada Escritura y los Documentos Conciliares más recientes. En suma, el número 33 de ***ITER*** brinda a los lectores la posibilidad de establecer un auténtico diálogo hermenéutico con los tópicos más álgidos de la realidad latinoamericana.

TESTIMONIO. Revista Conferencia de Religiosos de Chile. Santiago de Chile. No 200. 2003.

Tal como lo expresa el editorial: *" La Vida Religiosa... siempre ubicada entre la verticalidad del deseo y la horizontalidad de la realidad (...) inmersa en el drama de la vida (...) anhelando la concordia entre el deseo y el corazón, entre el corazón y la realidad"* (pág. 3), este número hace patente el anhelo de equilibrio que tematiza bajo la metáfora fundacional de *"los artesanos de la paz"* . Metáfora que da unidad al ramillete de reflexiones sobre la violencia y la misión que de cara a este flagelo está llamada a ejercer la Vida Religiosa. De esta manera en el este número se da cuenta de forma sistemática de los diferentes esfuerzos en pro de la instauración de la paz que hace los religiosos y las religiosas, los sacerdotes y laicos comprometidos en esta América Nuestra.

Colaboraron en este número



Hna. Ana de Dios VERDUGO CELY, OP

Religiosa de las Hermanas Dominicas de la Presentación de la Santísima Virgen María. Licenciada en Filosofía y Ciencias Religiosas de la Universidad Santo Tomás. Teóloga de la Universidad Javeriana. Adelanta estudios de Maestría en Teología en la Universidad Javeriana. Se desempeña como Jefe del Departamento de Pastoral del Colegio de la Presentación de Fusagasugá y colabora en la Coordinación de la Vida Religiosa en la región de Sumapaz.

P. Hermann RODRÍGUEZ OSORIO, SJ

Sacerdote jesuita, Director del Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios (CIRE). Licenciado en Teología y Filosofía, Universidad Javeriana, Bogotá. Magíster en Teología Comunitaria, Universidad Javeriana, Bogotá. Doctor en Teología, Pontificia Universidad Comillas, Madrid-España.

P. Víctor MARTÍNEZ MORALES, SJ

Doctor en Teología. Pontificia Universidad Gregoriana. Magíster en Teología. Universidad Gregoriana, Roma-Italia. Decano Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá, D. C.

Hna. Mariela SARAY C., SDS

Licenciada en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Especialización en Teología Espiritual, en el Teresianum, Roma.

P. Jorge MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, MSPS

Licenciado en Ciencias Eclesiásticas. Magíster en Teología Moral. Especialista en Orientaciones Psicológicas, centrada en la persona. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid-España. Profesor de Moral, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Hna. Carmen Emilia PAREJA, HPSPC

Gerontología,Universidad del Rosario. Enfermería, Sena Seccional Antioquia. Administración Hospitalaria, Coruniversitec. Técnico Profesional en Servicios Gerontológicos, Cedimpro. Congreso Sociedad de Gerontología y Geriatría. Curso Modelo de Entrenamiento, Fondo para la Ancianidad, Naciones Unidas. Cuadro Integral para Pacientes Terminales, Fundación Omega y el Internacional School For Cáncer CARE. Administración en Salud Hospitalaria para Directores, Ministerio de Salud.

P. Ignacio MADERA VARGAS, SDS

Religioso, Sacerdote. Doctor en Filosofía y Teología. Miembro de la Comisión Teológica de la CRC. Asiduo articulista en revistas nacionales e internacionales que abordan la investigación teológica desde diferentes perspectivas.

P. José Uriel PATIÑO, OAR

Religioso, Sacerdote, Docente e Historiador.
Ciclo Básico de Filosofía, Seminario de Padres Agustinos, 1984.
Ciclo Básico de Teología, Seminario de Padres Agustinos, 1987.
Licenciatura en Filosofía e Historia, Universidad Santo Tomás, 1991.
Licenciatura en Historia de la Iglesia, Universidad Gregoriana, 1995.
Diplomado en Docencia Universitaria, Universidad Javeriana, 1999.

Hna. Ana María LIZARRONDO OLLO, HSC

Maestra Normalista Valencia-España. Psicopedagogía. FERE, Madrid-España. Especialista en Educación, México. Licenciada en Ciencias Religiosas, Universidad Javeriana, Bogotá, D. C.

Hna. Dolores ALEXAINDRE, RSCJ

Especialista en Filosofía Bíblica y en Teología. Profesora del área de Sagrada Escritura. Actualmente es profesora de Sagrada Escritura y Griego en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Comillas de Madrid-España.

Índice General

Págs.

ESTUDIOS

EXPERIENCIAS

REFLEXIONES

RESEÑAS